

CR – 233 - 2019

TÍTULO

EL VALOR DE LA AMISTAD

AUTOR:

SIXTO SANZ CABRERA

PROTAGONISTAS

EMMA

ALEXIS

SOPHIA

DANY

ALICIA

VALDO

BLANCA

SABINO

En un ambiente cargado de contratiempos familiares; dentro del mismo techo, que acoge a una familia. Sirviendo lo mismo para otras familias. La primera parte se habla de usted, la segunda se habla de tu.

La primera parte cuenta la historia una tercera persona, en la segunda parte la cuenta la primera persona.

Nací en una familia de encrucijada con diferentes pensamientos; allí donde rompen las olas en un acantilado un poco hostil para la persona que visite ése lugar.

Yo me afanaba siempre para escalar las rocas donde rompen las olas, una vez que el mar estaba en bajamar; no consiguiendo elevarme a lo más alto de su cumbre, por desprenderse alguna piedra o alguna arenisca de entre sus numerables rocas que forma dicho acantilado.

Pero aunque no pudiese culminar la cumbre del acantilado: Allí era feliz, solo y sin pensar en nada que no sirviese para mis intereses particulares; que eran varios y múltiples, en cuanto estaba a unos cientos de metros de mí casa.

Sí; porque dentro de donde yo vivía había un ambiente cargado de hostilidad económica que componía todo su capital, en cuanto a las medidas económicas de la paga de mi padre. Por aquí se decía, a ésas pagas tan exiguas, que eran unas pagas recortadas, en vez de decir que extremadamente cortas; para que una familia con un hijo pueda vivir sin ninguna clase de estreches.

Por supuesto esto, era aplicable a los papás de mis amigos: Amigos con los que yo jugaban en mis días de infancia. Estando todos flotando en una nube de algodón, sobre ése mar de espumas blancas al romper el agua sobre el acantilado de aquella costa.

Si digo que flotaban, era por no decir; que ellos no se daban mucha cuenta de lo que pasaba en su casa. Ellos jugaban, sencillamente, con los otros niños; siendo todo eso sus deseos, el juego por el juego.

De vez en cuando nos echaban los Reyes Magos algún regalo, siendo excepcional que algunos de los amigos, les echasen un triciclo ó una bicicleta: Con echarnos unos zapatos ó unos pantalones ya era bastante.

Aquel día había bruma en el mar, viéndose hasta los diez metros de donde alcanzaba la vista para percibir los barquitos flotando sobre ése mar de aguas mansas.

Yo miraba y miraba, sobre el acantilado, queriendo percibir alguna luz tenue de ésos barcos de pesca que llevaban encima la vela para decir, aquí vamos nosotros.

Yo miraba y miraba sin sólo darme cuenta que se acercaba la pleamar a ése acantilado; hasta que comencé a oír un ruido bronco, al chocar las aguas con las primeras rocas de ése acantilado.

¡Dios!: No me había dado cuenta que comenzaba a subir las aguas por aquellas rocas, donde yo me encontraba.

¡Qué nervios!; que nervios me entraron: Así que comencé a subir el acantilado, no teniendo en cuenta, para nada, que se desmoronase la arena ó que se corriese alguna piedra donde yo pisaba.

“Apurado me veas, para que me creas”; qué verdad es ése proverbio, que dicen las personas en caso de apuros.

Con mucho afán, pero sin darme cuenta, me encontraba en lo más alto del acantilado; en donde había una especie de planicie con hierba fresca al no llegar allí las aguas embravecidas a causa del mucho viento.

Por la parte opuesta al acantilado, había una especie de pared como cortada a cuchillo; no siéndome posible escapar por aquel lado, ya que caía como una especie de plomada sobre el campo: Escuchando, plausiblemente, el ruido de las olas al chocar con aquellas rocas.

No era escalador; ¡no!, desde luego que no: decidiendo permanecer en ése sitio hasta la mañana siguiente, que se calmaría la mar, para intentar bajar de aquella prominencia, del acantilado, donde yo me encontraba.

Me puse bien sentado en la cima de aquel acantilado, cruzando las piernas para comenzar pensando en algo fundamental en mi vida y lo primero que se me vino a la cabeza fue, en la relación tan turbulenta que llevaban mis papás.

Mi casa era una casa de personas que trabajaban como funcionarios en la Administración Pública; siendo todos los roces que alborotaban a mis padres el poco dinero que percibían en la nomina.

Así que recuerdo una mañana, de último de Enero, donde hubo sus más y sus menos

. . . Mañana encantadora, pero triste en proverbios: con algunos refranes, con alguna que otra sentencia.

EMMA -. No es posible. . . ¿Pero qué has hecho con el dinero?.

ALEXIS -. No me lo explico. . . solamente recuerdo que tú compraste una nueva lavadora y un frigorífico.

EMMA -. Ó te repones, ó no podemos seguir juntos.

Así atronaba la voz de aquella buena mujer, después que su marido la hubiese dicho que quien se había gastado el dinero fue ella, en electrodomésticos.

Pero ésa buena mujer no quería saber nada sobre su participación en agenciar ésos buenos electrodomésticos.

No obstante comenzó Emma a dar paseos por el salón de la casa, como pensativa: cavilando en algo, sin saber qué era.

Al verla más calmada su marido Alexis a su mujer, Emma, se atrevió a preguntarla.

ALEXIS -. ¿Estás más calmada?.

EMMA -. Diciéndolo así, parece que sí estoy más calmada, siendo todo lo contrario de lo que tú estás creyendo.

ALEXIS -. ¿Y eso?.

EMMA -. Necesito unos zapatos y un sostén de inmediato. Así que me das doscientos euros mañana ó búscalos por donde puedas; pero aquí quiero, ése dinero el lunes ó no podré ir a la oficina el martes, por falta de atavíos.

ALEXIS -. Parece que te refieres a la compostura de tu vestimenta.

EMMA -. Más bien.

Pasó un tiempo sin que el matrimonio hablase una sola palabra; solamente se escuchaba una buena música, que la televisión estaba emitiendo.

De vez en cuando, Alexis echaba una mirada a su mujer Emma; como diciéndola que aplazase unos días más la petición de los doscientos euros: ya que no era tan fácil conseguir dicho dinero. Emma intuyó la permeabilidad de su marido Alexis; para en un momento estallar en estado de cólera ante su marido.

EMMA -. ¡Mira!, ¡mira!, mira; Que te estoy viendo venir.

Alexis alzó la vista mirando fijamente a su mujer Emma invitándola para que se calmase.

ALEXIS -. Cálmate, mujer. El lunes tienes aquí los doscientos euros.

. . . Me pongo más cómodo en aquel sitio, sabiendo que hasta allí no rompen las olas en las rocas; solamente me llegaba el vaho ó sal picoteo de aquellas espumas que se forman al chocar las olas con las rocas.

Y sí; ése matrimonio son mis papás, pero hay otros matrimonios dentro de ésa comunidad de vecinos y buenos amigos. . .

. . . se veía entrar un rayo de luz a través de las vidrieras que hay en el salón de la casa aquella mañana: mañana cargada de acontecimientos personales y financieros en aquella casa.

SOPHIA -. ¿Cuántas personas te pagan a ti?.

DANY -. No muchas; la mayoría son morosos.

SOPHIA -. Pues ésas personas tiene que saber, que tú tienes una empresa de transporte; que no es una ONG.

DANY -. Se los ven muy apurados.

SOPHIA -. ¿Qué quieres decir?.

Solamente, por respuesta, recibió un mutismo desesperado; que aunque no se había hablado una sola palabra, resonó en todo el salón de la casa como si se hubiese pronunciado alguna sílaba bien alta.

Ésos nervios, provocados por el mutismo, la dio hincapié a Sophia para seguir preguntando por su estado de economía.

SOPHIA -. Observo que te callas. . . Pienso si en el Banco teneos gran cosa.

DANY -. Lo suficiente para poder vivir sin gran opulencia.

SOPHIA -. ¿Qué opulencia?.

DANY -. Tranquila, ¡ya está bien!. . .

. . . ¡Ay madre mía!; ya que me estoy acordando del siguiente matrimonio, que aunque con estudios; bien cachazas se presentaba el marido de ella. . .

. . . no era nada la cosa; ya que se le veía con alguna que otra comunidad, llevando las cuentas: Pues el marido presentaba en la declaración de la renta unos cuarenta y cinco mil euros anuales.

ALICIA -. Más podía ser.

VALDO -. ¿Indícame dónde debo ejercer?.

ALACIA -. En cualquier bufete se gana más que tú traes a casa.

VALDO -. Se queda depositado en el Banco.

ALICIA -. ¿Cómo es eso?.

VALDO -. No hay que blanquear nada de dinero que obtengo en mi profesionalidad como abogado.

ALICIA -. Eso se lo dices tú a cualquiera de tus amigos.

VALDO -. ¡Alicia!: Mis amigos son personas decentes y respetuosas con la Ley. . .

. . . No sé yo si el cuarto matrimonio tendría todo lo que poseía apuntado cada camión que salía de la empresa con carga, pues de lo contrario debería cobrar mucho dinero por su trabajo. . .

. . . era la mejor casa que había de entre los amigos, en aquella comunidad de vecinos.

BLANCA -. El martes que viene es mi cumpleaños.

SABINO -. ¿Qué quieres te regale?.

BLANCA -. Un anillo de zafiro.

SABINO -. Querida: ¿No será mejor unos pendientes de rubí?.

BLANCA -. Cariño: Yo, ¿qué te he dicho?.

Así se pasaban los días, las horas y minutos ése matrimonio regalándose las gemas; pero pese a todo ello, al matrimonio se le veía un tanto triste.

No todo iba a ser opulencia y llevar las mejores joyas que hay en las joyerías, si el matrimonio no se da afecto; debido al mucho interés que tenía la mujer porque su marido la regale cada día una joya.

¡Bueno!: ahora verán ustedes como transcurren esos matrimonios en una ciudad cargada de fantasía y agobio por el mucho trabajo de sus habitantes.

Yo les he narrado los componentes de ese clan, formados por varios amigos; de aquí en adelante la narración lo hará una tercera persona, sin menos cabo de contradicciones y sin decaer en su narrativa.

Me he alegrado mucho, haberles situado en los avatares de la vida de esos amigos; así como sus maneras de vivir: Pero de aquí en adelante, ustedes podrán leer ésta historia por mano de una tercera persona.

¡AH!; pero al final volveré yo para decirles unas palabras y poderme despedir de ustedes. . . . Hasta Lugo. . .

. . . no estaba mal situado aquella ciudad, al igual que los barquitos que surcan las aguas de aquel mar: Con la quilla mirando al poniente y la vela desplegada al aire.

Las personas de aquella ciudad querían correr tanto como los barcos, que alcanzaban unos cuarenta nudos y otros más: Claro que aquellas embarcaciones son ligeras y algunas, muy ligeras.

Era verano y un verano muy intenso en el ajetreo de ir y venir las personas pernoctando en sus hoteles y pensiones; Al encontrarse las aguas

calmadas y el calor que irradiaba el Sol era benigno en aquella época y en aquella latitud, donde se encontraba la ciudad.

Comenzó a proliferar los bañistas en la playa de aquella ciudad; que aunque solamente tenía una playa, era bastante como para ver llenos todos sus hoteles y sus pensiones en aquel año, tan propicio para el turista.

Se veía que corría el dinero en la actividad hostelera; pues hasta los bares, restaurantes y chiringuitos se encontraban abarrotados de personas: Unos comiendo, otros copeando y algunas que otras personas marcando el tipo, yendo siempre en bañador.

ALEXIS -. Tengo menos dinero, que una persona en bañador.

EMMA -. Algunos compañeros tuyos cobran recibos por las casas.

ALEXIS -. ¿Tú me ves a mí haciendo eso?.

EMMA -. Los griegos sois ingeniosos.

ALEXIS -. Y vosotros, los de Estados Unidos de América; sois trabajadores.

EMMA -. Desde mañana busco un trabajo.

ALEXIS -. No he querido decir eso.

Alexis se había referido a Sophia, que también era de los Estados Unidos del Norte de América, al igual que su marido Dany.

Aunque para decir verdad, no se podían mirar mucho, como en un espejo con las otras parejas, formada por; Alixis y Valdo, Blanca y Sabino; ya que las mujeres no trabajaban, ni tenían visa de trabajar nunca.

Pero eso sí: en sendas mesas, en la misma calle, se encontraban las cuatro parejas de amigos y como si la penuria económica no fuese con alguno de ellos.

Una orquesta amenizaba la noche en aquella calle, mientras veían jugar a los niños, corriendo unos tras los otros.

Se queda pensativa Emma, al ver jugar a los niños; pensando en el suyo.

EMMA -. ¡AH!

ALESIS -. ¿Qué quieres decir con ésa interjección?

EMMA -. ¿Dónde está nuestro hijo?

Mira para todas las partes Alexis, no viendo a su hijo jugar con los demás chicos.

ALEXIS -. Pues es verdad. . . ¿Dónde está nuestro hijo?

Los amigos han oído ésa exclamación que ha hecho Alexis, levantándose todos para mirar calle arriba, calle abajo; no viendo al hijo de Emma y de Alexis.

SOPHIA -. No hay tiempo que perder; buscaremos al hijo de ustedes.

(Se refiere al hijo de Emma y de Alexis).

Cada vez se retiraban más de la Ciudad el grupo de amigos; así que las luces de la Ciudad no llegaban con tanta claridad a ése terreno donde se encontraban todos los amigos, buscando al hijo de Emma y de Alexis. Pues sabían ellos que en ése terreno jugaban sus hijos; buscando con ahínco, por todo ése contorno, al hijo de Emma y de Alexis.

No se sabe si por circunstancias de querer estar solo ó por no darse cuenta alguna, en todos lados hay despistados, se separó Alexis del resto de amigos, y mientras los demás amigos se dirigían dirección a la luz, Alexis se incrustaba cada vez más en las arenas de la playa.

Estaba ya amaneciendo, cuando Alexis observó que la arena de aquel sitio, donde él se encontraba, se hundía cada vez más en un perfecto socavón. Se abrió el suelo, yendo para observar qué sería aquella concavidad que había dejado, en aquel sitio, el hundimiento de la arena.

Se acercó Alexis un poco más no consiguiendo ver nada dentro de aquella concavidad por estar bastante oscura; retirándose rápidamente de

aquel sitio por llegar una gran piedra hacia él. Aquella piedra se quedó tapando la oquedad de aquel socavón. Aquel espacio vacío no sabía qué sería; así que dando rienda suelta a su imaginación pensó, a la velocidad del rayo, que sería alguna cueva no descubierta hasta ahora.

Tanto era así, que pensó decírselo al sargento de la guardia civil, Ruf; pues era muy conocido suyo, dicho sargento, por echar de vez en cuando alguna que otra “cuatrola” con él.

Sabiendo bien que una persona no podría subsistir metida toda la noche en el agua, sin recibir una lipotimia. Pero como la curiosidad era mucha, se acercó a media mañana; cuando ya había terminado el primer turno para buscar a su hijo, al cuartelillo preguntando por el Sargento Ruf.

SARGENTO RUF -. ¡Ya!; ya sé para qué viene usted. ¿Quiere dar cuenta de la desaparición de su hijo, verdad?.

ALEXIS -. Sí; desde luego que sí quiero dar cuenta de la desaparición de mi hijo.

SARGENTO RUF -. Tiene que pasar unas horas prevista de la desaparición de una persona, para dar desaparecida ó extraviada a dicha persona: No siendo ése su caso.

ALEXIS -. También quiero comunicarle algo.

SARGENTO RUF -. Usted dirá.

ALEXIS -. Estando buscando a mi hijo, ésta mañana, al amanecer, he visto hundirse la arena, cerca de la playa, dejando ver un gran socavón.

Se quedó pensativo el Sargento Ruf, acariciándose el mentón; para responder con soltura y con experiencia, por otros socavones.

Pues se habían encontrado socavones cerca de ésa playa, otras veces; siendo un caso paralelo a los otros socavones.

SARGENTO RUF -. La administración no está para descubrir socavones: Pero si tal socavón formase una cueva, ya sería otra cosa.

ALEXIS -. ¿Qué hago?.

SARGENTO RUF -. Yo no cavaría en ése sitio: puede ser una propiedad socavada en la arena.

ALEXIS -. ¿Entonces?.

SARGENTO RUF -. Tendría que pagar usted, Alexis, la mano de obra y la maquinaria. Eso sino le denuncia el propietario de la finca ó del inmueble por desperfeccionar la estructura.

Alexis sale del cuartelillo con un sólo pensamiento: saber qué era aquel socavón que se había formado en aquel sitio donde él buscaba a su hijo con todo el empeño del Mundo.

Ni corto ni perezoso, se va a un empresario de máquinas para que le descubra algo más en el socavón.

Su instinto le pedía saber más del socavón y yendo con unas máquinas a aquel lugar en poco menos de cinco minutos descubrieron que era una casa que se había quedado enterrada por las dunas, que se formaban en aquel lugar; con tan mala suerte, que la roca caída sobre ese sitio rompió parte del tejado la casa por donde la roca cayó, en dicha cubierta.

El viento comenzó a trasladar la duna hacia otra parte de la casa, que dándose a la vista la casa que había allí: Una casa con cuatro ventanas y una puerta decente y. . . ¡UF!, cuando el dueño del inmueble vio el desperfecto del tejado, no dudó ir al juzgado de guardia.

Alexis no sabía dónde gestionar para obtener el dinero que costaba hacer nuevo, la parte del tejado.

No lo pensó; yéndose a la casa de Sabino, con la sola idea que éste señor le concediese un préstamo personal, para edificar parte del tejado de la casa siniestrada.

Pero como Sabino sabía en las dificultades que se encontraba aquel matrimonio, económicamente, decidió como buen vecino y buen amigo pagarle él las facturas que le presentase el constructor del tejado.

SABINO -. Me parece mejor, que usted me presente las facturas y yo le propiciaré el montante económico que reseñe dichas factura, que le presente el constructor del tejado.

ALEXIS -. Me parece bien Sabino. Veo que usted es un buen amigo.

SABINO -. Lo que sí me tiene que decir, usted, a qué constructor llama.

ALEXIS -. (Todo nervioso). Está bien.

Desde luego se cumplieron los plazos de la construcción del tejado y a Alexis no le daban ninguna factura; así que terminada la obra volvió hablar con el constructor, diciéndole éste; que se las había pagado Sabino todas las facturas.

Yendo Alexis con su mujer a casa de Sabino para darle las gracias personalmente; no sabiendo muy bien el motivo de la visita, que estaba haciendo a Sabino, la mujer de Alexis.

EMMA -. Los he hecho una tarta de manzana; ya que Alexis me ha anunciado muy prematuramente la visita que los teníamos que hacer.

BLANCA -. Emma: Pueden venir a nuestra casa todas las veces que ustedes quieran; les recibiremos gustosamente.

EMMA -. Gracias por tal deferencia con nuestras personas.

BLANCA -. No hay de qué.

Alexis se encontraba tranquilo al pasar el tiempo; pues allí no se hablaba del favor tan enorme, que Sabino había hecho a Alexis: Hasta que antes de despedirse Alexis de Sabino, le reiteró, de nuevo, las gracias por la ayuda prestada; pero ésta vez se lo dio en compañía de Blanca y Emma.

Emma se había quedado con las últimas palabras que pronunció su marido, y al salir de aquella casa; ya a solas le preguntó por el significado de sus palabras a Alexis.

EMMA -. Alexis: ¿Qué quisiste decir, cuando le distes las gracias por, tal o cual cosa, a Sabino?.

ALEXIS -. Me ha ayudado mucho en mi cumplimiento, sobre la sentencia del juicio de la casa, enterrada en arena.

EMMA -. ¿Qué es eso?.

ALEXIS -. He tenido que construir parte del tejado de la casa, al dueño del edificio.

EMMA -. Y, a mí; ¿Cuándo me has dicho tú eso?:

ALEXIS -. No me ha parecido cosa trascendental para decírtelo

EMMA -. Nunca te olvides que somos dos; pero uno sólo. Esto que te has callado, me ha sentado muy mal, pero que muy mal.

ALEXIS -. ¡Mujer!.

EMMA -. Ni mujer ni nada. . . ?. . . eso de pedir ayuda económica a un amigo y no comunicármelo, es una decencia por tu parte.

ALEXIS -. No he tenido ninguna reserva por mi parte, con tu persona.

EMMA -. Dime tú, ¿Cómo se llama eso?. Me ha sentado muy mal, que me hagas de menos con un amigo y vecino.

Al llegar a casa del matrimonio, formado por Alexis y Emma; Alexis se sentó en un sillón del salón, mientras Emma se dirigió a la alcoba y como tardaba salir de ella, se fue Alexis para ver qué estaba haciendo su mujer Emma.

ALEXIS -. ¿Qué haces?.

EMMA -. La maleta: Me voy con mi madre un tiempo; hasta que olvide el desaire que me has hecho, pidiendo ayuda al vecino.

ALEXIS -. ¿Dónde tenía que haber ido?.

EMMA -. Al banco y no se enteraba nadie.

¡Muy bien!; si Alexis hubiese ido al banco, no tenía capacidad económica para hacer frente al préstamo: No sabía, muy bien; si hubiese sido peor un desahucio, que por otra parte se enterarían todos los amigos y vecinos, que pedirle ayuda a Sabino.

Se suele decir: “Le salvó la campana”, y en esta ocasión no fue menos; ya que el sonido del teléfono salvó, momentáneamente, separarse el matrimonio; aunque hubiese sido por un tiempo prudencial, hasta que se

olvidase la afrenta echa a Emma por parte de su marido Alexis, por pedir a Sabino ayuda económica.

EMMA -. Está bien; pero sólo hasta la noche. Mañana me voy a casa de mi madre.

Como era media mañana, Alexis, salió buscando a su hijo por la costa; yendo a todas las playas que existían en dichos contornos. En una de éstas playas, volvió a ver al amigo del colegio, su condiscípulo al que no había olvidado, dándose un abrazo con su compañero de estudios.

ALEXIS -. Me vuelvo a alegrar por volverte a ver.

CONDISCÍPULO -. Igualmente digo. ¿Pero tú qué haces aquí?; parece que buscas algo.

ALEXIS -. A mi hijo.

CONDISCÍPULO -. ¿Pero todavía no le has encontrado?.

ALEXIS -. No sé dónde se encuentra.

CONDISCÍPULO -. ¿Cuánto tiempo haces que no le ves?.

ALEXIS -. Así, como cerca de cuarenta y ocho horas.

CONDISCÍPULO -. Te ayudaré a buscarlo.

Alexis se quedó perplejo; pues no sabía cómo iba a buscar a su hijo su condiscípulo, si parecía un hombre sensato y de estudios.

Despidiéndose de su condiscípulo, siguió su camino Alexis buscando a su hijo con ahínco y constancia; ya que en ése mismo momento se cruzo con un amigo de su hijo, Informándole éste haberle visto cerca de los acantilados del espigón de la playa donde fueron la otra mañana.

En vez de irse hacia la playa que le indicó aquel niño, se fue a paso ligero, todo lo que podía dar de sí, hacia su casa para comunicárselo a su mujer Emma.

Saliendo ligero al cuartelillo; pero al salir de casa ya estaba puesta la fotografía de su hijo en diferentes sitios, diciendo; se busca.

Así que llegaron al cuartelillo, con la boca seca y como queriendo marearse por la carrera que habían echado.

SARGENTO RUF -. Le estamos buscando.

ALEXIS -. ¿Cómo es eso?.

SARGENTO RUF -. Desde las altas instancias.

Ni Alexis ni Emma, veían claro lo que estaba pasando allí; ya que sin pedirlo ellos, estaban buscando a su hijo todo un cuerpo militar, de policía, enseñado para ello: Hasta el servicio de vigilancia costero, buscaba a ése niño: No dando con el paradero de su hijo.

La noche llegó y a hora temprana se fueron a casa de la familia, formada por Alicia y Valdo, para felicitar a Alicia en el día de su cumpleaños y poder pasar una velada entre ellos.

No he dicho yo, una velada agradable; pues para Emma y Alexis, nada era agradable en aquellas horas indecisivas para ellos; al no saber dónde se encontraba su hijo.

Durante la merienda se habló del hijo de Emma y Alexis, por parte de los comensales.

SOPHIA -. He visto carteles con la fotografía de su hijo, diciendo que ha desaparecido.

ALEXIS -. Verídico. Están buscando a nuestro hijo. (Señala a Emma y a él).

DANY -. Pues a penas cumplido las hora de protocolo para buscar la autoridad a su hijo.

EMMA -. Sí: Ha sido de inmediato.

Se levantó Valdo de donde se encontraba sentado para apostillar una cosa que nadie sabía.

VALDO -. ¿No habrá sido por mediación del señor que estaba usted hablando esta mañana con él?.

EMMA -. ¿Qué señor?.

ALEXIS -. Un condiscípulo mío del colegio, cuando estábamos interno en un centro religioso.

VALDO -. Sabe quién es, ¿verdad?.

ALEXIS -. Pero usted está dispuesto para decírselo de inmediato.

Valdo no se había sentado todavía y acariciándose el mentón de la barbilla, siguió su explicación.

VALDO -. Es subsecretario de la gobernación.

¡Acabáramos!: Por eso le dijo el sargento Ruf a Alexis, que las órdenes venían de altas instancias.

SABINO -. Pues entonces le tendrán ustedes dos, al niño pronto en su casa.

EMMA -. Dios le oiga.

DANY -. Será así; ya verán.

Cuando se encontraban todos los comensales en los postres, hubo una persona que apuntó algo.

SABINO -. ¿Y si nos vamos todos para tomarnos una copa a una terraza cerca de la playa?.

BLANCA -. ¡Bien dicho!.

Solamente contestó una persona a aquella sugerencia que había hecho Sabino; Pero no pasó mucho tiempo, cuando en unanimidad personal estallaron las gargantas.

TODOS -. (A unísono) -. ¡Bravo!.

Saliendo las cuatro parejas a una terraza cerca de la playa; pasando una hora en entrañable recreo entre ellos, dando rienda suelta a los olores etílicos y a la alabanza del dios Baco.

Como ven todos a Emma y Alexis un poco serios, se quieren congratular con ellos.

SOPHIA -. No se preocupen; seguro que al hijo de ustedes no le ha pasado nada.

ALICIA -. Lo mismo digo yo. Ya verán qué pronto le encuentran.

BLANCA -. ¡Vamos!, vamos; paciencia y a esperar que aparezca el hijo de ustedes.

VALDO -. Si es que no se encuentran a gusto aquí; se pueden marchar a su casa.

Se quedan mirando los dos, Alexis y Emma, a Alicia; ya que era la anfitriona en la fiesta, comprendiendo ésta lo que la querían pedir dicho matrimonio.

ALICIA -. Pueden marcharse; no pasa nada.

Dando las gracias se levantan Alexis y Emma, despidiéndose de todos ellos para dirigirse a su casa.

Estando abriendo la puerta, de su casa, dicho matrimonio, llegó el sargento Ruf anunciando; que habían encontrado a su hijo en el acantilado del espigón.

ALEXIS -. ¿Qué pasaba?.

SARGENTO RUF -. Se había descuidado y le cogió la pleamar.

EMMA -. ¿Dónde está ahora mi hijo?.

SARGENTO RUF -. Se encuentra en el Hospital; le están auscultando por si tiene algún problema físico. Lo que se le ve es poca cosa: Unos arañazos en las manos y falta de la uña del dedo índice derecho. Se nota que luchó

mucho hasta conseguir encaramarse en lo alto del acantilado, huyendo de la fuerza del agua.

ALEXIS -. Vamos rápido para verle y poder saber qué dicen los doctores.

SARGENTO RUF -. Como deseen ustedes.

No se sabe cómo, pero en un abrir y cerrar de ojos, se encontraban en el Hospital los padres del chico desaparecido. Según ellos llegaron pronto al Hospital, pero lo cierto fue que tardaron tres cuartos de hora llegar al Hospital, por el gran tráfico que había en la ciudad.

Los padres llegaron con los ojos abiertos todo lo que podían, queriendo ver a su hijo: Tan nerviosos estaban que se entraron en otra habitación que no era la de su hijo.

Pero cuando vieron a su hijo, la madre se echó sobre él abrazándole y besándole como nunca. Y como al chico no le pasaba gran cosa; como no fuese rasguños y falta de una uña en el índice derecho, se le llevaron a casa: No antes de haber hablado el sargento Ruf sobre el chico.

SARGENTO RUF -. Un momento; les quiere ver el psicólogo en su consulta.

ALEXIS -. ¿A dónde?.

SARGENTO RUF -. Aquí, en el Hospital.

Después de evaluar el grado de nerviosismo que se encontraban los padres del chico; el psicólogo les anunció que no riñesen a su hijo; solamente con palabras de cariño comprendería el mal que les había causado el chico.

ALEXIS -. Le pegaré un cogotazo, por lo mal que nos ha hecho pasar en su ausencia.

PSICÓLOGO -. No debe usted pegar a su hijo.

Alexis se quedó pensando un tiempo prudencial, para responder de inmediato por lo que le había dicho el psicólogo.

ALEXIS -. Entonces, ¿qué?; le doy un premio por lo que ha hecho.

Con tono picaresco le decía aquello Alexis al psicólogo; apostillando éste una máxima bien sabida por todas las personas.

PSICÓLOGO -. “Divide y vencerás”. Máxima regla admitida por todos los públicos.

De pegar nada; solamente hablando con palabra que le lleguen al corazón y él los comprenderá.

Con aquellos consejos se fueron a su casa Alexis y Emma, con su hijo por delante. Echándole unas miradas, de vez en cuando Alexis al chico, que parecían reñirle por el susto que los había metido en sus cuerpos a sus padres.

Al quedarse solos en casa, Alexis no sabía si darle un cogotazo a su hijo ó hablarle claro, con palabras gratas pero firmes a la vez para que las entendiese su hijo.

Accedió a esto último; le comenzó hablándole del nerviosismo que habían tenido su madre y él.

ALEXIS -. Hijo, no vuelvas hacernos lo que acabas de hacer.

HIJO -. Me cogió por sorpresa la pleamar: no pude hacer otra cosa.

ALEXIS -. Pudiste; desde Luego, sí pudiste.

HIJO -. No sé yo qué podía haber hecho, sino encaramarme en lo alto del acantilado huyendo de la furia las olas.

ALEXIS -. Pudiste ir a otro sitio; en vez de allí: Donde rompen las olas.

HIJO - ¡Papá!. Tengo que jugar.

ALEXIS -. No; si ahora te tendré que dar un premio de consolación, para que te calmes.

Se levantó el chico, yéndose a la cama sin cenar, por su parte; ya que ninguno de sus padres le había dicho una palabra de alivio. Pero con ése

grado de desconfianza, del que sabe le tenían que haber dicho palabras cariñosas con respecto a su edad para calmarle los ánimos.

El primero que se levantó, por la mañana, fue el chico; poniéndose a estudiar en su mesa escritorio con mucho deseo.

Se aproximó su madre a él instándole para que la escuchara; pero el chico era reacio a oír una palabra amable, si antes sus padres no estaban seguros, que lo hecho por él había sido lo propio.

No obstante su madre, Emma, le hizo intuir el grado de culpabilidad por su parte.

EMMA -. Hijo: no estás exento de culpabilidad; no obstante el cariño de tus padres es mucho, no viendo ése grado de culpabilidad por tu parte.

Comprendemos que obrantes bien en consecuencia; pues antes está salvar tu vida, que arredrarte y caer en la desesperación más profunda. A sí no se pone una persona a salvo para nada; hay que actuar de inmediato.

HIJO -. Eso fue lo que hice.

EMMA -. Te lo estoy diciendo yo.

Como el padre, Alexis, estaba oyendo la conversación que sostenían madre e hijo; se aproximó donde ellos estaban, para rubricar lo dicho por su madre, Emma.

ALEXIS -. Eso; lo afirmo yo, que soy tu padre.

De ésta manera se unieron los tres en un sólo abrazo: Abrazo fraternal, de padres a hijo, con el corazón en un puño; para que su hijo se diese cuenta que ellos le comprendían muy bien.

Así surgió en ésa casa la concordia y la paz entre ambos moradores de ése hogar.

No obstante siguieron los padres. . . Ultimando la matricula en un buen colegio; para que su hijo estudiase en aquel centro los cursos que le faltaban en el bachillerato, desde aquel año. Alexis decidió que fuese a estudiar una vez terminado el verano y comenzase el curso en aquel centro, donde él cursó los estudios de bachillerato interno.

Un colegio de curas, con alguna fama que le daba profesorado y algunos de sus buenos discípulos, al amparo de una virgen renombrada; pero como el verano estaba haciendo su aparición en aquella época, el niño seguía jugando en las calles de aquella Ciudad con sus amigos de la infancia.

ALEXIS -. Mujer; sabrás que la matrícula de nuestro hijo está formalizada en el mismo colegio que yo cursé los estudios de bachillerato.

EMME -. ¡No sé!.

ALEXIS -. Te veo seria: ¿Qué te pasa?.

EMMA -. Pienso si vamos a tener bastante dinero para pagar a nuestro hijo sus estudios.

Alexis hizo un signo con el brazo de suficiencia; dando a probar, aseverativamente, que no se preocupase Emma por el sistema económico.

ALEXIS -. Le han concedido una beca para sus estudios. . . Dándosele muy mal, nosotros podemos ayudarle en lo que faltase.

Emma dio un gran resoplido; ya que estaba reteniendo todo el aire en sus pulmones y en su boca, por no saber cómo le iría a Alexis matriculando, rápidamente, a su hijo y en un colegio de curas, interno.

Pero cuando Emma supo que no dependía de mucho capital los estudios de su hijo, se conformó.

El verano estaba comenzando su apogeo por todo lo alto; tanto era así que ya se veían llegar los turistas de diferentes lugares de la Nación y del Mundo a aquella Ciudad.

Tanto era así, que un coche paró cerca del matrimonio formado por Alexis y Emma preguntando algo.

CHÓFER -. Perdón, señores: ¿me pueden decir si voy bien hacia un hotel que hay en éste barrio?.

EMMA -. Perfectamente, señor: Todo recto.

CHÓFER -. ¡Muy bien!, gracias.

Todo quedó en eso; en unas gracias por parte del señor que conducía el coche, pero con mirada penetrante de su mujer hacia Alexis.

EMMA -. ¡HUY!, qué mirada tan profunda te ha echado ella.

ALEXIS -. Sí; me ha llegado al fondo de mi Alma.

Para quitar hierro al asunto, Emma se echó para atrás respondiendo con una respuesta vaga.

EMMA -. ¡Anda!; no seas así.

Quedándose todo en agua en nada, al no entrar Alexis en la conversación; ya que su mujer, Emma, quería saber si él la había hecho un gesto de ánimo para tal mirada lanzada por aquella mujer hacia su marido Alexis.

Como la vida transcurría plazeramente por aquellos andurriales, dentro de una Ciudad donde todas las personas se conocen, al verse por la calle y hasta por coincidir, otras veces, en alguna panadería ó comercial de aquella bella Ciudad.

Por la noche, estando en una sala de fiesta Alexis y Emma, se acercó el barman pidiendo permiso para que se pudieran sentar un matrimonio con ellos; ya que tenían asientos sin ser ocupados.

A lo primero estaban como cohibidos Alexis y Emma, rompiendo el hilo de la conversación el hombre del otro matrimonio.

HOMBRE -. Permítame preguntarles una cosa.

ALEXIS -. Usted dirá.

HOMBRE -. ¿Cuántos lugares de diversión hay en ésta Ciudad para unas personas como nosotros?.

Enseguida contestó Emma; pasándose ampliamente de la raya, ya que su marido Alexis no quería indicarles nada a aquel matrimonio: Pues por lo que se veía eran muy abundantes; pero más copioso era él, que llevaba toda la conversación.

EMMA -. Claro que sí; como no. En cada chiringuito de la playa hay sus actuaciones, y en algunos hasta se puede bailar.

Dentro del casco urbano hay tres locales donde se puede oír música y bailar tomándose una copa.

HOMBRE -. Me alegra saberlo.

Mientras decía aquello a su marido, la mujer de aquel hombre le daba con las piernas en las piernas de Alexis; con tal maestría, que no lo percataba nadie.

Hasta hubo un momento, que no se sabía si estaba en el mismo asiento junto; rozándose con sus muslos aquella mujer con Alexis.

Alexis parecía que no podía resistir tales investidas, levantándose de su asiento pidiendo permiso para marchar al baño.

Cuando estaba lavándose la cara y la nuca para despejarse sus impulsos amorosos y las ideas de fraternidad mal entendidas, vio entrar a . . . Era una mujer en el lavabo de caballeros; al tiempo que salió un señor de water de hacer necesidades mayores, quedándose en la palangana del lavabo lavándose las manos: Pero mirando mucho para ver qué era lo que hacíamos.

Al parecer la entró vergüenza a la mujer saliéndose fuera de nuestro lavabo, el de los caballeros. Entonces fue cuando salió aquel señor del lavabo, con cara de pocos amigos.

Alexis volvió a su sitio, en la sala de atracciones; cuando estaban anunciando a un cantante afamado, en nuestra Ciudad. Al parecer, aquel cantante estaba tomando muchos vuelos dentro de la esfera bohemia, en aquellos tiempos.

Al terminar la actuación de aquel cantante; en vez de desistir estar en aquella sala, decidieron aquel matrimonio tomarse otra copa en aquella

velada que estaban haciendo nuestros buenos amigos: Ó sea, las dos parejas.

Entre regañadientes, accedieron Alexis y Emma quedarse allí para tomar la penúltima copa; pues como ellos decían, la última no se debe decir nunca.

No sé qué la pasó a Emma, si ella no había bebido alcohol alguno aquella noche, ni nunca lo hacía; pero lo cierto fue que tomó impulso para comenzar hablar como nunca.

EMMA -. ¿No conocen ustedes ésta Nación?.

SEÑORA -. No, para nada.

SEÑOR -. Es la primera vez que venimos a ésta maravillosa Nación.

EMMA -. Mañana es sábado: Se pueden ustedes venir a nuestra casa para cenar en ella.

Cuando Alexis oyó decir eso a Emma, se le desataron los necios; dando señal de inquietud en su Alma.

ALEXIS -. Yo. . . Yo. . . Yo creo; que nos deberíamos marchar a nuestras respectivas domicilios.

Fue prudente Alexis, a la vez que diplomático; al no decir la casa para nada, no fuese a ser que se quisieran ir con ellos el matrimonio de turistas.

Al siguiente día, la noche llegó y a la hora prevista, ya de antemano, sonó el timbre de la puerta.

Sí, eran ellos; el matrimonio turistas, que aunque no conocían dicha ciudad, sí se había aprendido la dirección de la casa donde vivían Alexis y Emma.

No se explicaban, Alexis y Emma, el por qué aquel matrimonio decidió sentarse en el suelo para tomar los entremeses, con alguna bebida refrescante: Ya que hacía mucho calor.

Desde luego estaban absortos, Alexis y Emma, por ese echo de sentarse en el suelo de sus anfitriones, el matrimonio invitado en aquella cena.

Ellos mismos tuvieron que coger sendos cojines para sentarse, también, en el suelo y poder hablar entre ellos con más armonía en las palabras y más detalle en sus ganas de ser.

Cuando hubo terminada la cena fría, el ama de casa se fue a la cocina para preparar el café y las copas para el whisky; siguiéndola muy de cerca el señor turista por el afán de ayudar a Emma.

Mientras tanto la señora turista, echó sus piernas encima de las piernas de Alexis; enseñándole todos sus muslos, donde estaba apoyada en Alexis sin saber lo que hacía él mismo.

En cambio, sí sabía lo que hacía la señora; ya que sin esperarlo Alexis, le puso sus manos en todas las partes nobles.

No resistiendo Alexis dicho contratiempo para su debilidad masculina, con respecto a un roce con una mujer, que no fuese la suya.

SEÑORA -. Parece que se encuentra usted como retraído y como con los nervios sin poderlos dominar.

ALEXIS -. Aquí no es costumbre, que la mujer de un conocido le toque a uno sus partes nobles.

Haciendo un gesto la señora, con los ojos primero al cerrarlos y abrirlos varias veces, se apoyó sobre la cara con dicho gestos; ya que le hacía figura con el cigoma y el orbicular del ojo, como que aquello era lo más asiduo en su mundo.

Sería para ella, que para Alexis era otra cosa; ya que se estaba poniendo; colorado, amarillo y de todos los colores: Dando un suspiro de placer al finalizar la señora con el glande de Alexis.

Y sin saber lo que hacía Alexis, la puso su mano encima de su estado febril a la señora; notándola como un revulsivo de la valva, engrandeciéndose por completo.

Como en unas partes del cuerpo se paraba las acciones, para surgir otros y al verse así Alexis con aquella mujer, se fue acercando cada vez más a ella hasta tocarla sus vergüenzas con toda su hombría.

Cambió de color aquella mujer y hasta de semblante, dejando hacer; pero como los dos estaban vestidos, allí solamente hubo roces.

El orgullo lo tenía tirado aquella mujer, en ése preciso momento, en que Alexis conoció cómo eran las entrañas de aquella mujer; aunque vestidos.

Poco tiempo duró aquel matrimonio en casa de Alexis y de Emma; pues nada más que se tomaron el café alegaron querer descansar. . . Esperando un buen rato a la contestación de Emma y Alexis, pero como ellos no decían nada decidieron marcharse al hotel el matrimonio turista.

Yo hacía como que tenía calor, alegando querer ir al baño.

ALEXIS -. Cariño; me voy a duchar.

EMMA-. Como quieras.

Nada más se hubo entrado en el baño Alexis salió Emma de casa con rumbo desconocido; pero como de inmediato se oyó el timbre la puerta de los vecinos, supo Alexis dónde había ido Emma.

Tardó un buen tiempo Emma para salir de la casa los vecinos, Alicia y Valdo; llegando a su casa con cara alegre y desenfadada; diferente a como había salido antes de su hogar.

No se levantaron temprano Alexis y Emma, adecentándose para poder ir a Misa; ya que era Domingo aquel día.

Mientras celebraba el Sacerdote, Alexis se encontraba muy nervioso; no sabiendo Emma si su marido había oído Misa, ó le hacía falta asistir a otra.

Cuando salieron de Misa. Ya los estaban esperando los amigos turistas con idea de tener una pequeña sesión de relajamiento, sentados en una terraza de un bar en plena calle.

Entre toldos unas veces y otras con paraguas, la calle se encontraba en sombra, con un grado de temperatura acondicionada a ése día; ya que se pulverizaba la calle con un gas que produce sensación de frescor.

Cuando estaban yendo a una buena terraza los dos matrimonios, vieron llegar de frente a Valdo con su mujer Alicia y a Blanca con Sabino; uniéndose a la comitiva, una vez que se hicieron las presentaciones de unos y de otros.

Poco tiempo estuvieron sentados en una mesa el matrimonio turista; ya que los otros dos matrimonios se sentaron, de tal manera que unos se encontraban en un lado de Alexis y Emma y el otro matrimonio se sentó en el otro lado: No dejando que se sentase cerca de Alexis y de su señora a dicho matrimonio foráneo.

Cuando se vio Alexis sin la mujer del hombre turista, respiró con ganas una bocanada de aire fresco, ensanchando los pulmones a plenas ganas.

No le dejaba mirar a Alexis, Blanca y Alicia; para en un tiempo determinado alegar un hecho de las circunstancias que se estaba viendo.

ALICIA -. Respira mejor que ésta mañana. ¿Qué le pasaba?, Alexis.

BLANCA -. Eso: ¿Qué le pasaba?, Alexis.

Pero como Alexis tenía que disimular, por a ver tenido ateridos los músculos; enseguida indicó las causas.

ALEXIS -. Me acosté tarde anoche.

Al decir aquello Alexis, Alicia y Blanca miraron a Emma para oír su respuesta ó ver el gesto que ponía en su cara.

EMMA -. Es verdad.

Emma no había dicho una incertidumbre; pues los dos se acostaron tarde, pero lo que más temía Alexis era una culpabilidad por su parte, a no haberla rechazado a la turista tan pronto como empezó a insinuarse.

La vergüenza se le veía en la cara y para subsanar eso, sus vecinos y amigos le animaban para que estuviese a gusto entre ellos.

SABINO -. La noche nos es propicia.

BLANCA -. (Que ha cazado la indirecta). ¿Quieres decir que resistamos aquí más tiempo?.

SABINO -. Cómo me conoces.

Sí, Blanca le conocía muy bien a Sabino; mientras tanto, Valdo, había hecho una llamada telefónica a los amigos, Dany y Sophia para que se juntasen con ellos en la terraza, en plena calle.

ALICIA -. ¿A quién has llamado?.

VALDO -. A Dany; pero como éste es transportista. Lo transporta todo: Inclusive a nosotros mismos, si se le da la ocasión para hacerlo.

Parecía que Valdo no quería dejar solos a Alexis y a Emma; así que ideó una fiesta al día siguiente por la tarde, en el chalet que tenía a las afueras de la Ciudad. Yendo todos los amigos ha dicho chalet con piscina.

EMMA -. ¡UF!; qué relax siente aquí una, en éste chalet.

VALDO -. Tiene ventanales y ventanas a cada lado de sus fachadas.

SOPHIA -. Sí, eso: Eso es lo que le da más placer a la persona humana, al sentarse en su salón.

BLANCA -. Desde luego.

VALDO -. ¿Nos bañamos?.

Como todos sabían que Valdo tenía una piscina en su chalet, llevaron sus bañadores y en un conjunto de colores variopintos, salía cada uno del vestuario con su bañador.

Allí corrió la bebida por completo; pero todavía pudieron probar los mejores manjares que se venden en el comercio, mezclándolos con fruta del tiempo, con muchas frutas: Melones, sandias, higos, uvas, peras, melocotones, plátanos. Y con todo ello saboreándolo con un fantástico jamón ibérico, con un queso semicurado y mortadela con aceitunas, berberechos, anchoas, almejas, mejillones; servido todo ello con una tortilla de patatas y acompañado de una buena ensalada de lechuga: Tomates, cebollas, nueces, atún y nata. Una gran cena fría donde las haya.

Lo único que les faltó a los amigos, anfitriones, fue tirar cohetes; que por otra parte no lo hicieron, pero se los veían con ése grado de étlico como para tener sus ánimos elevados.

DANY -. (Señalando parte de la piscina) - Si aquí, quién ha bebido somos nosotros.

Dany señalaba al pequinés que había llevado Alicia. Lanzándose al agua, sin apenas haberlo pensado, sacó Valdo al perrito pequinés, entregándoselo a su señora Alicia.

ALICIA -. Gracias, hijo. ¿No sé que iría yo hacer sin ti?.

VALDO -. ¿Qué hiciste de soltera?.

ALICIA -. Nada.

VALDO -. Pues eso. . .

Queriendo decir, que Alicia haría lo que antes en su soltería; andar por las calles, unas veces y otras con su madre.

Por la mañana siguiente todo era excusas en las tareas, encomendadas a Alexis, ya que le daba vueltas y vueltas la cabeza, no pudiendo concentrarse en los servicios; yéndose a la máquina de café para tomarse un torrefacto bien cargado.

Mientras se tomaba el café pasó por allí el jefe de la oficina; pues la máquina de café se encontraba en un pasillo lateral al principal.

ALEXIS -. Buenos días don Alfonso.

D. ALFONSO -. Buenos días Alexis. Parece que usted no está en su plena capacidad de trabajo, hoy día en la oficina.

ALEXIS -. Don Alfonso. . .

D. ALFONSO -. (Le hizo una indicación con el dedo índice, pidiéndole la baja).

No diga usted nada. . . Voy hacer una estadística de muebles.

Se alejó de Alexis el jefe con paso ligero; quedándose, unos momentos más Alexis, en el lugar donde se encontraba la máquina de café.

A la vuelta, a su puesto de trabajo, todavía no se encontraba lo suficientemente bien como para ejecutar las tareas con agilidad y sutileza; puesto que la vista no la tenía muy clara.

ALEJANDRO -. (Compañero de Alexis en el trabajo).

¿Qué te pasa?.

ALEXIS -. No me sentó bien la cena ayer.

ALEJANDRO -. Yo siempre, que me pasa eso, me tomo un poco de ginebra por la mañana temprano.

ALEXIS -. ¿Y qué?.

ALEJANDRO -. Me quedo como nuevo.

ALEXIS -. ¡Que fue la cena!.

ALEJANDRO -. Sí, ¡ya!; ya sé qué clase de cena no te sentó bien.

Le quería decir Alejandro a Alexis, que los síntomas que tenía no eran confusos; volviéndole a aconsejar otra vez lo mismo: Que se tomase un trago de ginebra y esperase acontecimientos.

Salió, sin que le viesen sus compañeros al bar más cercano, tomándose un trago de ginebra para dejar el resto en el baso y volver pronto para ejecutar las tareas encomendadas a él.

Al cabo de un buen rato se le acercó su compañero Alejandro con intención de saber cómo se encontraba Alexis.

ALEJANDRO -. ¿Qué?: ¿Te encuentras mejor?.

ALEXIS -. Al parecer, sí.

ALEJANDRO -. No al parecer. . . Yo te digo, que si te encuentras mejor.

ALEXIS -. Me encuentro mejor.

ALEJANDRO -. ¡Ja!. Si se te está viendo, que estás más centrado en tus tareas.

Cuando llegó a casa Alexis, fue preguntado por su señora Emma; que le veía demasiado bien: Diferente a como había salido por la mañana de la casa. Dándole una merienda ligera con frutas, con muchas frutas y algún que otro zumo de naranja.

EMMA -. ¡A ver si vuelves!.

Emma no dijo nada más, retirándose a la cocina para lavar la vajilla ella sola, aquel día.

Ése mismo día ídem de ídem: Terraza, copa y cena sin saber cuando se acudiría a casa; ya que algunos de nosotros decía, “la noche es joven”.

Sí se veía que se bebía menos que la noche anterior; teniendo cuidado para no ponerse indispuerto; hablando más entre ellos, que tomando alcohol.

BLANCA -. He oído que se va a construir un gran complejo de ocio, cerca del chalet de Alicia.

VALDO -. Ha oído bien, es un complejo de ocio; donde abundarán todas clases de diversiones y de juegos.

SABINO -. Ése terreno es un lugar ecológico; dedicado como reserva de la biosfera.

ALEXIS -. Es verdad; yo también lo he oído.

Todos se quedaron mirando a Valdo para oír lo que dijese su amigo; ya que su chalet se revalorizaría en condiciones favorables, como para valer tres veces más que había costado su construcción.

VALDO -. ¡Bueno!: observo que todos ustedes me están mirando con cara de saber la verdad, con respecto a mi chalet.

Sí, se revalorizará tres veces más que me costó su construcción y que su valor real actual.

En éste preciso momento se levantó Alexis alzando su copa para poder brindar por las ganancias patrimoniales de Valdo.

ALEXIS -. Brindo por los beneficios económicos que le repercutirá su chalet, si se construye dicho complejo de ocio.

TODOS -. ¡UH!, ¡UH!, ¡Urra!.

ALICIA -. ¡Bravo!.

VALDO -. Y bravo por ti, también: Vida. (Se refiere a Alicia).

Alexis estaba como si presintiese alguna cosa buena para sus intereses sociales y económicos; sin saber qué era. Pero cuando, a la

mañana siguiente, Alexis, se disponía para iniciar su tarea; fue llamado al despacho del señor Alfonso, su jefe.

No sabía muy bien por qué el señor Alfonso le llamaba, con carácter de urgencia a su despacho; así que iba todo él pensativo y como aterido los nervios.

Pero nada más que llamó a la puerta del jefe y al oír pase usted, se tranquilizó un poco Alexis, al ver la cara de su jefe alegre y su manera de tratarlo como siendo un tanto generosa.

D. ALFONSO -. Siéntese usted, Alexis.

ALEXIS -. ¿Usted dirá?, Don Alfonso.

D. ALFONSO -. Pero siéntese. . . ¡Caray!.

Alexis permanecía de pie sin saber, muy bien, que le estaba diciendo su jefe en ése preciso momento; pero al ver a su jefe que le indicaba con la mano para que se sentase, éste se fue a colocar bien en un sillón que había frente a la mesa del jefe.

D. ALFONSO -. ¡Bueno!: Le decía que se sentase en la silla que hay cerca del sillón.

Al oír aquello por boca de su jefe, Alexis hizo intención de levantarse del sillón e ir para sentarse en la silla; no dando tiempo para tal hecho.

D. ALFONSO -. Quédese, ya, donde está.

Alexis tomó una bocanada de aire, ensanchando sus pulmones, para después colocarse mejor en el sillón: Una pierna al éste y la otra al oeste.

Cuando entró Alexis en el despacho del jefe, no presentía nada bueno en su profesión como funcionario y ahora intuía alguna ventaja en su puesto de trabajo; al ver al jefe tratarle de ésa manera.

D. ALFONSO -. Le he hecho llamar a usted, con motivo de que se ha convocado una oposición al cuerpo inmediato superior donde usted ejerce Sus tareas.

ALEXIS -. ¿Qué me quiere usted decir con eso?. Don Alfonso.

D. ALFONSO -. Coja usted ésos libros y ojeelos: Dígame si los entiende.

ALEXIS -. (Los ojeó bien, deteniéndome en algunas páginas y al cabo de un tiempo repuso). Sí los entiendo, Don Alfonso.

D. ALFONSO -. Aquí tiene la factura de éstos libros: páguela cuando usted pueda.

Echó una mirada Alexis a la factura, presintiendo que sí podía hacer frente al capital reseñado que ponía aquella factura.

ALEXIS -. Mañana le traigo el dinero de ésta factura, Don Alfonso.

D. ALFONSO -. Tiene que tener en cuenta que habrá que formalizar la matrícula.

ALEXIS -. Me quiere decir, usted, Don Alfonso; ¿Qué será un poco más de dinero?.

D. ALFONSO -. Justamente.

Alexis se fue con los libros a casa, empezando inmediatamente a estudiar en ellos, en ésas lecciones que tenían los libros.

Cuando llegó la noche también se puso a estudiar, olvidando completamente a su familia; así que entró Emma en la habitación donde Alexis estaba estudiando para saber el alcance de esos estudios.

EMMA -. Alexis, hijo:¿No te parece que has cogido seriamente los estudios?.

ALEXIS -. Una oposición ó se estudia, esforzándose mucho el opositor ó es mejor no opositar.

EMMA -. Pero de ésta manera no disfrutas tu familia de ti. Tienes que estar, por las noches, donde esté tu hijo y tu mujer.

ALEXIS -. Un sacrificio durante unos meses y después, a vivir la vida.

EMMA -. Sí, así es; bien venidos sean éstos estudios.

A la mañana siguiente llamó Emma a Alexis en su trabajo; ya que se estaba quemando todo el terreno donde tenía Valdo su chalet; no sabiendo Alexis lo que hacer. Pero se quedó en su puesto de trabajo, ejecutando las tareas que tenía encomendadas a su persona.

Pero como no hay una sin otra; así como a las tres menos cuarto; momentos antes de cumplir con su servicio Alexis, le volvió a llamar Emma: Se había quemado el chalet de Valdo completamente.

Así, que cuando salió del centro oficial Alexis, se fue corriendo a su casa para poder contactar con Valdo y ofrecerle su ayuda desinteresadamente.

Pero como Valdo no se encontraba en casa, le llamó por teléfono ofreciéndole su ayuda, en las medidas que él pudiese.

Mientras estaba merendando, en su casa, oyó la puerta de Valdo abrirse; dejando Alexis la cuchara en el plato para salir lo antes posible a saber de propia boca de Valdo la pura realidad.

EMMA -. ¿Qué haces?.

ALEXIS -. Voy a ver que me dice Valdo.

Verídico: Se había quemado el chalet casi en su totalidad; solamente se salvó de las llamas el cuarto de personal doméstico en el jardín del chalet y el resguardo del perro.

ALEXIS -. Y ahora: ¿Qué va hacer?.

VALDO -. Saber las causas del incendio.

Como Valdo era abogado, quería ir paso por paso oficialmente; no queriendo dar palos al agua ciegamente, como se suele decir: Lo primero era saber las causas que provocó el fuego y luego actuar por turnos y por derecho.

Pero cuando el grupo especial científico, de la Guardia Civil, terminó de evaluar las causas que había provocado el fuego; llegaron muy bien a la conclusión, de que fue un rayo, producido en aquel día.

Y como en causas naturales, no se hacen cargo los seguros; solamente le cabía a Valdo, rehabilitar él mismo su chalet: que era tanto, como construir uno nuevo en aquella época, equiparándose al año que se construyó el chalet.

Valdo sabía el valor ecológico de aquellas tierras, aunque estuviesen completamente calcinadas; pero en pocos años crecería, de nuevo, el monte y la maleza, así como la crianza de lince, jinetas, liebres y conejos, con ardillas encaramadse a los pinos para comer los piñones. Así como también

sabia, que todas las aves volverían, de nuevo, a aquel lugar de encuentro para ellas, en matas, matorrales, chaparros, ocalitos; así como anidando en peñas y desfiladeros.

No lo pensó más; yéndose al banco para pedir un crédito adicional, para la rehabilitación de su chalet.

El banco le pidió unos avales a Valdo; llegándose a Alexis para que le firmase, junto con otros cuatro amigos, un aval para que el banco le concediese dicho préstamo; a sabiendas, de que Valdo solamente contaba con la venta de su chalet para obtener pingues beneficios, cuando el complejo de ocio estuviese terminado.

A los dos días: se le provocó una diarrea a Alexis, achacándole su mujer Emma que era por el miedo que le daba pensar si iba a quedar pagando su parte proporcional, que era millón ciento veinte tres mil Euros; eso si acaso los demás avalistas siguiesen pagando, cada uno, su cuota del préstamo correspondiente.

Emma, se había puesto buena, con una salvedad: Que se la olvidaba algunas cosas debido a un medicamento que había tomado por su cuenta; pero al transcurrir el tiempo se la iba quitando aquel mal que la había aquejado la memoria.

Sabino no había hecho caso a Valdo, no cambiando todas las acciones por letras del tesoro; hasta tal punto que se vio perdido con las

acciones que tenía: Ó las cambiaba a letras del tesoro ó comenzaría a tener deuda.

Contrató un corredor de bolsa Sabino, siendo cuando obtiene algún beneficio de las letras del tesoro.

Se habían contagiados, todos los amigos, con la fiebre de las acciones; tenían afán por comprar participaciones de bonos y dividendos sin saber de quién eran. Iban hacia la deriva a ciegas.

Hay un movimiento contrario a las economías de las casas de Alexis y de Dany; al estar demasiado juntas sus economías. No viendo ninguna clase de salida Dany para su proyecto empresarial.

Por parte de Alexis, éste ofreció su trabajo a una actividad empresarial, para cobrar recibos de la misma; teniendo toda la tarde empleada, dando vueltas y vueltas por las calles de aquella preciosa Ciudad, cobrando recibos en casas y pisos.

También se ofreció su mujer Emma a tal trabajo; saliendo por otro barrio de la Ciudad, cobrando recibos.

Tanto afán ponían en su trabajo adicional el matrimonio formado por Alexis y Emma, que se olvidaban guisar en casa; comprando comidas prefabricadas, envasadas en botes. Una vez que se olvidaron mirar la fecha de caducidad del bote, ya que hacía varios días que le tenían en casa, Emma cogió gastroenteritis, al inflamarse el estómago y los intestinos, a causa de la comida olvidada en una estantería.

A Emma se le complicó aquello con una pulmonía al estar muy debilitada; teniendo que ingresar en el hospital.

Como Alexis tuvo que dejar cobrar los recibos, ya que también lo había dejado su mujer Emma; Alexis pidió a Valdo se hiciese cargo de su préstamo, enfadándose mucho Valdo; al no tener ninguna clase de liquidez para hacer frente al préstamo.

No se vio mal, que Alexis fuera vigilante de una construcción durante la noche; pues aprovechaba para estudiar la oposición que le dijo el jefe.

No obstante se le veía en la cara el cansancio, por no dormir durante la noche, y en el cuerpo se le veía la poca nutrición que recibía durante el día. Tanto era así, que fue llamado por el jefe, a su despacho, para saber la causa de aquel decaimiento físico que presentaba Alexis.

D. AFONSO -. ¿Qué le pasa a usted?.

Alexis quería ocultar las causas a tal estado físico. anímico y endémico que presentaba su cuerpo; tenía una figura un tanto decadente.

ALEXIS -. A mí nada, señor Alfonso.

D. ALFONSO -. Está bien: Puede marcharse usted a su puesto de trabajo. Que tenga buen servicio.

ALEXIS -. Gracias, don Alfonso.

Alexis salió del despacho de don Alfonso como cohibido y con parte de culpabilidad por no haber dicho la verdad; ya que tal vez la sabría el jefe.

Pero no quedó ahí todo; pues un día se cruzó en la escalera del bloque con su vecino Valdo, que en vez de conocerle le trató de usted.

VALDO -. Buenos días tenga usted.

Alexis en vez de arredrarse, le contestó a Valdo con muy buenas ganas.

ALEXIS -. Buenos días tenga, Valdo; se lo deseo de corazón.

Valdo volviéndose para atrás, y con cara desencajada por el impacto recibido, le preguntaba a Alexis.

VALDO -. ¿Pero es usted?, Alexis.

ALEXIS -. El mismo.

VALDO -. Perdone; no le había conocido.

Llegó a oídos de Sabino cómo se encontraba Alexis; pero que no era eso sólo, pues su mujer Emma tenía el mismo semblante que su marido: Presentando la misma fisonomía endémica que Alexis.

Sabino reunió a todos para tratar de Alexis; ya que si no se ponía medio alguno, el vecino terminaría malo, con algún órgano vital hecho polvo.

SABINO -. Supongo que saben por qué les he reunido.

DANY -. Poco más ó menos.

VALDO -. Yo, no sé nada.

Esto lo dijo Valdo con gran culpabilidad por su parte; pues bien sabía él que Alexis le costaba mucho hacer frente a su parte del préstamo, quitándose la comida de su boca.

Dany no hacía más que mirar a Valdo; dándose cuenta Sabino de las miradas que estaba echando Dany a Valdo; tan cargadas de interés, por esperar que Valdo dijese algo. - No sé -.

Fue lo único que Valdo se le ocurrió decir; sospechando algo y sin preguntarle nada contestó eso Valdo.

Sabino llamó a Dany para que le ayudase a llevar las copas que se necesitaban para tomar un eleva ánimos, en aquella noche; y a poco tiempo se presentó Dany con las copas en las manos y Sabino con la sandwichera y

la botella de whisky, en las manos; pero no sin antes pedirle Sabino a Dany que se quedase, al final de la reunión, en su casa.

SABINO -. Dany; no se valla pronto a su piso, quédese un tiempo más, en mi piso.

DANY -. Comprendido.

Dany tenía mucha intuición; de modo que éste lo comprendió todo a la perfección.

Entre Sabino y Dany se empeñaban saber si Valdo estaba en posesión de pagar él solo el préstamo; pero cuando indagaron en las finanzas de Valdo vieron que éste no estaba en condiciones de comprarse ni un chupa chups: Debido a una mala gestión que hizo con un cliente, denunciándole el cliente por la mala gestión que había hecho Valdo con sus intereses económicos.

Por aquello que había descubierto Dany y Sabino se le decayó la moral a Alexis; ya que tenía el deber jurídico de seguir pagando las cuotas del préstamo de Valdo.

Día y noche; noche y día: Siempre trabajando Alexis para cubrir las cuotas que tenía al descubierto Valdo del préstamo.

Como en aquellos días cumplía años Sabino, invitó a todos los amigos un vino en su casa; acudiendo Alexis y Emma por ser, dicha invitación, antes de las siete de la tarde.

No había manera de sacar a Alexis de cómo iba la economía en su casa; hasta que a Emma se le calentó la boca, a consecuencia de la copa que había bebido en aquella ocasión.

EMMA -. Hijo; no es que no nos llegue lo que ganamos hasta fina de mes: Es que no nos alcanza ni a principio de mes.

BLANCA -. ¿Y eso?.

EMMA -. Está pagando cuotas de un préstamo, mi marido, sin ser suyo el préstamo.

¡Ya!; sí se enteraron los otros amigos, lo que les estaba pasando a Alexis y a Emma; mirando mucho a Valdo, para ver si éste decía algo sobre. . . Un préstamo.

Valdo no decía ni una sola palabra, sobre dicho préstamo; es más; desvió la conversación hacia otros derroteros más sutiles y suntuosos. Ése hilo fino que sostenía la conversación, hasta ahora; se transformó en un abundante caudal de alegría al anunciar algo Valdo, no conocido hasta ahora.

VALDO -. Las obras del complejo de ocio empiezan a finales de éste mes.

No digamos nada, lo que se lió en la mente de cada uno de aquellos amigos: Dany se veía con toda su maquinaria empleada en aquellas obras, Sabino como pluriempleado en la empresa, que quería implantar su actividad en aquella zona.

Hasta Alexis, se veía empleado en algún trabajo, por la tarde para poder sanear su maltrecha economía, con el dinero que le repercutiría ése trabajo.

El único que no pensaba en nada, era Valdo; aunque hubo un momento en que éste dio rienda suelta a su imaginación, al verse él mismo como jurista de la gran multinacional que quería abrir un sistema de ocio y juegos cerca de aquella hermosa Ciudad. Y es que cada uno se cree su propia fantasía, aunque sea creada por él mismo.

Días después, aquel globo sonda que había lazado Valdo, se convertía en realidad; pero en vez de ser un gran complejo de juegos y ocios, se convirtió en un edificio, a las afueras de la Ciudad, al terminar una calle.

La decepción cundió en todos los moradores de aquella Ciudad; al verse desmoronado el castillo de arena que se habían formado, en sus mentes, todas las personas; esperando pingues beneficios económicos para todos ellos.

Pero como las noticias corrían como el viento; allá acudían de todas las partes de la Nación para jugar su dinero.

No arredrándose los habitantes de ésa hermosa Ciudad, queriendo hacer negocio con todo aquello: Aunque no fuese como lo habían pensado ellos.

Aquel mismo día vieron en las noticias el matrimonio turístico salir en el telediario; siendo unos buenos dirigentes de una Nación amiga.

Como se encontraban merendando lo que había en casa, Alexis y Emma, poca cosa por supuesto, pensaron a la velocidad del rayo buscar la tarjeta que les había dado dicho matrimonio; donde había reseñado su teléfono.

EMMA -. ¿Y si no es el teléfono de su casa?.

ALEXIS -. Por probar, no se pierde nada.

Llamaron a ése mismo teléfono, no contestando nadie a dicha llamada, por lo menos de momento; pues en un par de horas recibieron noticias Alexis y Emma del matrimonio turístico.

Les anunciaban, dicho matrimonio, la visita a su hermosa Ciudad en unos días, no más de cinco. Más en ésa llamada había un pero: Que como irían en una avioneta de un amigo, no cogía equipaje; así, que hiciese el favor de ir por el al aeropuerto, en la Capital de aquella gran Nación.

Dándoles toda clase de detalles, de cómo eran las maletas que previamente serían facturadas en consignas.

Alegría por todo lo alto, entre Alexis y Emma; ya que en unos días tendrían en aquella Ciudad a sus amigos extranjeros: Pidiendo permiso los dos para faltar a su trabajo, aunque tuviesen que redoblar esfuerzos en sus tareas, en sus puestos de trabajo de funcionarios y aunque no cobrarse Alexis ése día en su puesto de trabajo.

Desde unos ventanales vieron aterrizar el avión que traían las maletas del matrimonio turístico; preguntando Alexis y Emma por consigna, dándolos señas y pero para llegar sin perderse en poco tiempo a su lugar de destino.

Presentaron los recibos pertinentes y los carnet de los dos, obteniendo el permiso para que sacasen aquellas maletas fuera del aeropuerto.

Tan alegre iban Alexis y Emma que no veían se estaban metiendo en un control policial. Parándolos la autoridad competente y llevándoselos a un lugar reservado, les hicieron abrir el maletero: Un cuadro de un buen pintor afamado, marfil de colmillos de elefantes y rinoceronte (*rhinocerotidae*); como así unas pólizas de acciones de una compañía de construcción.

Problemas; muchos problemas había para Alexis y Emma en aquel día ácido para ellos, un día amargo: Ya que estaba prohibido el transporte de aquellas piezas valiosas y mucho menos pasarlas a otra Nación.

POLICÍA -. Tienen derecho hacer una sola llamada.

Y claro que la hizo Alexis aquella llamada que le permitía la Ley; más bien a Valdo para que fuese su abogado defensor.

Buen amigo, Valdo; pues en pocas horas se presentó en avión en la capital de la Nación, recabando informes de Alexis y de Emma. Aunque allí había poca instrucción que recabar; ya que estaba todo a la vista; aunque las restantes maletas no contenían más que recortes de periódicos, alegando que dichas maletas estaban llenas de ropa.

Al comprobar la policía, que aquellas maletas habían llegado con valijas diplomáticas, llamaron a la embajada de aquella Nación, yendo a por ellas: Convalidada la autoría a Alexis y a Emma para que retirasen dichas maletas.

Dejaron ir a su Ciudad, con preocupación, la policía a Alexis y a Emma; presentándose alguna que otra vez a ellos, cuando iban por la calle.

Como había presione por parte diplomática, se los dejó abordar, a Alexis y a Emma por la calle.

A los pocos días llegó el matrimonio extranjero a la bella Ciudad, donde vivían Alexis y Emma; ocultándose éstos, para no relacionarse con dicho matrimonio extranjero, ya que les había provocado serios problemas: Al portar maletas cargadas con producto prohibidos en la Nación de Alexis y Emma.

En éste tiempo llegó un representante consular a casa de Alexis y Emma; para que éstos tuviesen a bien ir a una dirección que ponía una tarjeta entregada por el representante consular: Siendo idéntica la tarjeta a la que ellos tenían, del matrimonio turístico.

EMMA -. Si ellos quieren algo de nosotros, que vengan para vernos en nuestra casa.

Así se expresaba Emma, toda ella llena de rencor por no haber llegado a su casa aquel matrimonio.

Al parecer comprende el matrimonio turístico, que Alexis y Emma no quieren saber nada de ellos; yéndose a su Nación.

Respiraron a gusto Alexis y Emma al saber que dicho matrimonio se habían marchado a su Nación de origen.

Al ver Valdo eso, se da a valer, diciéndoles a Alexis y a Emma; que gracias a su intervención los han dejado en paz la policía en ésta misma Nación a ellos.

Visitan Alexis y Emma el matrimonio formado por Valdo y Alicia; dándolos las gracias; no sin una pizca de rintintín en sus palabras: Obligándole a entender Alexis a Valdo, que había estado bien su apoyo como jurista en el caso de detención y de arbitrio, pero que sino llega a ser por la medición diplomática, no hubiesen nadie que les salvaran de un proceso judicial. Quedándose muy serio Valdo y expresándose, en vez de con palabras, con recibos de haber hecho gestiones para su amigo y vecino Alexis.

Alexis le quiso pagar a Valdo los recibos, desistiendo Valdo para que su amigo y vecino desembolsase dicha cantidad de dinero. Saliendo Alexis de casa de Valdo totalmente serio y avergonzado por haber desconfiado de su amigo y vecino Valdo.

Al día siguiente tiene Alexis una llamada en su móvil; siendo de Valdo para saber si estaba, ya, más calmado.

VALDO -. Alexis, amigo, ¿se encuentra usted con el ánimo más calmado?.

ALEXIS -. ¡OH!; Valdo: Perdóneme mi indiscreción y mi poca manera de control, como la que tuve ayer tarde con usted.

VALDO -. No es nada; así que nada le tengo que perdonar.

Así se expresaba Valdo con respecto a Alexis, por haber desconfiado de él la tarde anterior. Se deshacía Alexis en cumplidos para Valdo, por desconfiar en su gestión profesional.

Pero eso sí, quedaron salir el sábado, con todos los amigos, a un lugar de copas, donde cantaban y actuaban profesionales del gremio bohemio.

Cuando pasó el tiempo, en la sala de copas, le saca para bailar una señora a Dany, llegando a poco tiempo todos los invitados, dando voces: ¡Es un travestí!,

SOPHIA -. ¡Ya decía yo!.

Al salir de la sala de copas y de fiesta, aborda un hombre a Emma; yendo Alexis para ayudarla.

El hombre no sabía lo que decir; yéndose a paso ligero de aquel sitio.

ALEXIS -. Has salido demasiado pronto tú sola de éste establecimiento de copas.

Al decir aquello Alexis. . . De copas, lo recalcó con rabia; para que se diese cuenta su mujer Emma, que había cometido un fallo garrafal al

salir sola a la calle, de aquel lugar de recreo. Ya que se había adelantado a él mismo y a todos los amigos.

Cuando se acercaron los amigos a ellos, comenzaron a decir: Que no les había parecido aquel hombre malo.

ALEXIS -. Si a mi mismo; tampoco me ha parecido mal hombre.

EMMA -. Entonces: ¿Qué quería a ésta hora?.

ALEXIS -. Hablar contigo un rato.

EMMA -. (Como pensativa).- sí, ¡ya!; del tiempo.

Al decirle su mujer a Alexis, que aquel hombre la estaba acosando, recalcó Alexis; que a él le parecía que no la estaba acosando, volviendo a decirle: - Solamente quería hablar contigo -.

EMMA -. Pues llámale: ¿ A ver si quiere hablar del tiempo?. ¡No te fastidia!.

Al llegar a casa, Alexis y Emma, hablan entre ellos de lo ajetreada que había sido aquella noche para todos ellos.

EMMA -. ¡Anda!, que tú haberme dicho: Que solamente quería, ése hombre, hablar conmigo.

ALEXIS -. A mí me lo había parecido.

EMMA -. Si me tuve que echar para atrás; ya que me había cogido. . . Ya sabes. . .

ALEXIS -. ¡No!; no lo sé.

EMMA -. Eso. . . ¡Ya sabes!.

Fue cuando Alexis se dio cuenta en el peligro que había estado su queridísima esposa. Y es que con el alcohol, hasta el cohibido se hace valiente.

Aquello le sirvió de experiencia a Alexis; decidiendo no ser tan inocente nunca más. Acompañando asiduamente a su señora, allí donde fuese ella; pues tal vez la culpa había sido suya y no de Emma.

Llegó el día de los exámenes de la oposición, haciendo Alexis un buen examen.

Pero como las notas tardaban salir; desesperándose Alexis por tal retraso. Dándole ánimo su señora Emma para que esperase que pusiesen las notas en el tablón de anuncios.

Como la mujer de Alexis, Emma, sabía del mucho nerviosismo de éste, todos los días iba para ver si habían salido las notas; hasta que un día las vio puestas al público, llamando a Alexis para comunicarle la noticia.

Corrió Alexis para ver si se encontraba entre los aprobados; pero como estaba muy nervioso no se vio entre ellos: y ya, cuando se quería ir

cabizbajo, iniciando el camino de su casa, volvió una vez más para leer las listas de aprobados.

¡UF!; cuando se vio en las listas. Estaba allí, entre los aprobados de aquella oposición; con la categoría de jefe.

Se fue para comunicárselo a su señora, no cesando ir a paso ligero hasta su casa; pues olvidó que llevaba móvil en el bolsillo de la chaqueta.

Al entrar en casa: Sí, al entrar en casa no hizo falta alguna que se lo dijese a su señora; ya que ésta intuyó que Alexis había aprobado la oposición.

EMMA -. ¿Qué me dice?, jefe.

ALEXIS -. ¿Tú lo sabías?, y no me has dicho nada.

EMMA -. No, yo no sabía nada. No leí las listas de aprobados, solamente te llamé.

Invitó a todos los amigos una cena en un restaurante, alargándose la fiesta, al salir del restaurante, en una terraza de verano; compró Alexis una flor, de una señora vendedora ambulante, dándosela a Emma.

Al ver ése hecho los amigos aplaudieron tal decisión por parte de Alexis.

ALICIA -. Qué bonito gesto.

BLANCA -. Es un bello gesto.

SABINO -. ¿Quieres tú una flor?, Blanca.

BLANCA -. No, déjalo; la primera intención es la que vale.

SABINO -. ¡Vaya!: Qué sentida.

DANY -. A mí me ha llegado a lo más profundo de mí ser.

Así se expresaban los vecinos y amigos de Alexis, por regalarla aquella noche una flor a su mujer Emma.

A los pocos días, saben todos que Valdo ha tenido suerte en la lotería; encargándose él solo de su préstamo.

Al verse relegado de la parte alícuota del préstamo: Alexis y Emma lo celebraron con una buena cena en un buen restaurante.

Estando en plena cena, vio entrar Alexis un discípulo suyo del colegio; y aunque hacía ya bastantes años que no le veía, le conoció de inmediato a su discípulo de estudios.

Ése hombre no había cambiado mucho; habiendo personas que conservan su fisonomía de joven lo mismo que de adultos.

Alexis se levantó, yendo a saludar al amigo del colegio, que al parecer hubo alguna indecisión a lo primero del saludo.

ALEXIS -. Pedro.

Al ser llamado aquel señor por Alexis, se le quedó mirando mucho, en señal de querer saber quién era el que le llamaba la atención.

Pero como Alexis comprendió tal indecisión, en vez de arredrarse; se lanzó para hacerle unos gestos con las manos, a la vez que lo rubricaba con la boca.

Alexis extendiendo las manos, las movía de arriba a bajo a la vez que pronunciaba algunas palabras.

ALEXIS -. ¡UH!, ¡UH!: Urra un corre y daca.

PEDRO -. ¡Alexis!; amigo mío.

ALEXIS -. Sí Alejandro, soy Alexis.

Así fue como se amenizó aquella noche una buena sobremesa; yéndose, después de cenar a una atractiva sala de fiesta.

Y entre baile y baile, entre salto y salto fueron pasando las horas; hasta llegar a las tres de la madrugada, saliendo de dicha sala un tanto alegres. Despidiéndose los amigos para irse cada uno a su casa.

A Alexis, le pareció que Pedro tenía un problema más bien psíquico; ya que olvidaba, con mucha frecuencia, lo que se le había dicho hacía cinco minutos. Era mejor recordar a Pedro como era de joven, no como ahora estaba siendo.

Nada más jurar el cargo Alexis, le saludó un compañero de tareas oficiales, ofreciéndole un puesto como contable en una buena empresa.

ALEXIS -. ¿Cómo es eso?.

COMPAÑERO -. Sencillamente; para llevar la contabilidad de la empresa.

Como Alexis era vivaz, las cazaba al vuelo; preguntó, enseguida, al compañero por la anterior parte contable de la empresa y por sus estatutos.

ALEXIS -. Por supuesto: dicha empresa es familiar.

COMPAÑERO -. Es de mi padre.

ALEXIS -. ¿Y?. . .

COMPAÑERO -. Como voy yo a heredarla, la quiero limpia de cargos fiscales.

Por ahí tenía que haber empezado explicándose aquel compañero de Alexis; ya que él sabía lo ágil de pensamiento y lo bien preparado que estaba Alexis en tal materia.

Comentando, con su señora Emma, una vez que estuvieron en casa, algo a favor para sus intereses particulares.

ALEXIS -. Desde hoy, estoy exento de acudir como vigilante de la construcción de bloques.

EMMA -. ¡AH!, sí. Me alegra mucho, hijo.

ALEXIS -. No olvides, que dicho trabajo me ha hecho aprobar la oposición; ya que estudiaba toda la noche en mi garita.

EMMA -. Por supuesto, hijo: No olvido que ésa garita ha sido la causa que aprobases la oposición.

Alexis comenzó una nueva vida junto con su mujer Emma; pues permanecía Emma como funcionaria dentro de un cuerpo intermedio de base y jefe.

Un día llegó Alexis a la oficina contable, por la tarde, para tomar el pulso en ella; poniendo letras e impresos clasificados todos por años, meses y días: Ya que no se encontraban por orden, algunos de ellos.

Consultó con sus ayudantes, viendo Alexis que le ayudaban sin ganas. Así que distribuyó el trabajo entre ellos; como así, como para hacer sus tareas encomendadas, sí ó sí.

Al llegar a casa Alexis le observó su mujer Emma muy pensativo.

EMMA -. (Sentándose junto a él, en el sofá y echado los brazos por lo alto de los hombros de Alexis). - ¿Qué te pasa?. Te veo pensativo.

ALEXIS -. Tienes razón; a parte que no estoy preocupado por nada. Solamente pienso cómo distribuir el trabajo, en la oficina contable, entre mis ayudantes.

Alexis no quería preocupar a su señora con lo que le pasase en la oficina contable; pues callándose no la enteraba de nada.

Un día llegó el director de la empresa de funcionarios, al despacho de Alexis, con la sola idea de que conociese a un joven; brillante en su carrera de económicas.

Aquel joven sí sabía bastante de contabilidad y de economía; así que tenía en sus manos cambiar al cabecilla de los contables, por aquel joven alegre y sumiso: Pero como Alexis no era hombre que le amedrentase nada, no quiso cambiar al cabecilla de los contables por aquel joven recién llegado.

Eso; recién llegado, ya que le daría un voto de confianzas para que se moviese por la oficina como por su casa y tomar el pulso a todos los empleados de ella, como compañero suyo.

De ésta manera, poco a poco se iba haciendo con el personal de la empresa; siendo el más resuelto del personal de funcionario, por la mañana, aquel joven, que le había presentado el director.

Para evadirse un poco idearon los amigos ir a un río de pesca un sábado; cuando se estuviese librando.

Llegó el SEPRONA pidiéndolos los permisos de pesca; enseñándole uno a uno los permisos de pesca. Yo veía que de allí no se iba el personal de vigilancia, los guardias; tirando Alexis la caña, pescando un gran pez y bonito cachuelo. Le quitó el anzuelo de la boca al pez, para cogerle con las manos Alexis y mirar lo preciosos que era aquel pez que había cogido.

En ése momento, un miembro del SEPRONA se adelantó a donde se encontraba Alexis, indicándole con la mano que devolviese el pez al agua.

Le miró Alexis, con cara de circunstancia; como para que aquel guardia le dejase llevar dicho pez a su casa, ya que era la comida del día; pero en vez de enternecerse el guardia de SEPRONA, le volvió a indicar, con la mano, que devolviese el pez al agua.

¿Pero si había una clase de pez, que nos dejaban pescar y quedándonoslo?; siempre que fuese para su consumo individual. Salvándonos eso de un desmayo en aquel día a todos ellos; ya que la pecera la tenía vacía, con idea de llenarla de peces.

Menos mal, que a la maltrecha merienda la rociaron con un buen vino de aquella hermosa tierra.

Hasta el Monterey 180 FS y Mercuire 135 cv que alquilaron volcó, viéndolos llegar a casa descalzos y como muy cansados.

Y para desgracia de los males, nada más llegar a la oficina los estaba esperando la Inspección en ella; encontrando en la caja fuerte una ficha control por valor de doscientos Euros.

Salió, a paso ligero, al despacho de don Alfonso, Alexis para saber qué significaba aquel descubierto y firmada por uno de los compañeros.

Se achacó que lo había cogido dicho compañero para ir al banco y cambiar los billetes por calderilla; ya que estaba haciendo falta en la oficina, y menos mal que así era.

INSPECTOR -. Ésta incidencia la tengo que comunicar, para que se hagan los estudios pertinentes de cómo tienen ustedes que recibir el suelto por el cambio deseado.

D. ALFONSO -. Como usted diga; Señor inspector.

Pero como había alguien responsabilizado por la falta de aquel dinero en caja y como se había alegado que era para obtener cambio; no pasó a más la falta leve que se había cometido el día anterior.

Desde aquel día nadie quería llevarse dinero a casa, aunque fuese con una nota firmada; responsabilizándose él mismo. Llegando una circular de la inspección para que el cambio lo fuese a buscar en el banco, el funcionario que iba a ingresar el dinero, obtenido durante el día en la oficina; para el cambio de las ventanillas.

Así se empezó a recopilar las monedas para el cambio; pues antes que fuese el funcionario con el albarán a ingresar el dinero del día, se

llamaba a un empleado de aquella entidad bancaria para que tuviese el cambio deseado y bien preparado.

Pero con todo y eso, había problema por llegar tarde el funcionario a la oficina; ya que no le atendían lo más pronto posible: Teniendo que ir el mismo Inspector al banco para solucionar tal desajuste, en la plantilla de la oficina, al tener que prescindir de un funcionario durante unas horas al día.

En una reunión de los amigos se quejó Dany del poco empleo que se daba a sus camiones y a sus máquinas.

ALEXIS -. Eso es fácil.

DANY -. ¿Usted cree?.

ALEXIS -. Sí: traslade parte de sus camiones y de sus máquinas a otra Ciudad; donde sepa usted que hay más demanda.

DANY -. (Pensado) - ¿Pero cómo voy a trasladar toda mi actividad a otra Ciudad?.

ALEXIS -. No; toda no: Solamente la necesaria, ya que la dirección social la tiene usted en ésta bella Ciudad.

Como lo habían estado oyendo los demás vecinos y compañeros, enseguida hubo uno de ellos, que apostilló la explicación por Alexis.

VALDO -. Lo que le dice Alexis, está dentro de lo razonable.

Así llegó hablando bien de la Ciudad que él, Dany, había elegido para desarrollar en ella su actividad de transportista, como fue a lo primero; pero ahora, también la eligió de máquinas para la construcción.

Hablaba de un señor que había dentro de aquel consistorio, que le estaba ayudando mucho.

Al oír eso Alexis miró fijamente a Sophia, disimulando mucho; mujer esbelta y de buen ver.

Sophía bajó la cabeza, aprovechando momentos después que cogió solo a Alexis, diciéndole -. No hay que desconfiar: Ése hombre es un engreído y un vanidoso; no obtendrá nada de mi - .

Así le hablaba Sophia a Alexis, por haber desconfiado de ella; pues era mujer seria y de un solo hombre.

Quedándose más tranquilo Alexis e yéndose con su querida señora: Emma.

No obstante, sí conocieron a ése señor del consistorio de la Ciudad; donde Dany había trasladado parte de sus camiones, para transporte y alguna que otra maquinaria de construcción.

Totalmente verdad: Tenía razón Sophia, cuando le dijo a Alexis; que aquel hombre era engreído y vanidoso. Se creía el centro del Mundo, al que todas las personas le deben pleitesía.

Aquel hombre lo vio enseguida: La realidad era otra, marchándose Dany a su Ciudad lo antes posible.

El sábado salen todos a las terrazas de la calle principal; donde se enteran que hay organizada una excursión, de tres días, a una sierra de allí cerca: Apuntándose todos ellos.

En dicha excursión, se encuentra Sophia con el señor del consistorio, donde trasladó su marido Dany las máquinas para su empleo.

Ésta vez Sophia no puso tantos impedimentos, para que se acercase aquel hombre a ella; pues pensaba que había que dejarle se sintiese complaciente con su misma persona y así poder alquilar las maquinas su marido Dany en aquel consistorio.

Al poder comprobar el señor del consistorio, que Sophia no ponía tantos impedimentos para que él se acercase a ella; aquel hombre la empezó a tocar, sintiendo Sophia que comenzaba a tener arcadas, como para vomitar por el rechazo tan enorme que sentía en su Alma al ser tocada por otro hombre que no era el suyo.

“Las confianzas matan”; y así fue verdad, pues aquel hombre, al parecer, no quería otra cosa más que tocarla y saber de ella.

Al entrarla los dedos, Sophia emitió un ronquido como de asco y de rechazo. Y poco a poco, sin grandes movimientos fue esquivando aquella mole de de deseos y desesperación incontrolada de ambiciones sexuales.

Llegando en esos momentos su marido Dany, una vez que ella y aquel señor se encontraban a dos metros de distancia.

SOPHIA -. Mira, Dany; estoy saludando a éste hombre, el que hizo te contratasen las máquinas.

DANY -. ¿Qué tal está usted?, señor.

SEÑOR -. Como un caballo de potente.

DANY -. Me alegra oírle decir eso, señor.

Aquel señor no se iba de allí para nada; embelesado y fuera de sí sexualmente.

Volviendo todos los amigos de su excursión al finalizar los días que tenían contratados en el hotel de residencia; descansando Sophia al verse sin ése hombre.

Sin esperarlo, Dany, contrata todos sus camiones, sus máquinas en unas construcciones que se estaban haciendo; necesitando más personal en su empresa. Teniendo un escollo personal con uno de sus asalariados; al no estar conforme con que él tuviese que pagar a la seguridad social la cuota demandada.

Aunque tenía razón aquel trabajador, no le había sentado nada bien a Dany que se le abordase de ésa manera, por parte de uno de sus asalariados:

Máxime cuando todos sus empleados se habían enterado; claro que aquel asalariado era un asesor sindical, por ser letrado él.

Le abordó una idea, en su cabeza, a Dany; ya que tenía a un todo letrado empleado: ¿Por qué no emplearle a su favor?.

No, no, y mil veces no. No quería aquel señor doblegarse a las exigencias del patrón para nada. Así que Dany lo vio claro; ya que dicho señor le habló sinceramente -. Cuando usted desee asesoramiento jurídico: Aquí estoy yo; pero nada más -.

Sería su empleado, sencilla y llanamente; pero de ahí a otra cosa, aquel señor no lo veía muy claro.

Dany aprendió, que a sus empleados los tenía que tratar con afecto y respeto para que te respeten y quieran a la empresa.

No sabiendo, que pronto le vendría otra enseñanza personal, por parte de su mujer Sophia; al no aceptar ésta las contradicciones del señor del consistorio.

Pero como Dany se oponía a rescindir el contrato; su mujer Sophia no podía vivir bajo el mismo techo que su marido, así que le habló un día.

SOPHIA -. Dany: No es por nada; pero me voy a ir una temporada a casa de mi madre. Pues se encuentra delicada.

DANY -. ¿Y cuando volverás?.

SOPHIA -. Cuando sepa yo que no me aborda el hombre del consistorio para nada.

DANY -. Entonces, no te vayas. Rescindiré los contratos en los que me haya empleado.

SOPHIA -. ¿Cuánto dinero tienes para hacer frente a lo que tú dices?.

DANY -. No mucho.

SOPHIA -. ¡Anda!: Déjalo.

Al decir aquello Sophia; tiró, por así decir, la maleta al armario de donde la cogió: Dando señales de quedarse con su marido.

Dany al ver eso respiró profundamente; tranquilizándose mucho, pues los lazos de amor que unían al matrimonio eran fuertes y muy poderosas.

Dany no sabía lo que hacer, ni lo que decir; pero sí se le ocurrió balbucear una cosa.

DANY -. Me ha ofrecido otros tres contratos: Los rechazaré.

Sophia se lanzó hacia su marido, acariciándole la cara.

SOPHIA -. ¡Ole!: Mi marido.

DANY -. No me vítores tanto.

SOPHIA -. ¿Tú, me quieres?: Verdad.

DANY -. Con todas las fuerzas de mi corazón.

De ésta manera sellaron su amor, Dany y Sophia, en aquel día de amor y felicidad.

Al verlos de ésa manera los amigos, no pudieron, por menos, que preguntarlos una cosa.

BLANCA -. Ustedes son felices: ¿Verdad?.

Sophia miró para Dany con ganas de saber qué decía éste.

DANY -. Pese al paso del tiempo; nos queremos.

Así se expresaba Dany con respecto a su matrimonio, saliéndola una sonrisa de la cara; no pudiéndola disimular el placer que la había producido a Sophia ésa respuesta, por parte de Dany.

El cigoma, la delataba a Sophia, que no podía disimular su alegría; cogiéndole a Dany de las manos, para mirarle fijamente a los ojos, a la vez que le susurraba.

SOPHIA -. Tú serás, para siempre, mi cariño.

DANY -. Y tú para mí: Mi vida y mi ilusión.

Aplaudieron todos en ése preciso momento, que oyeron hablar de ésa manera al matrimonio formado por Dany y Sophia.

No se habló más en aquella hora de gracia y de cariño, yendo todos al teatro; donde se montaba una gran obra.

Saliendo del teatro se les acercó una tuna estudiantil de farmacia; cantando una bella canción, ya conocida por todos ellos.

Y al son de aquella canción y con el soniquete de la misma, llegaron a los chiringuitos de la playa.

Noches soberbias, noches de verano; donde se confundían las luces de la costa con las luces de los luceros. Donde la perspectiva cabellera de la costa se une, en el infinito, con el Cielo; entonando una oda a la grandeza humana de Espíritu bueno.

Era tanto así; que aquella noche se juraron amor fidedigno Alexis y Emma, bajo un manto de estrellas fulgurantes y un mar en calma: Como dando la bienvenida a ése amor que se estaban prometiendo Alexis y Emma, en aquella noche de miasmas inmortales y de brisa marina; con ése olor de sal y de muchos peces y mariscos. Amor de dos personas, prometiéndose lo mejor de éste Mundo: Cariño y fidelidad. Oyéndose aquella noche como un campanilleo que elevaba el Espíritu a la quinta dimensión.

Al poner oído, supieron el ruido de donde procedía: De una barcaza que había varado en la costa, allí cerca; al llegar a la playa sin rumbo, ni dirección alguna.

Aunque eran horas altas de la noche; se comenzó a percibir un olor característico, como a pescadito, procedente de la cocina de aquel “chiringuito”. Era algo así, como quererse elevar el Espíritu a lo más alto del Firmamento.

No permanecieron impasible, percibiendo solamente ése olor: Que tuvieron que pedir dos platos al centro de ése pescadito, que olía a gloria.

Fue una velada entrañable en la noche de aquel sábado vespertino, para todos ellos; ya que cuando se levantaron de la mesa hacia tres minutos que se percibía el día, saliendo los rayos del “moreno” en poco tiempo; dando visibilidad a la playa.

Y mientras se dirigían el matrimonio a su casa; Alexis se cruzó con un antiguo compañero, “Segurata” en los edificios más emblemáticos de aquella gran Ciudad y antes vigilante en las construcciones por la noche.

COMPAÑERO -. Alexis, me alegra verte.

ALEXIS -. ¿No me digas?,

COMPAÑERO -. Sí, te digo.

Alexis había hecho caso a la demanda que le había hecho su antiguo compañero, prestándole veinte Euros, para poder volver a su casa y desayunar aquella mañana, en unos de los innumerables bares que había a lo largo de la costa.

Los días sucesivos lo pasaron, Alexis y Emma, desde el trabajo a su casa y viceversa; no viendo a ninguno de sus vecinos, ni en el rayano de la escalera, ni en ninguna otra parte de ésa bella Ciudad.

No sabían dónde se encontraban los vecinos y amigos; así que decidieron llamar a la puerta de Valdo y Alicia, al tenerlos frente a ellos. Ninguno de los dos contestaron a su llamada; poniéndose, cada vez más nerviosos Alexis y Emma.

Pensaron llamar a otras puertas, pasando otro tanto de lo mismo: Que no contestaron en casa ninguna de los amigos; sospechando Alexis y Emma, que allí pasaba algo no bueno.

Pero como no sabían dónde ir ni a qué sombra cobijarse; decidieron llamar por teléfono a los hospitales de aquella bonita Ciudad. Y en uno de ellos dijeron a Alexis y a Emma, que Valdo se encontraba ingresado en aquel centro, por motivos de no saber si le había quedado secuelas de su ataque de miocardio. No tardaron los dos, Alexis y Emma, llegar a aquel hospital donde se encontraba Valdo recuperándose del ataque de corazón que le había dado el día anterior.

ALEXIS -. Parece mentira.

EMMA -. ¿Qué quieres decir?, Alexis.

ALEXIS -. Por la noche divirtiéndose y por la mañana le daba a Valdo un ataque.

EMMA -. Así es la vida.

Sería así la vida; pero Alexis no quería volver a ver otro ataque en ninguno de sus vecinos y amigos: se pasaba muy mal, cuando alguien allegado a uno le da un ataque de corazón.

Pronto supieron, que a Valdo no le había dejado secuela alguna; en el ataque que sufrió de corazón. Saliendo al siguiente día del hospital como si no le hubiese pasado nada.

Valdo andaba bien; ni se tambaleaba, ni había perdido memoria alguna: En cuanto a sus fuerzas, las tenía perfectas.

Iban todos detrás de Valdo, como si formasen una familia perfecta: Apenados por las circunstancias y muy pensativos por llevarse a Valdo del hospital; donde no debió entrar nunca; por no haberle dado ataque al corazón alguno.

Valdo se guardó unos días en casa; no saliendo con nosotros para resguardarse de beber alguna bebida exótica.

Pero como a Valdo le costaba mucho vaciar la vejiga, a causa de un

medicamento que le habían dispensado, le tuvieron que volver a llevar para el hospital y así fue como Valdo volvió a vaciar la vejiga normalmente.

La primera vez que pudo salir Valdo con los amigos, lo celebraron por todo lo alto: Hubo merienda y cena en un restaurante de la Ciudad y para que su amigo Valdo se sintiese apoyado por ellos, terminaron sentados en una terraza cercana a la playa. Valdo tomando agua mineral y el resto de amigos tomándose una copa.

El que sí tuvo un golpe de suerte. Fue Alexis; que fue llamado por el complejo de ocio, más bien al grupo contable: había una plaza para que la ocupase Alexis y así fue. Y entre la gran empresa, donde llevaba su contaduría y el complejo de ocio, con su propio trabajo, se ganaba un buen dinero al mes. Cesando los apuros tan enormes que sufrió aquel matrimonio; para desembocar en una brillante capacidad adquisitiva y económica en aquella casa.

Tanto era así; que en poco tiempo adquirió un barco, pequeño, para bordear la costa de parte a parte y de sitio en sitio.

El bautizo de salida lo hizo Alexis, con su barco, visitando otra Ciudad a través de la costa; llevando a todos los amigos en su barco y dando una gran fiesta.

Al atracar en el mini puerto, echaron el ancla para cruzar todo el puerto de aquella Ciudad e ir a un buen restaurante, para así comer una buena merienda; al estilo mediterráneo.

Al terminar aquella saludable merienda hubo alguien que apuntó hacer algo y otro ver una carrera de galgos en el canódromo de aquella Ciudad. Aquello último fue lo que escogieron la mayoría de los amigos; ya que lo otro, era participar en un maratón; no dándoles opciones a Valdo para que se apuntase él a dicha marcha.

Era espectacular ver correr a los galgos detrás de una liebre mecánica, en donde nunca la atrapaban, en donde siempre perdían. No permaneciendo nunca más de tres minutos en la pista, aquellos galgos; habiendo relevo en ellos.

Todo era poner oído a lo que se hablaba entre las personas más entendidas; pues siempre ganaba el número tres la carrera: Ganando un dinero adicional todos los amigos al participar en la rifa de esas carreras.

Al volver en el barco a nuestra bella Ciudad, la brújula no funcionaba, el sextante no lo empleaba bien Alexis; así que en poco tiempo se vieron alejados de la costa, cuando ése barco era para ir bordeando la misma costa.

Las luces de la Ciudad ya no se veían; se reflejaba más la luz de la luna en aquellas aguas cristalinas: Intentando divisar, de nuevo, la costa sin conseguirlo. Y gracias al reloj que llevaba Dany, que tenía una pequeña brújula supieron llegar al borde de la playa.

DANY -. ¿Pero no tiene usted libros ó apuntes?.

ALXIS -. Los que me dieron en nuestra gran Ciudad al examinarme y los que obtuve en el gran examen final, en la Marina de Alicante.

SABINO -. ¿Entonces?.

ALEXIS -. Entonces, será mejor esperar al nuevo día.

VALDO -. ¡Apañados estamos!.

Así lo esperaban unos y otros, al comprobar que el barco tenía el ancla echada.

Era verdad, que Alexis no se atrevía a conducir el barco hasta que no llegase el “primer rayo del moreno”. No haciéndose esperar los rayos del Sol; saliendo por el éste con una fuerza intensiva aquel día: Parecía que el Sol quería llevarse el barco a su puerto de procedencia.

Mientras tanto, los amigos comenzaron a ponerse nerviosos; andando de una parte a otra del barco: A babor y a estribor. Hasta que una de ellos encontró una llave, presentándosela a Alexis.

SABINO -. Mire lo que me he encontrado.

ALEXIS -. Deje eso ahora; estoy totalmente cerrado: Mi cabeza no puede pensar nada.

VALDO -. Se ha puesto usted nervioso y sin apuntes que le indique lo que tiene que hacer.

DANY -. Apuntes: ¿Dice?.

Dany sacó su móvil mirando, a través de la wi-fi unos apuntes que le habían salido en la pantalla del móvil, una vez que él los había pedido.

DANY -. ¡Mire!, mire lo que dice. Hay que abrir la otra llave para dar fuerza al motor; pues al parecer, va el barco al relentí.

ALEXIS -. Enséñeme usted eso.

Dany le enseñó lo que ponía aquellos apuntes, donde había llegado él a preguntar cosas de la misma materia: Y así que, poniendo la llave enseguida el motor del barco comenzó a funcionar con la suma intensidad del Mundo.

Ahora, quedaba ya hacer funcionar la brújula, para que los llevase a buen puerto; y así, poco a poco fue recordando Alexis lo que él había estudiado para ser capitán de barcos.

No obstante, y pese a que la Ciudad donde salieron la noche anterior distaba pocos nudos de la Ciudad de origen; ya estaba amaneciendo. Y cuando aparcaron el barco en el embarcadero que tenía asignado para ello, ya era de día.

Mejor sería coger el autobús, que no su coche para llegar a tiempo a sus tareas encomendadas: Haciendo otro tanto de lo mismo los amigos de Alexis.

¡Qué día!; aquel día, por la mañana: Hasta pensar Alexis ponerse unos palillos en las órbitas de los ojos para que no se los cerrasen. Teniendo toda la suerte del Mundo, al encontrarse el jefe, Don Alfonso, en otra Ciudad por motivos de presenciar unas charlas para la dirección del personal.

Al llegar a casa y antes de pasar a ella recogió el buzón de CORREOS encontrando una carta de Hacienda para que hiciese una declaración sustitutiva, antes complementaria; Debido a que se habían confundido en una suma. Y cosa curiosa; pues esa suma hacia que pagase más dinero a Alexis que ponía la declaración primitiva, al pasar, por poco, al baremo superior.

ALEXIS -. Esto no pasará cuando se hagan las declaraciones por ordenador, en vez de a máquina de escribir.

EMMA -. Entonces Hacienda tendrá confeccionada una plantilla, para hacer la declaración anual.

Se adelantaba a los acontecimientos que irían a venir en próximos años.

Entre apremio, multa e intereses pasó a engrosar una cifra un tanto considerable para el bolsillo de Alexis; quedando la economía de aquella casa un tanto disminuida. Pues hacía poco tiempo, año y medio, que Alexis

estaba ahorrando algo de dinero con su trabajo; tanto el oficial, como en los otros dos trabajos ajenos: Con el gravamen, que se empeñaron hacer la declaración individual.

EMMA -. Al siguiente año vas tú a un asesor fiscal, para que te haga la declaración anual de la renta.

ALEXIS -. Al siguiente año, no se podrá hacer a mano la declaración anual.

EMMA -. Mejor; así tendrás ese asesor fiscal.

ALEXIS -. Pero sí las hace el Banco.

EMMA -. ¿Entonces?.

Vuelta a empezar ahorrando dinero; por si había alguna contrariedad en casa: Una enfermedad, ó se tuviese que obrar parte de la casa; que cubriese la totalidad de los gastos con el dinero que tenían en la cuenta de ahorros.

Volvieron a salir económicamente sin muchos apuros en aquella casa; en donde el trabajo era mucho y las diversiones más.

EMMA -. Alexis; yo no entiendo por qué hemos pagado tanto dinero a Hacienda.

ALEXIS -. Es muy fácil Emma. El dinero que sale a pagar en la sustitutiva hay que multiplicarlo por tres.

EMMA -. ¡Anda!. (Echándose las manos a la cabeza).

ALEXIS -. De ése dinero que sale se le multiplica por veinte, pues es el apremio y la totalidad se suman el cinco por ciento, que es el valor a cómo está hoy por hoy el dinero, siendo los intereses cobrados. Sumadas las tres partidas, es lo que tiene que pagar el sujeto pasivo.

EMMA -. ¡Así sale tanto!.

ALEXIS -. No te van a dar un premio por eludir a Hacienda.

Al día siguiente le tocó una buena parte de la lotería; haciendo frente al pago de Hacienda y aunque no le había quedado nada, sí le quedó la satisfacción de haber pagado la deuda.

Y es que el dinero, “lo mismo que viene se va”; no viendo ni rastro de lo que se haya cobrado por el trabajo en aquellas grandes empresas.

Un día; cuando se disponía a merendar en su casa Alexis recibió una visita inesperada: Por la hora y por averiguar quién era el que le había ido a visitar.

ALEXIS -. ¡Ola!, Pedro.

PEDRO -. Perdona que te visite a ésta hora; pero no es posible cogerte en casa, como no sea a la hora de la comida.

ALEXIS -. ¿Qué quieres?.

PEDRO -. Un empleo.

ALEXIS -. Yo soy contable en las empresas particulares; la contratación es otro negociado.

No comprendía aquel señor, que Alexis no podía hacer mucho por él en las empresas donde yo trabajaba; solamente le podía avalar y nada más.

Algo era algo; según se expresaba aquel señor, obligado por la carga social que tenía en casa: Tres hijos y mujer.

Menos mal que en una de las dos empresas, se necesitaba una persona que se encargase de llevar y traer la correspondencia a CORREOS; como así, que supiese una pizca de mantenimiento.

No lo había pensado muy bien lo que hizo; pues a poco tiempo de comenzar a trabajar Pedro en la empresa, ya tenía llamando al timbre de la puerta de Alexis, a tres personas más. Siendo una de ellas la que tuvo en las tareas de funcionario, como personal contratada.

Tanto le visitaba aquella señora a Alexis, que avaló por ella al jefe de la oficina, Don Alfonso; responsabilizándose, poco más ó menos por aquella señora: Yendo a don Alfonso para que volviese admitir a aquella señora.

Pues, sí, surtió efecto; ya que en aquellos días se había convocado unas plazas en el cuerpo de subalterno, sobrándola bastantes estudios para poder opositar a dichas plazas.

No sabía Alexis que aquella señora tuviese tales estudios; estando desesperada y pidiendo favor para que la avalase alguien y así poder trabajar en cualquier cuerpo de aquel funcionarizado.

Las otras dos personas, eran dos hombres de edad: Cosa ardua y difícil, al no querer, ninguna empresa, desembolsar a la Seguridad Social dinero por ellos; no percibiría la empresa ése rebote de dinero para que fuesen objetivo de ninguna empresa, al no tener edad para dar beneficios con sus trabajos a la empresa.

Mal, muy mal lo tenían aquellos dos señores, recibiendo Alexis un golpe de luz en su cerebro: El señor del consistorio de la Ciudad cercana.

Con un dictado sencillo y una cuenta fácil, entraron aquellos dos señores en el consistorio; trabajando en el cementerio.

El beneplácito, de Alexis, llegó entre la clase trabajadora, por el Espíritu bonachón y complaciente; no teniendo parangón en la historia en aquella bonita Ciudad.

Se creía que no volverían a reunirse los amigos; un sábado se anunció, por parte de Sabino, que saldrían todos, por la noche, a un “chiringuito” de la costa.

Allí se vio Alexis y su mujer Emma, en un “Chiringuito” cerca de la playa; ya que hacía días no habían vuelto a salir: Pues tan siquiera no salían ni a la puerta de su casa.

Estando ya sentados en una terraza de un bar, al pie de la playa; se le instaba a Alexis para que hablase sobre el poder que tenía para emplear a las personas.

VALDO -. Alexis.

ALEXIS -. Dígame, Valdo.

VALDO -. No entendemos cómo se las apaña usted para emplear a las personas que se lo piden.

ALEXIS -. Abogo por ellos, avalándoles delante los jefes.

BLANCA -. Mucha fe tienen que tener en usted los jefes, para conseguir lo que les pides.

Hizo un inciso Alexis, elevándose sobre su asiento y en son de nobleza respondió sin a penas pensarlo.

ALEXIS -. Trabajo, fe y esperanza para conseguir que emplee, mis jefes, a las personas que yo avalo con nobleza.

Al decir aquello Alexis, ahora la que tomó fuerzas de unión fue Emma; respondiendo firmemente.

EMMA -. Ésa, nobleza le aboga a Alexis en toda su Alma.

Diciendo aquello Emma enmudecieron todos a unísono; como si fuesen unos autómatas, en un juego de ruleta mágica.

Se miraban los unos a los otros a la cara; como queriendo pedir un gesto de amistad desnudada. Desnudando su espíritu y su manera de ser; para tomar un grado más de confianza con respecto al amigo Alexis.

No por decir palabras rimbombantes vale más ésa amistad ó ésa atención a Alexis; pues el intelecto nos dicta el punto de inflexión para saber qué es lo mejor para nosotros: El tener un amigo noble y bueno.

La vida se resolvía, entre ellos, en una amistad sincera y noble, en donde valía más la palabra dada entre ellos que todo el dinero del Mundo.

Quedó claro, que Alexis solamente poseía su voluntad y su fe para que empleasen a sus recomendados; sin ésa fuerza de saber que se iba hacer patente su recomendación personal.

Una mañana; cuando llegó a la oficina Alexis, supo que habían ingreso en el hospital, la noche anterior, al jefe de la oficina.

Como era verano, solamente llamaron al despacho alguna persona reclamando alguna gestión que había hecho en la oficina; tardando en llegarle la contestación, de tales pesquisas.

Algunas otras personas, recabaron información de algunos servicios; al querer ésa persona hacer huso de los mismos.

En general, tuvo buen comienzo en su estreno, como dirigente de la oficina oficial, en aquella bonita Ciudad; ya que los usuarios no eran demasiados engorrosos, como para no poderlos resolver por sí solo: existiendo otros más embarazosos en el desarrollo de sus gestiones.

La suerte fue cuando el jefe de la oficina, Don Alfonso, estuvo pocos días en el hospital; saliendo de ése centro como nuevo.

Poco a poco se la veía enferma a la amiga Alicia, teniendo los gases en el estómago; no sabiendo el médico de cabecera lo que hacer con ella; hasta que la mandó unos análisis y una ecografía: De los análisis salió triunfante, pero no de la ecografía; ya que en ella se veía, manos, pies y boca. Siendo un varón precioso aquella criatura que alojaba en su vientre.

La dificultad estaba, que era un embarazo intrauterino, no percibiéndose al tacto, ni en el endoscopio: Aunque sí se pudiese percibir los latidos del corazón en su estado avanzado de fertilidad.

Lo cogieron, los doctores, tan a punto aquel embarazo, no normal, que se le llevó con pericia y sabiduría por parte de los doctores, que

trataban a Alicia. Adelantándola el parto a su debido tiempo, para poder sacar la criatura viva.

En la palma de la mano cogía aquella criatura; un nonato de muy pocos meses. Y como no había nacido naturalmente, le tuvieron que encubar; después de haber estado en la UVI.

Fuimos para verle todos los amigos a maternidad, dirigiéndonos a la sala de cuidados intensivos en la UVI, no observando aquella criatura, indefensa en la vida; no consiguiendo ver nada, hasta que estuvo en la incubadora.

Algunos llevaban juguetes para que jugase aquel niño; sin saber que no podía jugar: Recogiéndolos las monjas para engrosar los juguetes que había en la sala de juegos infantiles.

Desde luego, a todos se nos vino a la cabeza; que aquel matrimonio no podía salir con nosotros a todos los eventos que asistíamos, para disfrute y divertirse nuestros cuerpos.

No, desde luego que no pudieron acompañarnos a una exhibición equina, que tuvo lugar cerca de la playa; pues aquella criatura no resistiría estar expuesta tanto tiempo al Sol.

Aunque sí se venían por la noche a las terrazas que había cerca de la playa, para disfrutar de la brisa marina; aunque se recogían pronto por el niño.

Una con otra: Un día se le quemó la encimera y los muebles a Emma; teniendo que ir para apagar el fuego los bomberos. Sí, una con otra; pues a los gastos que tuvo Alexis para reponer la encimera y los muebles de la cocina, se sumó los gastos del pintor: Ya que tuvieron que pintar toda la casa, porque sus paredes estaban negras por los humos producidos en el incendio.

Vuelta a empezar ahorrando; pues lo que había ahorrado cerca de dos años se lo llevó todo el fuego.

Si alguien ve una cosa del vecino se le antoja tenerlo a él mismo; pero lo cierto que en ésta ocasión no se veía más que las llamas y la humareda producida por la combustión de los muebles.

Dany no pudo ver otra cosa, más que ése hecho de quemarse la encimera, los muebles; no creyendo nadie que se le antojase a él mismo tener un fuego en casa.

¡Pues sí señor!: Dany sufrió otro fuego, como el de Alexis; pero ésta vez en la habitación, producido por un cortacircuito de la llave en la misma. Quemándose: Colchón, armario y cómoda, así como toda la ropa que guardaba Sophia y Dany en el armario.

Y vuelta a empezar: Cambiando todos los muebles de la habitación, colchón y pintar toda la casa; con el gravamen que genera tener que hacer frente a la rotura de una pieza de un camión. Un camión, que había que

cambiar todo el bloque por ser antiguo y no dar opción para cambiar solamente la pieza dañada.

Sí; se creía que los vecinos de aquel bloque sabían restar bien: No sabiendo nadie, si sabían sumar perfectamente.

Si ahora quitan de aquí, si quitan de allí; pero nunca para poner nada: Eso es muy penoso.

La economía maltrecha de los amigos, los obligaba a quedarse en casa, una vez en una y otra vez en otra, viendo fútbol y tomando palomitas, al son de una buena conversación.

Pero eso sí; allí se hablaba de todo, hasta de los hijos que quería tener Blanca, el resto de sus días.

BLANCA -. Si no quedo embarazada, por método tradicional; no cesaré hasta que me haga la inseminación artificial.

La echó una mirada Sabino, su marido, como instándola para que se callase y no diese ninguna idea a nadie.

BLANCA -. ¡Pues si!, hijo: Me haré la inseminación artificial.

Mirándola de nuevo Sabino, la contestó como ella quería.

SABINO -. Como quieras, Blanca.

Allí no respondía nadie; solamente hacían escucha para oír lo que se hablaba, hasta que una de ellas se refirió con soniquete a su marido.

EMMA -. Y nosotros: ¿Qué hacemos?.

ALEXIS -. ¿Es que quieres más hijos?.

EMMA -. ¿Tú me dirás?, hijo.

ALEXIS -. Yo no digo nada.

Así pasaban las veladas de aquellas reuniones, por la noche los amigos y vecinos siempre que había fútbol en la televisión.

Pero cuando se entraban en casa, cada uno era pacto de una reducción y no muy buena; pues comiendo chorizo por la noche, no era cosa halagüeña para tirar las campanas al vuelo.

Mucho trabajo, poca comida; todo se resolvía así en la vida de los habitantes de aquel bloque.

Que si ahora tiene colesterol; que si ahora, otro tiene la ciática y de ésta manera unos detrás de otros.

Pero a poco se vieron cumpliendo años sin saber qué hacer con sus vidas, para que sus células no envejeciesen muy rápido: Apuntándose a un gimnasio para conservar su tipo en orden.

Algunos de ellos, daban paseos largos a un buen paso; sintiéndose rejuvenecer su cuerpo a la velocidad de aquellos paseos.

Pues con todo y eso; aquellas familias eran felices: Ellos no pedían más dinero, ni más bienes, con lo que tenían se conformaban.

Eso sí: Un día se los ocurrió salir a una terraza en la costa, pidiendo una pizza familiar para todos ellos; tomando un pedacito de pizza con un refresco. Con aquello se conformaron para estar un buen tiempo sentados en las mesas de la playa; Yéndose a sus casas todos ellos alegres y felices.

Si la vida los presentaba ésa cosa de decaimiento económico; ellos la presentaban otra cara, más alegre y confiada, de que un día llegaría su buena Estrella.

Volvieron a ahorrar algo y así poderse sentir respaldados; por si llegase alguna enfermedad, no deseada, y poder hacer frene a sus gastos.

Poco a poco las vidas les iba cambiando a todos ellos; ésa penuria económica tan severa; ya no la sufrían en sus hogares.

Un golpe de suerte, como se suele decir, para la persona que ha recibido una cosa material ó una proposición buena para su negocio; eso fue lo que le pasó a Dany con su actividad de transportista: Ya que fue contratada su empresa por otra mayor y muy afamada. Una subcontrata muy bien remunerada; en donde hasta se le prestaba el apoyo necesario para el mantenimiento de sus camiones y otra clase de instrumentos en la

actividad de la construcción: Ya que no se encontraba, dicha actividad, tan boyante como antes.

SABINO -. Señor Dany, enhorabuena.

DANY -. Gracias. Pues nada: Sin buscarlo me lo he encontrado.

BLANCA -. Estaba la suerte a su lado.

Así hablaban entre ellos, aquellos dos matrimonios; como alegrándose Blanca y Sabino que a Dany le hubiese pasado todo lo bueno: Que al parecer era ingresar más dinero en su casa.

Para celebrarlo, Dany, invitó a todo los amigos a una cena en un restaurante en la playa; donde había un grupo mixto de música, cantante y la misma haciendo chistes, amenizando la velada de aquella noche a todos sus comensales en la misma calle, en su terraza.

Había un matrimonio sentado en la siguiente mesa, cerca de ellos: Y como el señor se mostraba muy afable, entablaron conversación, enseguida, con aquel matrimonio.

SEÑOR -. No me gustan las fiestas; pero soy partidario de que el Espíritu descansa en la morada más profunda de un buen pensamiento.

VALDO -. ¿Es usted poeta?.

SEÑOR -. Soy aficionado. Tengo seis libros, editados, de poesías.

BLANCA -. ¿Y a eso llama usted, ser aficionado?. . . ?. . . ¿Porque usted es sólo poeta?: Me confundo.

SEÑOR -. Soy letrado en un bufete, que ustedes deben conocer.

Al decir, aquel señor, el nombre del bufete; todos ellos lo conocían y de antemano, por ser un grupo de abogados reconocidos, por sus prestigios personales.

Anticipándose en la conversación Alicia; para ayudar a su marido si se presentase la ocasión.

ALICIA -. Mi marido es también abogado.

Al decirle, Alicia, el nombre de su marido a aquel señor, se le quedó mirando fijamente a la cara para emitir unas palabras; solamente conocidas por ellos dos.

SEÑOR -. Era el Artículo sesenta y siete: Tenía usted razón.

Desde aquel mismo momento surgió entre los dos señores una suscita conversación amena y muy abundante, dentro de la legislación laboral. Eso era así, que en un momento determinado, le confesó aquel señor a Valdo; que él era el director general de aquel bufete.

Como siguieron bebiendo, alguna que otra copa, se expresaba aquel señor como un papagayo; hablando y hablando cada vez más. Y en un momento determinado le entregó su tarjeta, aquel señor a Valdo, una vez que había escrito un nombre una dirección y firmándola también.

SEÑOR -. Tenga usted; preséntese en ésta misma dirección mañana, sin falta: Se nos ha jubilado un pasante y necesitamos un buen abogado para que le sustituya.

Se le quedó mirando Valdo, muy fijamente; para decir unas palabras dictadas; más bien que con la mente, con el corazón.

VALDO -. No sé si soy un buen abogado.

Aquel señor movió su cabeza en señal afirmativo; ya que conocía su nombre por haber contendido con él, con Valdo, en varios casos y siempre con gran contundencia, moral y jurista.

Desde aquel día siguiente comenzó a trabajar Valdo en el bufete de aquel señor; pero como el contrato firmado tenía una cláusula restrictiva: Que si Valdo trabajase por su cuenta en algún caso, tenía que dar el diez por ciento de su estipendio personal a la empresa donde trabajaba Valdo.

Emma le instaba a Alexis, para que buscara un segundo trabajo y así poder tener más capacidad económica en casa; empleándose ese dinero adicional para embellecer la casa ó cambiar muebles; así como para su atavío y aliño personal.

ALEXIS -. Lo he pensado. La mujer, tiene más bien que cuidar de la casa y de los hijos; mientras la acometida del marido es fuera de la casa. No creyendo yo que esto sea un pensamiento machista.

EMMA -. No he querido yo decir eso; es más bien un intercambio de ideas; si tú encuentras antes un segundo trabajo, acéptalo, así como si soy yo.

ALEXIS -. Por eso; siempre, ó casi siempre, que se divorcian los matrimonios, el señor juez concede la patria potestad a la madre.

EMMA -. Mal pensado; porque entonces, la madre tiene que salir de casa para trabajar y obtener el dinero necesario para la alimentación de los hijos.

ALEXIS -. ¿Y quién los calzan y los facilitan las fiestas durante todo el año?.

Aquí estaban dando en la clave los esposos, Emma y Alexis; que aunque equivocándose, posiblemente; siempre pensaban en los hijos y no en ellos. Quedando los dos, Emma y Alexis, que era mejor una patria potestad compartida entre ambos: Padre y madre.

Mientras tanto, buscaban la felicidad de su hijo con todo esmero del Mundo; no encontrándola en aquella bella Ciudad: Que aunque era bonita y hospitalaria, no pasaba de ahí; ya que el sistema de trabajo lo tenía, prácticamente, cerrado.

En cambio, sí había más posibilidad de trabajar en otra Ciudad cercana a la suya: Por ser una Ciudad cosmopolita, abierta al pensamiento de sus habitantes, y por supuesto; aceptando a toda persona que quisiera vivir en su Ciudad, fuesen ó no fuesen oriundos de ella.

Lo primero que hicieron, fue llevar a su hijo William a un colegio mayor, en ésa misma Ciudad de referencia; así iría tomando el pulso a las costumbres y manera de pensar de aquellas personas y ésas personas irían conociendo mejor a su hijo, William.

Manera bonita: Intercalarlo en aquella sociedad, de bienestar y prosperidad: Adquiriendo su cultura y su manera de ser.

No eran ellos solos los que pensaban de aquella manera con su hijo William; pues Alicia y Valdo hicieron otro tanto de lo mismo con su hijo Sebastián; Ingresándole en el mismo Colegio Mayor que ingresaron los padres de William a su hijo Willian.

Un día sonó el timbre de la puerta de Alicia y Valdo, siendo Emma y Alexis los que se disponían para visitarlos a ellos dos: Con motivo de querer saber qué clase de ajuar le compraban a su hijo.

VALDO -. Lo que el Colegio Mayor les haya dicho en una circular: Eso es el ajuar.

ALICIA -. Sí; pero nosotros queremos saber si hay alguna vestimenta en particular para salir a la calle: Para que se den cuenta las personas, que nuestro hijo es estudiante.

VALDO -. Eso era antes. Ahora: ¡Normal!, muy normal.

No hablaron de los hijos nada más; teniendo en casa de Alicia y Valdo una velada agradable los cuatro. Yéndose a horas muy avanzadas de la noche, Emma y Alexis a su casa.

A la mañana siguiente se veían pletóricos en sus tareas encomendadas, a Emma y Alexis; por el resultado tan bueno, dentro de las pesquisas que hicieron la noche anterior en casa de Alicia y Valdo: Al saber que con un sólo traje sobraba para que su hijo saliese para tomar el pulso a la diversión en la calle.

Eso era así, que Alejandro fue para ver qué pasaba con ésa euforia, como presentaban sus compañeros.

ALEJANDRO -. ¿Qué os pasa?: Os veo muy alegres. Más bien diría yo; con la alegría exaltada.

ALICIA -. No es para menos. Nos hemos ahorrado un buen dinerito en el ajuar de nuestro hijo.

ALEXIS -. La mujer; siempre pensando en el dinero.

ALEJANDRO -. ¿Y eso?.

ALICIA -. No hace falta uniforme, en el colegio mayor; ya con un sólo traje basta.

ALEJANDRO -. Pues claro que sí. Es otra época, otro tiempo; donde se polariza todo.

ALEXIS -. . . . Pues claro que sí. (Y arrascándose la cabeza lo dio como bueno).

Solamente permanecía el estilo que tuviese la persona, para darse valía a sí misma.

No necesitaba la persona nada más: ninguna otra clase de apoyo valía para dar brillo a las personas en aquellos tiempos.

Y desde luego que sí; siempre hay casos ornamentales dando señales, para que los demás personas vean a ésa otra como un estilo y una talla superior a ellas mismas. Eran otros tiempos, otra manera de pensar, otros hechos.

Al salir del trabajo, se tomaron un refresco, Emma y Alexis, con Alejandro en un bar que había allí cerca de la oficina; despidiéndose todos muy cordialmente.

Todavía llevaban la alegría en la cara, Emma y Alexis, cuando llegaron al portal de su casa: Era un bloque de viviendas con un portal atractivo.

Alexis se paró cerca los buzones de Correos, con deseo de querer abrir su buzón, y así lo hizo.

El sobre era del Colegio Mayor; así que abrió la carta leyéndola por completo, aunque veía que era una especie de factura detallando los gastos que había tenido su hijo.

ALEXIS -. ¡No puede ser!.

EMMA -. ¿Qué es lo que no puede ser?, hijo.

ALEXIS -. Tú observa el final que pone la factura.

Y claro que sí podía ser; pues su hijo, además de tener que pagar el mes de ingreso en dicho centro, se había comprado libros, material de aseo y otras tantas cosas más que reseñaba aquella nota como de factura.

EMMA -. ¡Mira!, ¡mira!; zapatos también se ha comprado.

Al llamar a su hijo, éste alegó de moda aquella forma de zapatos; como así unos pantalones, que también se había agenciado en la tienda que había en aquel centro de estudios.

ALEXIS -. Me parece muy bien: pero tantos refrescos tomados, ¿no te parece que son muchos?.

EMMA -. Son una barbaridad.

Llegó el sábado y con él, el descanso en las tareas públicas de los dos, Alexis y de Emma; ya que al siguiente sábado les tocaban trabajar a los dos. Aprovechando ése día para visitar a su hijo en el centro mayor donde pernoctaba y estudiaba sus asignaturas, yendo a la facultad para recibir clases con explicaciones y sufrir exámenes.

Con buenas palabras y sin alterarse, los padres de William, le expresaron, con mucho cuidado, los gastos que había tenido que pagar: Algunos de ellos como de recreo.

WILLIAM -. Papá: a penas hace frío y estamos todavía en el declive del verano, por así decir.

ALEXIS -. Sí hijo; yo te comprendo muy bien, pero si todos éstos refrescos que detalla la factura los hubieses consumido tú. . .

WILLIAM -. ¿Qué quieres decir?, papá.

ALEXIS -. Que has podido dar alguna fiesta a tus amigos, con todos éstos refrescos.

William bajó la cabeza, como dando a entender que era verdad; y no solamente se limitó en avergonzarse, que acto seguido se lo afirmó a su padre.

WILLIAM -. Es verdad, papá: He dado una fiesta. . .

William se quedó un poco pensativo, a la vez que con pesadez en su Alma; para seguir habando a su padre con el corazón en las manos.

WILLIAM -. Sí papá; los he dado a mis condiscípulos una fiesta. . . ?. . .
¿Pero a que no sabes por qué?.

ALEXIS -. Dímelo tu, hijo.

WILLIAM -. Fue el día de mi cumpleaños. . . Solamente me felicitaron ellos.

Ahora, el que bajó la cabeza fue el padre de William, Alexis, como arrepintiéndose; ya que su hijo había cumplido años y no le habían felicitado.

Pero a la velocidad del rayo y con la capacidad de un buen funcionario, tuvo Alexis una respuesta que le agradó a su hijo.

ALEXIS -. Hijo: Hemos venido hoy aquí para felicitarte en persona.

La madre, Emma, se abalanzó hacia él para darle un beso, como de felicitación, y su padre, Alexis, le abrazó concienzudamente. Y con esa estrecha conciencia, le quería hacer ver el padre a William que estaban allí para felicitarle; agravando más, todavía, la situación entre el hijo y los padres: Porque William era listo y se daba cuenta de todo.

Saliendo la madre, Emma, al quite del padre con -. Vamos hijo: Aquí estamos nosotros -.

WILLIAM -. (Dando un suspiro, respondió). Sí mamá: Aquí están ustedes dos.

Aquello lo dijo William con un sentimiento de pesadilla, por no haber sido felicitado por sus padres el día de su cumpleaños.

Y para paliar tal pesadez en el Alma de su hijo: Le llevaron a un buen restaurante aquel día en la Ciudad donde el chico estudiaba.

Cuando volvían los padres de William a su Ciudad, le quisieron dejar dinero, contante y sonante, no aceptándolo el chico para nada: Alegando que si necesitaba dinero; lo sacaría de la cuenta del centro, donde lo tenía depositado.

Alexis observó que su hijo William estaba receloso de él: Ahora tenía que saber si también estaba receloso de su madre.

ALEXIS -. Nuestro hijo, William, se encuentra cerrado en sí.

EMMA -. Más bien receloso, diría yo.

ALEXIS -. ¿En qué sentido?.

EMMA -. Por haberle llevado a otra Ciudad para que desarrolle sus estudios.

Tenía razón Emma, al expresarse así delante de su marido; pues su hijo William ya no confiaba tanto en ellos. Tal vez él había querido estar éste día en su Ciudad; estando en su casa y arropado por el cariño de sus padre. Pensando Alexis que era mejor hablar con su hijo William, por el motivo que los indujo para llevarle a su Colegio Mayor en otra Ciudad: Conseguiría con más facilidad, un trabajo.

Y al siguiente sábado, al salir del trabajo, volvieron una vez más los padres de William a la Ciudad donde se encontraba cursando sus estudios su hijo.

Se explicaron perfectamente los padres de William con él; pero éste, en vez de sentir agradecimiento; lo único que lograron fue, que Willia los rechazase todavía más; al sentirse desplazado de su casa.

Al volver a su casa los padres de William, se expresaban con tristeza y con vergüenza en la cara.

ALEXIS -. Pues sí que estamos liándola cada vez más.

EMMA -. Y eso que le hemos hablado con el corazón en las manos.

ALEXIS -. Sí; si eso lo ha percibido él; pero nuestro hijo, nos da a entender que está mejor en su casa.

EMMA -. El día de mañana nos dará las gracias.

Pero para William, todo quedó en el olvido; no haciendo caso alguno a las explicaciones que le habían dado sus padres el sábado anterior.

Lo bueno fue, que los amigos no se habían enterado de nada; ya que ni ellos, Emma y Alexis, como así su hijo William, hablaban algo con otras personas; al respecto, en la situación en que se encontraba William.

Sí; porque los padres de Sebastián contaban todo lo contrario, que podían haber contado los padres de William.

Tanto era así, que un día; en vez de ir los padres de Sebastián para ver a su hijo, éste acudiría a su Ciudad nativa para visitar a sus padres, Alicia y Valdo: Viéndose con una cámara digital de video colgado al cuello.

Emma y Alexis se miraron fijamente a la cara y pasando la vista, cada uno, a los ojos del otro, pudieron percibir la demanda de paternidad, para que su hijo William tuviese otra cámara de fotos y videos digital, con idea de que los videos y las fotografías las pudiese grabar en el portátil y

así mandarlas a su ordenador, que tenían ellos en la casa. Unas veces por Whats App y otras por wecon; se pudiesen ver y hablar con su hijo.

En poco tiempo el hijo de Emma y Alexis se vio con otra cámara de video colgada al cuello unas veces y otras por bandolera para hacer lo que ya habían pensado sus padres.

Las notas que sacaba William no eran malas, pero tampoco eran buenas: Aprobados, suficiente, con algún que otro notable; llamándolos a tutoría en la facultad a los padres de William para poderlos hablar claro.

TUTOR -. ¿Qué carrera quiere hacer su hijo?.

ALEXIS -. Económicas, unas veces; otras veces ingeniería naval, como así se le ha antojado al final de semana hacer la carrera diplomática.

Los tutores se quedaron pensativos; para contestar, cuando hubo pasado un pequeño tiempo, el tutor que llevaba a su hijo.

TUTOR -. Hemos pensado y yo coincido con mis compañeros, que haga la carrera de ciencias empresariales; ya que es una carrera técnica y no de estudios superiores.

Los padres de William se quedaron pensativos; dándose las manos uno al otro, en señal de desilusión: Pero con la conciencia de que su hijo tenía que hacer alguna carrera, y qué mejor que la que se le diese bien.

Quedaron los padres de William, que su hijo se le fuese dirigiendo hacia dicha carrera, cambiando sus estudios el chico de económicas por ciencias empresariales.

En cambio el otro chico, Sebastián, hijo de Alicia y Valdo siguió estudiando económicas. Con todo y eso, los padres de William no se le llevaron a casa ya que tenía pagada la matrícula en económicas y hasta al otro año no se abriría el plazo de matrículas en ciencias empresariales.

Un disgusto más en ésta vida, para los padres de William; pues perdería un año en hacer su carrera, por no haberle aconsejado el grupo de estudios en lo que él, William, podía haber hecho, con mucho estudio y mucho sacrificio.

Parecía como si Emma y Alexis se encontrasen en inferioridad ante los padres de Sebastián, que estaba terminando el primer año de carrera; mientras su hijo lograba sacar suficiente en aquellas materias de ciencias superiores.

¡AY!; cuando llegó el verano: Ni William, ni sus padres salían con los otros amigos, teniendo que huir de los vecinos para no tratar de nada en aquellas reuniones, que formaban parte de su comunidad. Siendo cosa de risa, que ninguno de ellos quisieran irse a ningún chalet adosado ó no

adosado para poder vivir a sus anchas y con mejor nivel de vida. Siendo eso mismo lo que les movían para agradar a sus vecinos; presentándose todos ellos en casa de Emma y Alexis un buen día de verano. Encontrándolos muy descuidados a Emma y Alexis en su propia casa. No fue menos cuando los padres de Sebastián dijeron unas palabras para que les sirviesen de alivio a los padres de William.

VALDO -. En todas las casas, siempre hay parte de pesadez por lo que pasa en ella.

Alexis no entendía muy bien lo que quería decir Valdo; así que le preguntó por aquellas enigmáticas palabras.

ALEXIS -. ¿Qué quiere decir?, Valdo.

Valdo tomó una bocanada de aire, hinchando los pulmones, antes de contestar y apoyándose en su mujer Alicia, se expresó con gran sentimiento, metido en su Alma, por algo insólito para ellos.

VALDO -. Nuestro hijo Sebastián se encuentra enfermo; teniendo que hacer reposo.

Se le había producido a Sebastián una enfermedad pulmonar; teniéndole que ingresar a su hijo en un hospital, al cuidado de un grupo de neumología.

Aquella noticia, dada por el padre de Sebastián, cayó como algo fuerte entre el grupo de amigos, que estaban visitando a los padres de William.

Hubo infinidad de visita por parte de los amigos de Sebastián; yendo, también, William para ver a su amigo de la infancia.

SEBASTIÁN -. William: Ahora estamos lo mismo.

WILLIAM -. ¿A qué te refieres?.

SEBASTIÁN -. A que éste año atraso un curso en mi carrera.

WILLIAM -. No digas eso.

SEBASTIÁN -. Sí que lo digo; la cosa está muy mala.

WILLIAM -. Ya verás como te recuperarás.

Y sí; sí se recuperó Sebastián, pero al final del curso: Mientras tanto se había sentido muy débil, faltándole en alguna ocasión la esperanza.

Aquel verano no podía jugar mucho, por no decir nada, Sebastián con su amigo William; estando éste último muy aburrido al sentirse solo y sin ninguna clase de compañía.

Carecía de la compañía de Sebastián, hasta que llegó a la Ciudad una bella chica, con gestos muy femeninos y trato exquisito. Y ésa delicia la tenía, aquella chica, metida en todo su ser; sabiendo recibir bien a las personas y hablándolas mejor. Prendado se quedó de ella William, por no haber visto a otra chica con ése trato de amor para todos sus interlocutores.

Era así, que un día decidió, William, llevarla a casa de su amigo Sebastián para que la conociese éste: Ya que le había hablado mucho William a Sebastián de aquella chica.

Pero como Sebastián estaba prendado de ella, sin conocerla; nada más que se vieron Sebastián y aquella chica, saltó la chispa de una amistad encantadora entre los dos, en forma de flechazo.

Cupido, estaba jugando una mala faena a William, para unir al convaleciente Sebastián y a aquella chica en un afecto entrañable.

Desde aquel día la chica pasaba más ratos con Sebastián que con William; estando éste un tanto serio con ella y enfadado con Sebastián.

Poco a poco comenzó a quedarse en casa William, no queriendo salir a la calle por falta de motivación; viendo sus padres que siempre permanecía serio, muy serio: Como si la sociedad le hubiese rechazado.

Y al llegar la feria, de aquella encantadora Ciudad; los padres de William no observaron en él una mínima intención de salir a ésa gran feria: Animándoles los padres a William para que saliese con ellos.

Era remiso, muy remiso, a lo primero William para salir, no solo, sino con los padres: Preguntándoles éstos por las causas que le tenían humillado y metido en casa.

William se encerraba en sí; no queriendo salir para ver ninguna atracción de aquella feria, aunque eran muchas y muy variadas.

Por fin convencieron, los padres de William a éste para que saliese con ellos: Y ¡UHI! madre, lo que sintió cuando vio encima de un carrito de mano a su amigo Sebastián, conducido por aquella chica tan encantadora.

Se le puso ácidas las tripas, no sintiendo sus carnes para nada y no teniendo constancia del tiempo; y por poco se cae al suelo, por no poder permanecer erguido con su cuerpo.

Pero en aquel momento hizo acto de presencia otra chica, saludando a su encantadora damisela, como si la conociese de siempre. También saludó a Sebastián; con un saludo, ya menos efusivo, por tener menos afecto hacia la persona de Sebastián.

SEBASTIÁN -. William, ven.

Le llamó Sebastián a William, con motivo de querer presentarle aquella chica; siendo más atractiva, la segunda chica que la primera.

Además era rubia, cayéndola los cabellos a lo largo de la espalda, con un vestido que la sentaba de maravillas, hasta media pierna; pareciendo

que era más recatada que la primera chica. Su respiración era lenta pero acompañada con su voz; parecía que se ayudaba con la respiración cuando hablaba.

Todavía daba más confianza aquella chica que la primera; pues tenía un Ángel en la cara que irradiaba felicidad a toda la persona que se acercaba para hablarla: Y poco a poco se le fueron abriendo, a William, las ganas de vivir en la vida y de salir con sus tres amigos; dos de ellos, más bien conocidas. . .

. . . En cuanto a las personas mayores, sus padres, la vida les venía como de ensueño: Valdo en un gran bufete afamado, Alexis siendo un buen jefe de oficina y el resto de amigos; uno de ellos en una gran multinacional como transportista, siendo la empresa filial suya, y Sabino con varias contadurías a su cargo: ¡Vamos!, que ninguno de ellos tenía un momento de ocio; como no fuese por la noche, en su descanso corporal.

Noche de amor y de bohemia en aquellas noches desenfadadas de un estío muy caluroso: Noches cingaras donde las hayan; pues de un evento a otro, en donde se podía cantar en cualquier establecimiento que hubiese cerca de la playa, amenizado por una buena orquesta y buena compañía, la de sus mujeres.

En una de éstas tantas noches, dieron sin esperarlo con una terraza que anunciaba una atracción que la gustaba mucho a Blanca. Y es que su vena andaluza la salía a flote cada dos por tres; siempre que se comentase

algo de su tierra, y algo de su tierra los llevó a todos los amigos aquella noche: Y entre “cantinero” ó no cantinero, entre que si tomaba el recipiente antiguo de cava para beber y así otras tantas canciones, pasando una noche agradable todos los amigos al son de zambras y sevillanas.

Motivos para adelgazar con aquel baile; ya que se los vieron, enseguida, a los amigos marcharse a sus casas más ágil, como más ligeros, y como más esbeltos.

Al siguiente día, casi seguro que estaba rezando Blanca para que llegase la noche cuanto antes, y así poder volver, otra vez, a la misma terraza; donde actuaron un conjunto flamenco, que hacían las delicias de todos los espectadores de aquella terraza: Hasta se consumió más en las copas; que era donde se gastaban más su dinero aquellos comensales.

Casi seguro; seguro que estaba rezando Blanca y así era: Pues al verla por la tarde el resto de amigos, tenía las manos entrelazadas entre sí, como en señal de sumisión y de súplica.

Los amigos comprendieron enseguida, en el compromiso que ponían a Blanca si decidían marchar a otra terraza; así que se dirigieron todos hacia la terraza de la siguiente noche.

Noche de ensueño y de bruma sobre el mar; por haberlos amenazado aquel día una tormenta; pero aunque la vista no alcanzaba a ver muchos metros, sí alcanzaba para ver el plato de pescadito que los habían servido el barman de aquel bar.

Después que el coro anunciado dejase cantar, hubo una especie de karaoke, saliendo a cantar Blanca una copla española; cantando, hablando y bailando bastante bien, pero que muy bien.

Blanca volvió otra vez a la mesa, una vez que expandió su cantar con todo el orgullo del Mundo; al saber que lo había hecho bien: ¡Vamos!, que lo había bordado.

No había hecho Blanca más que sentarse en la mesa, cuando llegó un señor muy correcto, pidiendo el favor para hacer a Blanca una pregunta; concediéndoselo Blanca, ya que ella sabía no la iría hacer ningún daño, ni decaería su figura dentro de su imagen.

SEÑOR -. Les doy las buenas noches a todos, señores y señoras. . .
(Dirigiéndose a Blanca). Usted, señora, ha dado clase de cante, ¿Verdad?.

BLANCA -. Verdad. Comencé a los nueve años y lo dejé a los diecisiete años.

Aquel señor se puso muy alegre al oír aquello, por boca de Blanca; mientras su marido Sabino se puso muy serio, sin saber lo que hacer, ni lo que decir, meciéndose mucho en la silla: Como aturdido.

SABINO -. No me lo habías dicho nunca.

BLANCA -. No me lo has preguntado, ni ha salido la conversación entre nosotros.

Se adelantó un poco más aquel señor a Blanca; queriéndola decir algo, para sus intereses particulares.

SEÑOR -. Soy representante artístico.

BLANCA -. Me alegra saberlo, señor.

Aquello lo dijo Blanca con un grado de desaprobación con respecto a aquel señor; que la estaba diciendo lo que era: Representante artístico.

Y como Sabino seguía sin saber lo que hacer, ni lo que decir; así que abrió la boca, todo él ilusionado.

SABINO -. Siéntese; haga el favor.

Se sentó aquel señor hablando claro a Blanca; ya que ésta mujer tenía su edad, y para lanzarla sería esfuerzos muy costosísimos. Pero sí valía para otra cosa, con aquella bonita voz que tenía ella.

SEÑOR -. No quiero decirla a usted, señora, que es ya mayor para lanzarla.

BLANCA -. Entonces: ¿Qué?.

SEÑOR -. Se la puede emplear como voz vicetiple.

BLANCA -. He dado cante nueve años en mi juventud; aprendiendo muchas formas en la canción española.

SEÑOR -. ¿Sabe usted lo que he querido decirle?, señora.

Se negaba Blanca para prestar su voz a otra cantante y decir que la que canta es ésa cantante afamada.

Aquel señor se despidió de todos los amigos, con mucha amabilidad; no dejando mirar, fijamente, a Blanca: Como intimidándola, Pero Blanca no se dejaba intimidar tan fácilmente, como creía aquel señor que era lo que pasaría.

En cambio, no fue así; que Blanca dándole la espalda comenzó hablar con sus amigos de siempre, en cosas banales.

A Blanca se la veía que no hablaba de cosas opulentas; pero sí guardaba su honra y su honor.

Los días sucesivos fue la comidilla de todos los vecinos del bloque; no dejándose oír hablar de otra cosa, que no fuese de “Blanca la cantante”. Y sí, poco a poco; se la fue poniendo un mote que no correspondía a aquella señora.

Aunque sí cantaba muy bien aquella señora, Blanca; era tanto así, que los vecinos idearon un ardid para que tuviese que cantar Blanca en una fiesta, que organizaron todo junto.

No lo hubiesen hecho; pues tan buen sabor de boca los quedó a los vecinos y con tanta entonación lo hizo, que no sabían los amigos si invitarla para que llamase al representante artístico; ya que la quedó su tarjeta a Blanca.

Un domingo, a la salida de misa, se pararon todos con Blanca dándole muchos ánimos; ya que por lo menos tenía que hacer valer su voz, aunque fuese prestándosela a otra persona.

ALICIA -. Blanca, hija; no es por nada, pero yo lo que usted llamaría al representante artístico.

BLANCA -. ¿Para qué?.

EMMA -. Para hacer valer su voz y el timbre de ella.

BLANCA -. El soniquete lo puede hacer cualquiera.

Así quedaron en aquel domingo a la salida de misa, hablando los amigos: Pues los amigos hablaban entre ellos de fútbol, de un derbi que iría a celebrarse, ése mismo día, en aquella bella Ciudad.

DANY -. ¿Y dónde esperarán nuestras señoras?.

SABINO -. Si son dos horas, nada más.

DANY -. Pero tenemos que sacarlas, también, a las damas: Se aburrirán sino las sacamos.

ALEXIS -. Que vengan con nosotros, ésta tarde, para ver el fútbol.

Dicho y hecho: Convencieron a las señoras los amigos para que fuesen con ellos a presenciar aquel encuentro de fútbol, que tendía lugar aquel mismo día por la tarde.

Se veía, que si se divertían aquellas señoras, al ver a sus maridos dichosos y sentados en las gradas.

Las gradas, ¡AH!, sí las grada: ¡Vaya!, con las gradas, pues no era gustosa Emma sentarse en aquellas gradas; en donde cada avance de su equipo se levantaban todos para volverse a sentar y rozarse con ellas. Que si un ¡UF!, por aquí; que si un ¡vaya su Alma!, al ser pisada por el señor que tenía a su lado.

Que si ahora se pone la falda bien, que si luego se ajusta la media y que más tarde la tira el sostén, con una faja herméticamente cerrada para resaltar el tipo; ya que el busto la resaltaba el sostén que la estaba haciendo daño de un lado al tirarla de ella.

“Una y nunca más, Santo Tomás”; así reza el proverbio, pero con todo y eso la semana siguiente se vio, de nuevo, sentadas en aquellas gradas, a las señoras, para ver un partido de fútbol.

Otra vez se veía Emma, chillando y aplaudiendo a su equipo; dándole ánimo para que sudase la camiseta.

ALEXIS -. ¿Pues no decías tú, Emma, que no volverías a un campo de fútbol?.

EMMA -. Esto atrae mucho; te queda enganchada.

Así se expresaba Emma, delante de su marido Alexis; que sin mirarle, contestaba a su pregunta. Mientras tanto ésta señora vitoreaba a su equipo y hasta se levantaba de su sitio, queriendo bajar una grada más abajo, impidiéndoselo los asientos de esa grada.

Ésta vez salió con mejor figura y mejor porte Emma; a parte que había llevado pantalón para permanecer en la grada y en su asiento confortablemente: Teniéndola que sacar su marido Alexis el carné de ser protector económico del club; ya que Alexis y los amigos iban a sitios privilegiados: A parte que Alexis conocía al presidente y al secretario de ese equipo.

Dany, por aquel entonces comenzó a tener problemas con la empresa generatriz, siendo él la filial de aquella empresa ó por lo menos así lo cría él. Pues no pasaba de una subcontrata, hecha por la empresa que le absorbió; pues eso era la palabra que se debía emplear para definir la clase de relación laboral, que unía a la empresa de Dany y a la otra gran empresa.

Dany, ni siquiera se dio cuenta de lo que firmaba; estando firmado una absorción por parte de la empresa generatriz a la filial. Y pese a que

Dany contrató a sus abogados para que le ayudasen; no pudiéndose hacer nada por haber una firma regida por el señor notario, y otra por el juzgado.

Los amigos y vecinos se enteraron en las circunstancias que se había quedado Dany: Sin empresa y como empleado; dándole la empresa generatriz el dinero, que según por Ley le correspondía a Dany. En una palabra: Que le habían quitado a Dany de la circulación; en el argot de aquellos señores.

ALEXIS -. Usted es muy bueno para trabajar y llevar una empresa; pero muy malo para contable.

Así se expresaba Alexis delante de Dany, al saber el juego que le había hecho la empresa generatriz a éste. No es que le hiciesen un mal juego; si no, que no se había dado cuenta de las tramas urdidas por aquella gran empresa, ni tan siquiera de lo que firmaba. Es, que ni siquiera leyó lo que firmaba.

¡No!; no, ni siquiera quedó ahí todo; pues un día fue llamado a secretaria con la sola idea de amonestarle por su trabajo a Dany. Parecía que los producía urticaria papulosa, día tras día que permanecía en la empresa Dany como empleado de ella.

Dany les hizo partícipe a los amigos de lo que le pasaba en aquella empresa, dándole ánimos todos ellos para que permaneciese trabajando en aquella gran empresa.

Diciéndoles todos los amigos, que por otra parte los mandos de la empresa no estarían enterados de lo que estaba pasando a Dany, apuntándole una buena idea a Dany para el modus operandi que tuviese que hacer el día de mañana, si a caso era perjudicado por algún jefecillo de la empresa,

DANY -. Pues es verdad.

ALEXIS -. ¡Claro!: ¿No comprende usted que eso ha sido un ardid, ideado por algún jefe suyo y no por un gran jefe?.

DANY -. ¿Cómo puedo yo enterarme de ello?.

VALDO -. Es fácil. Contrate un detective privado, que yo le haré la cobertura judicial a ése caso.

Dany, aquel día se marchó más tranquilo a casa; pensando que ha quién le haría tener urticaria papulosa era a un señor cerca de él y no a la empresa en sí.

Siendo las pesquisas infundadas, que adquirió el detective privado; iban dirigidas todas a un señor que trabajaba como encargado de las

oficinas; dándose mucha mano con otro empleado de la empresa, en la sección de transporte.

A Dany se le iluminó el cerebro, y yéndose un día a cochera, primero; para dirigirse más tarde al taller, viendo allí uno de sus camiones.

No lo dudó, se fue derecho para donde se encontraba dicho camión, saliendo del sótano un antiguo empleado suyo; dejándole hacer a Dany a sus anchas.

Y a sus anchas hizo, que no encontrase nada anormal en el camión: Sobretudo que estuviese a la vista.

¡AH!, sí: eso sí: Que estuviese a la vista, yéndose derecho para ver el bastidor del camión, encontrádoselo trocado. Sacando una relación de la cartera de sus camiones, vio en el impreso que tenía en las manos, que aquel camión tenía otro número de bastidor; no correspondiéndole el que llevaba ése día su camión.

Consultádoselo con Valdo; el cual no dudó de una posible inflación cometida dentro de la jurisdicción de transportistas.

Pero como lo tenía firmado delante del notario y convalidado en el juzgado; era muy difícil que se rescindiese ése documento jurídico.

Ahora sí, como Dany no era consciente de lo que firmaba, había un grado de eximente para iniciar un proceso jurídico, en contra del acto de ése documento; ya que no se sabía lo que se firmaba y el alcance del mismo.

Con lo que se recopiló de la investigación personal y los Artículos de las Leyes, Reglamentos que Valdo detallaba en unas cuartillas, se dio validez al mismo, abriendo un proceso judicial.

Valdo era cuidadoso para informar de algo a Dany; de los movimientos que se estaban dando en dicho proceso. Eso sí; pedía mucho Valdo que formase las pruebas fehacientes en el desarrollo del mismo proceso judicial.

Pasaban los días, pasaban los meses y hasta pasaban los años; teniendo un peso moral en el cuerpo Dany por parte de aquel jefe de contabilidad y de algún que otro empleado, en la oficina a cargo de dicho señor. Unas veces le ponía hacer alguna cosa, otras veces le ponía en todo lo contrario; supiese Dany ó no desarrollar aquel trabajo.

Pero él resistía estrictamente aquel envite de cambios bruscos; aunque esperaba algo malo un día cualquiera; viéndole llegar al jefe de contabilidad muy serio a su lugar de trabajo; dándose cuenta Dany, por qué no le había llegado el finiquito inesperadamente.

Él seguía y seguía trabajando con muchas ganas y con todo el ahínco del Mundo; estando Dany a la expectativa por si viera algo fuera de lo normal, para comunicárselo, enseguida, a Valdo. Hasta que un día se enteró que se encontraban intervenidos por transporte unos camiones que habían sido suyos.

Y en una de aquellas noches, en donde Baco era el dueño de los mismos mortales de las personas, se atrevió a preguntar algo sobre su proceso jurídico a Valdo.

DANY -. Valdo: ¿Sabe algo de lo mío?.

Entre que sí ó que no, se fueron calentando las bocas en un momento determinado, levantándose Valdo totalmente como enfadado.

VALDO -. Le he dicho, que no me pregunte nada, por ahora.

DANY -. ¿Por ahora?.

VALDO -. Sí, por ahora.

Dany no volvió a preguntar nada a Valdo sobre el proceso judicial que tenía contra el jefe de contabilidad. Pero eso sí; un día se vio entrar en contaduría un gran jefe, mandado por la oficina principal.

Poniéndose muy alegre Dany al percibir algo bueno para sus propios intereses, en forma de rehabilitar su empresa. . . Pero cuando bajó a tierra con el pensamiento, todo se había esfumado: Los pensamientos se desmoralizaron de momento; pues pensó que tal vez había llegado aquel gran jefe por otra cosa y no por el desacuerdo judicial que a penas había comenzado, siendo solamente una demanda.

Salió de su trabajo Dany como decaído por no a ver sido llamado a secretaría para explicarse delante de aquel gran señor. Decaído y con al Alma por los suelos; siendo rescatado de una cantina Dany por su mujer Sophia.

DANY -. ¿Cómo sabías que me encontraba yo aquí?.

SOPHIA -. Para nada; si te ha visto el hijo de Valdo.

DANY -. ¡AH!: ¿Pero se encuentra en ésta Ciudad?.

SOPHIA -. Ha venido para recabar un impreso de estudios, que le hace falta.

DANY -. ¿Qué vergüenza?.

SOPHIA -. Lo mismo digo.

Camino de casa se encontraron con Alicia, la madre de Sebastián, preguntándole a Dany por las causas que le habían tenido que rescatar en una cantina; pues se lo había dicho su hijo.

SOPHIA -. Hay a veces que la persona tiene que celebrar él sólo algún bien social que él haya producido en su trabajo.

ALICIA -. Perdonen los dos: No volveré a preguntar nunca más nada.

Así quedo todo: Que Dany estaba triunfando en su trabajo de la empresa generatriz, sin ninguna clase de contratiempo: Siendo contraproducente contar nada a otra persona de su trabajo particular. Y menos enterar a otra persona, que Dany ha estado a pique del colapso económico en su empresa.

Ambiciones se quieren que tengan, muchas veces, las personas en la Tierra: Ambiciones sanas y generosas, para hacer y construir cosas en la Tierra; pero si éstas ambiciones están supeditadas a una excesiva generosidad, por parte del sujeto pasito, los ingresos obtenidos se ven reducidos a nada.

Sí, porque Emma y Alexis trabajaron con ahínco en una ONG después de su descanso diario, al dejar sus tareas. No entrando más dinero en casa de Emma y Alexis más que el ganado por su trabajo oficial.

Dicho dinero era más bien poco; y menos mal que en esa casa había dos pagas en vez de una: Pero insuficiente para tener un hijo en dicho matrimonio, y aunque no lo tuviesen, vendrían, siempre, corta las dos pagas.

EMMA -. Nos vienen corta las dos pagas: Lo que pasa, es que la administración lo toma como si comiésemos de una de ellas y nos vistiésemos cada uno una vez con lo que se compra; no se prevé si la ropa se rompe, si el coche tiene que entrar en taller, si hay un gasto

imprevisto. . . Y así infinidad de cosas, que sirven para que nosotros gastemos más de la cuenta.

ALEXIS -. Y gracias que nos pagan algo.

¡UHI!; las creencias se los estaban yendo a aquella familia; al verse aprisionada por el gasto y por la deuda, surgiendo ése estado de desconfianza ante la sociedad.

EMMA -. ¿Qué piensas?.

ALEXIS -. Es que. . .

EMMA -. Vale ya.

Así cortó Emma a su marido Alexis lo que iba a decir unos instantes después, que Emma le hubiese preguntado por su pensamiento.

Y como dice la sociedad: La paga es muy “recortada”; no sabiendo a qué se refiere cuando significan algo con dicha palabra. . . ? . . .

Pero como la vida sigue, siguió las faenas dentro de casa de Emma y Alexis; teniendo que terminar de formalizar la matrícula en la facultad a su hijo William y para ello fueron a la secretaria de la Universidad de aquella Ciudad, donde cursaba estudios su hijo.

Y antes de salir del bloque donde se encontraba secretaria de aquella Universidad; se encontraron con el matrimonio turístico; las dos personas, que un día entablaron amistad con ellos.

De turistas, nada: Que eran dos personas de la misma Nación y con estudios superiores; tan superiores en sus estudios, que el señor era el rector de aquella facultad, donde iba a cursar estudios su hijo dentro de un mes, cuando se terminase el verano.

Al saber aquello Emma y Alexis, no quisieron despedirse sin hablar con aquellos señores, haciéndoles una invitación; y para ello los invitaron a merendar en un buen restaurante, aquel día.

Y trasformándose el nombre de Isabelle y Giorgi, en Clara y Ramiro: Nombres totalmente corrientes en nuestra Nación.

En la comida tuvimos una conversación distendida; aunque lo que se decía trascurría en cosas banales.

Cuando nos estábamos despidiendo, oí por boca de Ramiro propuesta increíble y muy particular.

RAMIRO -. Hay una plaza en la sección administrativa, una plaza no ocupada.

ALEXIS -. ¿Qué me quiere decir usted con eso?.

RAMIRO -. Que se la estoy ofreciendo a usted, como personal contratado.

Aunque Ramiro era rector en la facultad de ciencias empresariales; algo tenía que ver con secretaría de aquella Universidad; ya que me estaba ofreciendo una plaza, que había vacante en la sección administrativa, como personal contratado, dentro del archivo.

No le rehusó el trabajo que le estaba ofreciendo Ramiro a Alexis; pero le pidió un día para poder consultar con su mujer Emma. Y al saber que el encargado de aquellos archivos, se iría a jubilar dentro de un año y tres meses; le pidió Alexis con mucho interés a Ramiro que se esperase hasta la tarde para darle una respuesta.

Alexis comprendió, que Ramiro le estaba ofreciendo, también, el puesto de encargado general de todos los archivos, ya que se jubilaría el encargado dentro de año y tres meses.

Y al decírselo a Emma, Alexis llamó a Ramiro por teléfono dándole el “sí quiero”; comenzando a trabajar en los archivos de la Universidad.

RAMIRO -. Nuestro contrato, lo tenemos que cerrar ésta noche, en una cena.

ALEXIS -. Yo le invito, en un buen restaurante.

RAMIRO -. Hasta las ocho y media, para tomarnos antes una copa.

ALEXIS -. Como usted quiera.

Y así firmó el contrato por palabras telefónicas Alexis con Ramiro; ahora quedaba saber en qué condiciones trabajaría Alexis en los archivos.

Sobre la hora establecida por Ramiro, se los vio marchar al restaurante indicado de antemano, al matrimonio formado por Emma y Alexis; no encontrando a nadie en aquel establecimiento conocidos por ellos. Comenzando a ponerse nerviosos cuando ya transcurría veinte minutos sin llegar al restaurante, Clara y Ramiro.

Por fin llegaron al restaurante Clara y Ramiro, sentándose a la mesa sin ninguna clase de protocolo; solamente se dieron las buenas noches, para comenzar hablando Ramiro sobre el empleo que se le daría a Alexis en el archivo.

RAMIRO -. El único sitio, donde puede haber personas contratadas es en el archivo; pues hasta los de manteniendo son funcionarios de carrera.

ALEXIS -. ¿Y eso?.

RAMIRO -. Por ser una subcontrata.

Lo acabó entendiendo Alexis muy bien, al decirle que en el archivo existía una actividad que era una subcontrata.

Se arrimó Emma a su marido con idea de decirle algo sobre esa contratación que se le quería hacer a él.

EMMA -. A ti; qué más te da que sea una subcontrata, si al final traerás dinero a casa.

Alexis penó, que Emma tenía razón; siendo ése dinero bienvenido a casa; y máxime, cuando dentro de un año y tres meses ocuparía el puesto de encargado general de los archivos: ¡Aquí paz y aquí gloria!, como se suele decir; pues no que así, un señor que trabajaba en los archivos hacía ya tres años, vio con malos ojos el que Alexis comenzase a trabajar en aquel lugar, así como así.

Existiendo algunos fallos en la distribución de impresos y actas; achacándose a la mala distribución que estaba haciendo Alexis con los impresos y carpetas ó legajos.

Algunos compañeros de Alexis apuntaron la posibilidad de que no fuese él el que lo estuviese haciendo mal: Tal vez era ayudado. Llegando a los oídos de los jefes aquella puntada, tirada por algún trabajador ó trabajadora de los archivos. Teniendo cuidado y mucho miramiento para saber qué pasaba allí; ó quién era el que trifulcaba los impresos.

Una mañana temprano vio un compañero a éste señor cambiando de un lugar a otro unos impresos; teniendo que estar aquellos impresos a donde los había él cogido.

La suerte permitió, que también lo viese una compañera; hablando entre sí para saber hasta donde llegaba su responsabilidad, con respecto a ése hecho.

COMPAÑERO -. ¡AH!; ¿pero estabas tú aquí?.

COMPAÑERA -. Sí, aquí me encuentro presenciando un hecho malo.

Así hablaban los dos compañeros, por a ver visto al señor que cambió los impresos de sitio: No sabiendo ésos dos compañeros hasta qué punto tenían el deber de denunciar aquel hecho.

Y como siempre que las personas tienen miedo de hablar. Lo quiere consultar con otra persona, y así fue la cosa; que consultaron con un tercer compañero, no pudiendo éste compañero aconsejarles mucho sobre el caso. ¿Quién sería quien le tendría allí?; que no le pasó nada aquel señor; saliendo impoluto de aquella mala acción.

De vez en cuando, Alexis, llegaba a casa totalmente decaído y como con pocas ganas de cenar; conociéndolo ya su mujer Emma esos cambios con que se manifestaba Alexis algunas veces al llegar a casa.

EMMA -. Alexis, hijo: No te puedo ver así.

ALEXIS -. ¿Qué quieres que te diga?.

EMMA -. Ya sabes lo que hay: Reponte y no pienses en nada.

Así le hablaba Emma a su marido para que dejase pensar en las contradicciones que sufría en su trabajo, en el archivo.

ALEXIS -. ¿Y pensar que mañana temprano tengo que trabajar como funcionario?.

EMMA -. Así es, hijo. ¡Ala!; reponte y no pienses en lo que te ha pasado.

Alexis no era capaz de denunciar aquel señor, que tanto mal le estaba haciendo, en su trabajo, en el archivo general de aquella Universidad.

No llegaba, ni siquiera, a Ramiro, y eso que era muy amigo de Alexis dicho señor; y aunque le preguntaba Ramiro cómo se encontraba en su trabajo, Alexis siempre respondía que muy bien. Alegrándose mucho su amigo Ramiro, porque Alexis se encontrase bien en su trabajo.

Una llamada telefónica sorprendió a Alexis una mañana, cuando estaba almorzando; siendo Ramiro para que se preparasen para el sábado; ya que irían a la Capital de la Nación para ver un derbi y así poder pasar un par de días en dicha gran urbe: “La Capitalísima”.

Allá que se fueron Emma y Alexis con aquel matrimonio formado por: Clara y Ramiro. Era la víspera de un día de fiesta, el domingo; en

donde ésa Ciudad luce los mejores alójenos de todo el Mundo, en donde las noches parecían días.

Y así fue; pues pasearon por las mejores calles y las más céntricas de aquella Ciudad, así como viendo las mejores plazas más afamadas de aquel centro, una vez que se hubo terminado el encuentro de fútbol.

Existían en la vía principal restaurantes, más bien social, para todos los públicos y ahí fueron para descansar de tanto ir y venir por las calles de ésa gran urbe, pidiendo lo más típico que se daba allí como cena.

La velada la pasaron en una sala de fiesta, en donde se podía cantar a pleno pulmón, si la persona era gustosa; tomándonos unas copas en aquel local.

Local de juventud y de mucho ritmo musical; acercándose un joven de aquellos que bailaban a solas y no sabían, tan siquiera, moverse bien. Aquel joven invitó a bailar a Clara; quedándose Emma y Alexis como quién ve visiones, por no tener costumbre en su Ciudad que pasase eso.

Entrándolos un cosquilleo en el cuerpo a Emma y a Alexis, decidiéndose marcharse de ése local para ir a descansar al Hotel: Mientras tanto se excusaba, con aquel joven, Ramiro, al decidir los amigos marcharse de allí de inmediato.

El joven se quedó con una cara de circunstancia; pero como era causa de acompañar a los amigos de aquel matrimonio, lo dio por bien hecho, aquel acto de desenfado para él.

Cuando se encontraron en el cuarto del Hotel, Emma y Alexis, comentaron aquel hecho entre ellos.

EMMA -. ¿Te has dado cuenta?.

ALEXIS -. Estando su marido, la sacó a bailar aquel joven.

EMMA -. Hay que ver, que cosa se dan ahora.

ALEXIS -. Así será de aquí en adelante.

Hubo un momento de silencio, haciendo Emma unas muecas con la cigoma de la cara, como en señal de no estar conforme con aquello.

EMMA -. ¿Ó han perdido la vergüenza ó están abducidos para hacerlo?.

Alexis, se la quedó mirando fijamente a la cara a su mujer, Emma; para ver si lo que decía, lo decía con sentimientos.

ALEXIS -. Ahí no me quiero meter; es mejor dejar ésta conversación.

Y dejando la conversación aparcada en el recuerdo del hipocampo del cerebro, echaron ambos sueños; que por lo menos, hasta horas tempranas de la mañana no despertaron. Alegando Emma, quererse ir presta a su bella Ciudad, para poder descansar.

El primer día de trabajo; ó sea, el lunes, se encontraban los dos, Emma y Alexis, como con el pensamiento fuera de sí. Y menos mal que las tareas fueron leves en aquel día: Favoreciéndolos la suerte que, al parecer el reloj corrió más que nunca.

Claro, estaban abatidos y entre quedarse de vez en cuando trasnochados; no se daban mucha cuenta de la hora, llegando el final de la jornada rápidamente, según ellos.

Emma tuvo que pedir permiso en su puesto de trabajo, oficialmente, para ir con su hijo William a la Ciudad, donde cursaría estudios, para agenciarle unos libros que le sirvieran de orientación en lo que pudiese explicar el señor catedrático.

Nada más salir de ejecutar sus tareas Alexis, le hicieron una llamada telefónica: Era Emma, para que fuese a aquella misma tarde a la ciudad vecina; pues ella no sabía, muy bien, qué clase de libros comprar a su hijo William.

Haciendo gestos con la cabeza de desagrado Alexis, se montó en el coche para conducir su vehículo a una velocidad prudente, hasta la Ciudad donde se encontraban su hijo William y su mujer Emma.

Pero, en vez de irse derecho al sitio indicado por Emma, se fue a la facultad, enterándose muy bien qué clase de libros y qué libros tenía que comprar su hijo William, Llegando al lugar de destino a la hora estipulada.

EMMA -. No sé qué libros necesita nuestro hijo William.

ALEXIS -. Toma ésta relación: Aquí lo detalla perfectamente.

EMMA -. Vamos a comprarlos.

ALEXIS -. No. Pues no se sabe si es el mismo catedrático que impartió el otro año las lecciones, ó es éste año otro señor.

EMMA -. Entonces; ¿Cuándo?.

ALEXIS -. Cuando empiece el curso lectivo. El mismo catedrático lo dice.

Pero como lo estaba oyéndolo su hijo William, salió al quite para quedar bien reseñado lo que él sabía.

WILLIAN -. No papá: Es el Estado el que pone las materias de los cursos.

ALEXIS -. Pero como habrá varios autores de libros; no sabemos cual te va a valer más en éste curso.

Así se quedó; solamente sabiendo qué libros le valdrían a William en sus estudios, pro sin adquirir ninguno hasta que el catedrático dijese algo al respecto.

El verano proseguía su andadura por las Ciudades, estepas, montañas y llanos en toda la Nación; hasta tal punto, que no se podía salir a la calle de tres a seis en aquella bonita Ciudad, por miedo de coger una insolación muy fuerte.

¡Qué va!: Un día recibió Alexis una llamada a las cuatro de la tarde de Ramiro para que fuesen los dos a correr, media hora, por la arena de la playa, rechazándola de plano Alexis; teniéndose que meter, rápidamente, éste en cama para demostrar su dolencia.

RAMIRO -. ¿Qué le pasa a usted?.

ALEXIS -. Se me ha soltado el vientre; produciéndome terribles diarreas.

Alegó Ramiro tener conocimientos sobre dicho proceso y saliendo a la calle se presentó con unas pastillas formidables, según él. Teniéndose que tomar una pastilla Alexis lo antes posible, para cortar aquella diarrea.

RAMIRO -. Ya verá usted, que pronto hace efecto la pastilla que se ha tomado.

Pero como Clara y Ramiro se quedaron en casa de Emma y Alexis para cenar; Alexis se tomó otra pastilla, antes que se fuese Ramiro a su casa.

Los días sucesivos, le veía Emma a Alexis como muy preocupado: Yendo de un sitio a otro, de una habitación a otra como nervioso perdido.

EMMA -. ¿Qué te pasa?.

ALEXIS -. ¿Cuántos días hace que estuvieron aquí Clara y Ramiro?.

EMMA -. Cuatro.

ALEXIS -. Los mismos, que no rijo el vientre.

Alexis se encontraba totalmente con estreñimiento; ya que no evacuaba el vientre para nada; yéndose a una farmacia por su cuenta, para ver qué le dispensaba el señor farmacéutico.

¡UF!; madre mía lo que presentó aquello; ya que Alexis le fue, al farmacéutico, con todo detalla por lo estreñado que se encontraba, viéndosele muy nervioso y apurado.

Habiéndosele pasado todo aquel agobio en estreñimiento, se encontraba mejor; saliendo aquella tarde para tomar un café y una copa de ginebra: Y por la noche solamente se tomó un vaso de leche pura, a más poder.

No sabía qué eran aquellas pastillas que tomó Alexis; pues estuvo casi toda la mañana yendo y viniendo de su sillón al water. Así, que cuando llegó a casa leyó el prospecto de esas pastillas, no gustándole nada lo que ponía en el impreso. Si hasta para caballerías valían aquellas enormes pastillas; pues comenzaban a darle dolores de vientre y retorcimientos en el mismo, una vez que se le hubo pasado las causas de esa manera de evacuar el vientre.

Cada vez que sonaba el teléfono, Alexis le entraba descomposición en el cuerpo, acordándose del día de la ingesta de pastillas para caballería. Y eso, que aquel señor, Ramiro, se daba de saber mucho de ése estado anímico del cuerpo.

¡No puede ser!; al siguiente día, por la noche llegó el matrimonio a casa de Alexis, con idea de salir de bohemios, por toda la Ciudad donde vivían Emma y Alexis.

Pero como también querían salir los vecinos: Tuvo que presentárselos a ellos dicho matrimonio, Clara y Ramiro; queriéndose hacer los simpáticos y calladamente, como para copiar el gusto, las costumbres y la forma de ser de cada uno de los amigos de Alexis.

Comenzando hablar, al final de la noche, un poco más; una vez, que ya había captado la manera de ser y el gusto de cada amigo de Alexis.

RAMIRO -. La noche es joven. ¿Habrá un local abierto a ésta hora para acoger a unos amigos, ansiosos en diversiones?.

No sé por qué no se calló Emma; ya que enseguida respondió ésta en son de averiguar cuales eran sus prioridades de aquel matrimonio: No lo hubiese hecho; y sobretodo en la manera de hacerle la pregunta.

EMMA -. ¿Qué diversiones?.

La miró Ramiro, con cara de no haberle gustado nada aquella pregunta, que le había lanzado Ramiro. Pero Emma; en vez de arredrarse, se irguió con su cuerpo en su silla, como para recibir una respuesta.

No llegó; no llegó aquella respuesta por parte de Ramiro, y Alexis quitando hierro al asunto, contestó enseguida.

ALEXIS -. A tres manzanas de aquí, se encuentra abierta una sala de fiesta toda la noche.

Lo bueno era, que aquel matrimonio formada por Clara y Ramiro, solamente se querían divertir sanamente: Buscaban la diversión por la diversión. Pero como ellos dos Emma y Alexis, tenían que trabajar, por la mañana, en sus tareas cotidianas; siendo unas tareas ímprobos en trabajo, no podían seguir la pauta todos los sábados de aquel matrimonio tan divertido.

Un sábado, que se encontraban cenando en un restaurante, se acercaron a ellos, Diana y Addy, dos chicas entre jóvenes y un poco adelantadas en años. Nos presentaron aquel matrimonio a las chicas; siendo una de ellas guapa y muy simpática.

La velada, aquella noche, nos fuimos para pasarla en una terraza; así podíamos hablar mejor los seis, en compañía: Aquella chica se sentó entre

Ramiro y mi persona, en la terraza; teniendo una conversación clara y fluida, hablando de cualquier tema que se la presentasen como conversación. Con una rectitud y corrección increíble.

Su físico: En cuanto a su físico era una chica esbelta, con caballera largo, enjuta de cuerpo y brazos agradables a la vista, mirada serena, voz con acople; que daba confianza a sus interlocutores. Teniendo unas piernas bastantes largas, sin llegar a lo grotesco, con unos muslos un poco rellenitos. ¡Vamos!; un Ángel la criatura.

Su olor, que irradiaba de su cuerpo, era característico a Nardos en flor; pues no hacía falta ser muy espabilado en olores, para saber que aquella chica iba con colonia, la esencia de Nardo. Y desde luego aquella chica se podía permitir tener en su poder cualquier cosa, que se la antojase; siendo algo un tanto normal, para uso particular.

Tan azarado se encontraba Alexis, que no oía muy bien su nombre;teniéndosele que preguntar a ella, particularmente.

ALEXIS -. ¿Me permite usted hacerla una pregunta?.

DIANA -. Sí: Desde luego.

ALEXIS -. No he oído bien su nombre.

DIANA -. Me llamo Diana.

ALEXIS -. Bonito nombre.

DIANA -. Mi nombre les gusta a muchas personas.

Aquella noche no pudo dormir mucho Alexis; pensando en la chica tan modosita, como era Diana: Hasta que oyó la voz de su hijo llamando a su madre, para que le preparase un vaso de leche con alguna que otra pasta.

¿Qué será la voz de los hijos?: le paralizó enseguida, seguir pensando en aquella chica; para poder bajar al suelo con su persona.

Dos personas excelentes tenía él en casa: Su mejore, Emma y su hijo William; a los que debía fidelidad y todo el cariño del Mundo.

Mientras más se aproximaba el sábado, más nerviosos se ponía Alexis, viéndose su estado anímico como pensativo en otra cosa que no era en las tareas.

ALEJANDRO -. Alexis.

ALEXIS -. Dime, Alejandro.

ALEJANDRO -. Te veo muy nervioso; pero que muy nervioso. ¿Qué te pasa?.

ALEXIS -. A mí no me pasa nada; ni siquiera estoy nervioso.

Aquello lo dijo Alexis como con poca convicción en sus palabras; así que le tuvo que salir Alejandro al quite. Un compañero y amigo del trabajo oficial de Alexis.

ALEJANDRO -. Deja pensar en la chica de anoche. No te pierdas tú sólo.

Aquello que le dijo Alejandro a Alexis, le llegó a lo más profundo de su corazón; haciéndose la promesa de no volver a pensar en aquella chica tan extravagante.

Ahora sí era despampanante la chica; en el momento que Alejandro hizo que abriese los ojos Alexis. Antes la tenía otro concepto más bello y humano a Diana; pero al saber Alexis que no podía ser para él, de momento le cambió la forma de aquella chica; no viéndola tan bonita, ni tan simpática; ya que no podía ser para él. La comenzó a tener como una cosa lejana, irrealizable para él.

Poco a poco se le fue desinflando, a Alexis, la admiración que tenía hacia Diana, hasta la atracción física que sentía éste por ella.

Desde luego que sí; pues ni siquiera pensaba que llegase cuanto antes el sábado; para poderla ver a ésa chica, Diana.

Pero el sábado llegó y con el un latido mayor en el corazón de Alexis, sintiendo que se le salía el corazón de la caja torácica.

Sí llegó el sábado; pero quien no llegó a la cita previa de la noche fue Diana, que se encontraba dando una conferencia en otra localidad, diferente a la suya: viéndose cómo se desinflaba la expectativa que tenía Alexis metida en el cuerpo, por ver una vez más a Diana.

Y aunque fueron, ése mismo sábado, a una sala de fiestas todos los amigos, junto con el matrimonio formado por Clara y Ramiro; Alexis parecía que se encontraba en otra parte diferente a todos ellos. Notándosele Emma, que a la vez se estaba poniendo nerviosa, muy nerviosa.

EMMA -. ¿Qué te pasa?, hijo.

ALEXIS -. ¿Qué?.

Alexis no había oído la pregunta que le había dicho Emma; ya que estaba, totalmente, absorto de todo lo que le rodeaba. Entendiendo enseguida, Emma; los lazos tan fuertes que le unían a aquella chica, Diana.

EMMA -. Te he preguntado: ¿Qué te pasa?, hijo.

Ahora sí oyó Alexis la pregunta que le decía Emma, con todo su sentimiento metido en su cuerpo; al darse cuenta que Alexis no estaba por ella aquella noche. . . ? . . .

ALEXIS -. ¿Me tiene que pasar algo?.

EMMA -. Eso, quien me lo tiene que decir eres tú.

Allí no se dio respuesta ninguna por parte de Alexis a su mujer Emma: No habiendo duda alguna que su marido Alexis estaba pensando en otra cosa, ó en otra persona, que no en ella.

Ahora sí que se puso seria Emma; pareciendo una dama en pena, fustigada por el cariño no correspondido en aquella noche. En donde todos los amigos reían y disfrutaban en aquella sala de fiesta.

La salida, de la sala de fiesta, fue penosa para Emma; ya que Alexis no la ofrecía su brazo para que se apoyara en él Emma, así que, ni corta, ni perezosa, Emma se fue apoyar en el brazo de su amiga Blanca, que también iba sola por su camino.

BLANCA -. ¡Qué!: los tacones, ¿verdad?.

EMMA -. Si lo sé me pongo otros zapatos.

BLANCA -. Tiene usted razón: La salida de ésta sala de fiesta es un poco peligrosa para nosotras.

EMMA -. ¿Y los hombres?.

CLARA -. Pues, ¡anda!, con los hombres. Van a la suyo.

Así hablaban las dos amigas de la sala de fiesta, con dificultades en su camino.

Al llegar a casa Emma iba muy pensativa; pues había visto a Alexis con el pensamiento puesto en otra parte, en otras personas tal vez. No se

confundía Emma de que su marido Alexis había estado pululando, con sus pensamientos, mientras estaba en la sala de fiesta.

Y casi como plantas somos, echamos renuevo cada día con nuestros pensamientos; así que Alexis se le veía echar esos renuevos siempre que pensaba en Diana. Pero eso sí, con la debida prudencia que un hombre casado y con hijo debe tener en ésta vida.

Pensaba y pensaba en aquella chica Alexis, sin tener ganas de volver a pensar en ella; hasta que volvía a dar rienda suelta a su imaginación, pensando que la tenía cerca de él.

Tan cerca la tenía, que un día Alexis tuvo que ir a la Ciudad donde iría a cursar sus estudios su hijo Willian. Allí se encontraba Diana; mirando a Alexis fijamente con tan sólo el deseo de saludarle.

Alexis lo tomó por otra cosa, que Diana se hubiese parado para saludarle a él: Pues un hombre embelesado en la idea de que una mujer, por lo menos, le admira; es un hombre engreído de sí mismo.

Y con todos los sentidos alumbrados a sí mismo, se fue derecho para donde se encontraba, Diana, dándola sendos besos en las mejillas.

Alexis no sabía lo que hacer con Diana; hasta la abrazaba la cintura, la acariciaba el pelo y. . . Hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo: Poniéndose totalmente colorado al verse hecho un crío.

Diana supo quitar hierro al asunto; dando un giro drástico a los acontecimientos, para desembarazarse de aquel señor tan pegajoso: Parecía un pulpo.

DIANA -. Me alegra verle, señor Alexis; pero me despido de usted, en éste mismo momento, por tener que acudir a la sala de profesores.

Menos mal, que Alexis no hizo por retener a Diana; y con un gesto característico de amistad la despidió a la chica.

ALEXIS -. Me alegra haberla visto a usted, Diana: Adiós.

Y con ésa palabra cortó enseguida la conversación Alexis con Diana; ya que él no quería que faltase a la cita en la sala de profesores, siendo correcto con aquella chica.

Pero eso sí: Alexis no se podía mover del sitio donde estaba él; pareciendo un hombre amante de su chica.

Se fue Alexis a su Ciudad con un sólo pensamiento: Ir al psiquiatra lo más pronto posible, para saber si el doctor le podía quitar la inclinación, tan enorme, como tenía de pensar a todas horas en Diana.

Un día pidió hora al doctor, sin que se enterase su mujer Emma; pero a la salida de aquel doctor le vio su hijo William y por más prisa que se dio para llegar a casa; había llegado antes su hijo William.

EMMA -. ¿Qué hacías tú visitando a un psiquiatra, sin decírmelo a mí?.

ALEXIS -. No quería que te enterases.

EMMA -. ¿Y eso?.

ALEXIS -. El mucho trabajo me tiene agobiado.

EMMA -. ¿Por qué ése decaimiento?.

ALEXIS -. ¡Chica!; tengo el Alma por los suelos.

EMMA -. Ya lo veo.

Claro que sí; sí veía Emma, que el mucho trabajo le superaba a Alexis: Dándole ánimo para que fuese al psiquiatra, pudiendo tomar fuerza de Espíritu dentro de su maltrecho cuerpo.

Alexis siguió visitando al psiquiatra, hasta que el doctor vio algo positivo dentro de Alexis: Estaba curado.

Y efectivamente: Alexis se había curado de pensar tanto en Diana; ya no era así, pues, Alexis dejó pensar en aquella chica.

La prueba de fuerza la pasó Alexis el primer sábado; pues Ramiro le había anunciado a Alexis, su participación en la fiesta de aquella noche.

Ya no esperaba Alexis con ésa ansiedad, como lo hacia antes; es más, que sin tan siquiera pensaba en ella, en Diana.

Sí fue verdad; que momentos antes de llegar ésa chica a su lado se inquietó un poco, pero no tanto como lo hacía antes de visitar al doctor. Él mismo se dio cuenta que estaba curado; alegrándose mucho por ésas circunstancias. Ése accidente en el tiempo lo había superado.

Claro que lo había superado; pues una vez que vio a Diana, le pareció a Alexis que estaba viendo a cualquier otra mujer.

Para mal del proceso que había experimentado Alexis, se sentó cerca de Diana; no sintiendo nada en especial Alexis por aquella chica.

Al día siguiente respiraba mejor Alexis y se encontraba con más fuerza para hacer las tareas encomendadas. Pues hasta se atrevió ayudar, en sus tareas, a su mujer Emma; quedándose ésta como muy extrañada.

Una vez que se encontraron en casa, Emma apuntó una cosa a su marido Alexis, cogiéndole descuidado.

EMMA -. He pensado ir al mismo psiquiatra que tú has ido.

ALEXIS -. ¿Por qué?.

EMMA -. Mira cómo te encuentras tú.

Tenía razón Emma al decir aquello de su marido Alexis; entrándole a él una congoja en su Alma, que por poco se le revuelve el cuerpo, al pensar

que Emma se podía enterar de las causas por las que él había ido a aquel psiquiatra.

Pero no; no podía saber nada Emma de las causas por las que él había acudido a aquel doctor; ya que hay el secreto Hipocrático del médico. Así que Alexis se calló, no diciendo nada al respecto.

Eso fue causa, para que a su mujer Emma se la quitasen las ganas visitar al psiquiatra; ya que el trabajo y las tareas de casa la ocupaban mucho tiempo.

Pero sí fue causa de discusión, las idas y venidas de su marido a la otra Ciudad hermana: Y aunque no se encontraba lejos la una de la otra; ya que no dictaban más de cien kilómetros, Emma tenía todos los días los nervios a flor de piel, por no saber qué le estaría pasando a su marido, Alexis, en la carretera.

EMMA -. Alexis, tenemos que hablar sobre los viajes que das todos los días a la otra Ciudad.

ALEXIS -. ¿Qué pasa con ellos?.

EMMA -. No te vayas en coche, hijo.

Alexis sacó de la cartera unos bonos de viajes del tren que enlaza las dos Ciudades, para que los viese su mujer Emma.

ALEXIS -. Desde ayer uso el tren para trasladarme a la Ciudad donde trabajo por la tarde.

EMMA -. Bien hecho. Cuando se termine el verano, será más penoso conducir de noche.

ALEXIS -. Pero ahora entro y salgo de día en mi trabajo.

EMMA -. Espera un mes más; ya verás como es de noche tu venida a nuestra Ciudad.

EMMA -. Sí, tienes razón.

Menos mal que en su trabajo, ya no le hostigaba nadie; pues el señor que lo hacia le habían trasladado, como jefe de un negociado a otra Ciudad. Y como él, solamente quería ascender, pese a quién pesase; se fue sin pensarlo a la Ciudad destinada por la sección administrativa: Por sus jefes.

Teniendo bien ordenado el archivo y aceptándole, de buenas ganas, los trabajadores de limpieza y de mantenimiento.

En aquella área no había ninguna clase de funcionario de carrera; oyendo decir en secretaria, que aquello no podía seguir existiendo en los años venideros: Que todos los puestos, tenían que ser ocupados por personal efectivo.

No que fuese mucho el examen que se sufría para poder permanecer en el puesto; pero ésta vez como subalterno, habiendo un escollo en ello: Él

era funcionario de carrera en otro departamento; no pudiendo permanecer trabajando en el archivo, más que como personal de mantenimiento, desapareciendo pronto dicha designación.

Por lo tanto tendría que consultar con su amigo Ramiro, el rector de la facultad de ciencias empresariales; así que dejó correr el tiempo, esperando que llegase el sábado.

El sábado llegó y allí no acudía Ramiro, para vivir una noche bohemia como las demás noches de los sábados. En donde el palmeo y la copita tenían que existir siempre; para regocijo de sus habitantes en aquella bonita Ciudad.

Le avisó su hijo William a su padre Alexis; que tal vez cambiaban de rector en la facultad de ciencias empresariales; pues se estaban celebrando votaciones para elegir rector.

A Alexis se le achicó el corazón al saber aquella noticia por boca de su hijo William; ya que era Ramiro el que le tenía trabajando en esa facultad. Pidiendo, por favor, a su hijo William que le enterase del resultado de esas votaciones.

Se veía que no podía esperar hasta el sábado, ni tan siquiera tenía el valor moral de hacer una llamada a su amigo Ramiro; para saber los resultados de las votaciones para rector.

El sábado llegó y vio Alexis acercarse a su hijo William con cara de circunstancia y como decaído; sospechando Alexis lo que había pasado en

las elecciones de rector en la facultad de ciencias empresariales. Y al acercarse Alexis a su hijo William; ni tan siquiera se atrevió hacerle la pregunta.

ALEXIS -. Hijo.

WILLIAN -. (Alzando la voz). ¿Qué quieres?, papá.

ALEXIS -. Tú me contarás.

WILLIAN -. ¡AH!, sí: Ha sido elegido, una vez más, el profesor Ramiro como rector de la facultad de ciencias empresariales.

A Alexis se le veía como dando saltos de alegría, no con los pies; pero sí con el cuerpo: Movía su cuerpo como si fuese unas maracas.

La alegría que había en casa de Alexis, no coincidía con el pesar que tenía Dany en la suya; ya que él se había quedado sin empresa.

En éste sentimiento se encontraba Dany, cuando recibió una visita inesperada; por ser el amigo Valdo, presintiendo Dany que su amigo le visitaba por algo.

DANY -. ¿Quiere decirme usted algo?.

VALDO -. Quiero decirle todo.

Había encontrado un oficio, en el que se le concedería una subcontrata a Dany en su empresa de transporte; coincidiendo con el que tenía, en su poder, Dany: Habiéndose derivado sin ser una absorción, por parte de la empresa generatriz, hacia la empresa de Dany. Por supuesto había habido un fallo de forma garrafal.

Dany dio su consentimiento para que Valdo iniciase un proceso de revisión, esperando llegar a un proceso de alzada sino se resolvía a su favor el primer proceso. Iniciándolo primero entre la cúpula de la empresa generatriz, en forma amistosa, sin resolución a ello.

Y, ¡UF!; cuando el director de la empresa se enteró de ése cambio, sin haber pasado por la fórmula judicial, como pasó el primero. Se inició un revuelo, en aquella empresa multinacional; ya que al parecer, se había encontrado otros casos como el que Valdo abogaba.

En forma amistosa se restituyó a cada uno lo suyo; sacando el señor que hizo aquel cambio mal estratégico, todo el dinero que había dejado ganar los gestores de las empresas derivadas en ellas: De la filial.

Dany no cogía en sí, invitando a sus amigos a una cena en un buen restaurante: Pues ya podía hacerlo; por haberse empleado bastante bien sus camiones en el transporte.

Habiéndose enterado, también, Dany de que se apuntaba un camión y el otro se le dejaba pasar sin ser detallado: ¡Vamos!, un blanqueo de dinero.

Se esperó para celebrar aquella cena un sábado por la noche; cuando había acudida, Clara, Ramiro y Diana.

¡Qué noche!, ¡madre mía!; ¡Qué noche!, tuvieron en aquel día de celebración, en donde le habían restituido su actividad a Dany

Entre ¡vivas! y alegando se tenía una gran alegría por todo lo alto y sobretodo al brindar con los manjares y bebidas que circundaban por el comedor. No se veía el fin para dejar la fiesta aquellos amigos; al ver, totalmente alegre a Dany.

Como en aquel restaurante comenzaron hacer el afán de limpiar el suelo; por que era la hora de cerrar: Se fueron para ponerse bien a una terraza, cerca de la playa, bebiendo y cantando a pleno pulmón; hasta que los hicieron otro tanto de lo mismo; pues querían cerrar aquel recinto de copas.

Comprando unas botellas de buena bebida, llegaron a la playa para sentarse en la arena y como algunos señores no se encontraban a gusto se quitaron la ropa, quedándose en paños menores, al no tener ninguna clase de luz aquel lado de la playa: ¡Vamos!, que no se veía absolutamente nada.

Como la bebida hace a las personas envalentonarse, terminaron quitándose las bragas y el sujetador; para seguir los hombres su camino: Haciendo aquella parte de la playa, una playa nudista. Tanto era así, que Alexis creyó que se sentaba al lado de su mujer Emma: Poniéndola una mano en sus partes nobles, para sujetarse y cuando oyó hablar a la señora

que tenía cerca, supo que no era su mujer, era Sophia; que quitándose la mano de sus vergüenzas, con suma amabilidad, le instaba para que buscara a su mujer, Emma, con todo el amor del Mundo.

Amanecía y con el primer rayo del Sol, se veía un amanecer de ensueño; allá, por lontananza salía el Sol dejando ver un mar con irradiaciones de todos los colores, por estar el mar en calma y en la playa se divisaba una arena fina y cono blanca por la espuma que iban saliendo de las pocas olas que había en aquella playa.

La vista se extendía más allá de donde nosotros nos encontrábamos; siguiendo viendo una arena totalmente blanca, en vez de parda, en aquel sitio tan espléndido.

Una arena blanca, tan blanca era. . . ?. . . ¡EH!; si a quién se estaba viendo era a todos los amigos durmiendo, todavía; tumbados en la arena de aquella preciosa playa.

El coche de limpieza se nos estaba acercando; teniendo Alexis que despertar a todos los demás amigos, que se encontraban en un elixir de vaho y de efluvio mortecino; haciendo honor al dios Baco: Con esa dignidad que caracteriza a la persona humana.

Como a Dany le había venido muy bien aquel dinero; que en general era suyo, los invitó una semana a todos los amigos a unas vacaciones en una zona de montañas. Y allí que se fueron todos, para saborear la poca brisa que corría por aquellos valles al clarear el día y ver la puesta del Sol a

través de las montañas. Teniendo ya un sitio entre dos montañas, donde parecía que el Sol se iba a dividir cuando pasase por la cima de la segunda montaña; y claro, nunca volvía a parecer al pasar por la segunda montaña, por caer perpendicular a través de su latitud geográfica.

Tanto la gustó a Blanca aquella puesta de Sol, que un día se adelantó a los demás amigos; sabiendo bien el camino ó por lo menos así lo creía ella.

Blanca iba totalmente absorta por un camino de carrizo, en donde no veía casi nada a cada lado de ella misma. Para llegar, más tarde a un pedregal; parándose allí para fijarse mejor en aquel terreo y en aquel campo donde ella se encontraba.

Blanca se había perdido, queriendo bajar por un terreno que era completamente llano, al circular por el todo el agua de aquellos remansos: Pero no, no veía claro que ella tuviese que descansar; así que agudizó el oído para escuchar a sus amigos, que seguramente vendrían detrás de ella. No oyendo nada al respecto, ni una sola voz, ni una llamada que la pudiese dirigir a dónde se encontraban sus amigos.

Empezó a subir, otra vez, el monte cuando observó salir humo a media altura del monte, para más tarde comenzar saliendo unas llamas enormes. Pensando con contundencia, que lo mejor sería irse hacia los bajos de aquel monte para resguardarse de aquel fuego, que se había originado momentos antes.

En aquel llano no supo dónde dirigirse, ni a quién llamar para que la explicara qué camino escoger para llegar donde se encontraban sus amigos.

Y entre matorrales y zarzas se perdía cada vez más; mientras más se alejaba de aquel terreno, inhóspito y brusco a la vez. Llegando a una parte de aquel bosque cerrado y sombrío, sin saber dónde se encontraba ella, Blanca.

Como vio una pequeña vereda, hecha entre aquellos matorrales, unas veces y de pinos otras, siguió aquella vereda dificultosamente; viendo que se terminaba a diez metros de su recorrido.

No obstante, Blanca, llegó al final de la vereda observando un hueco en una roca y allí fue a ponerse bien.

Al cabo de un buen rato salió de aquella concavidad, para observar mejor qué había al alrededor de aquel sitio; viendo unas bayas carnosas, abalanzándose a ellas con todo el deseo del Mundo.

Eran las tres de la tarde y no había probado bocado alguno. Y aunque aquellas bayas estaban agujereadas por insecto, pájaros y alguna lombriz, Blanca no dudó en llevárselas a la boca.

Así como a las nueve de la noche comenzaron las tripas a sonarlas mucho, teniendo que salir, una vez mas, de la concavidad de la roca para hacer una blanda deposición y al terminar el proceso, se limpió con una piedra que había cerca de ella. . .

La noche venía y la oscuridad con ella; oyendo a un animal cerca de donde ella se encontraba, hacía ya una hora. Pero como la curiosidad es mucha, Blanca se asomó al exterior de la concavidad de la roca, viendo unos ojos enormes.

El animal, al verla, comenzó hacer el ruido característico de todos los perros; ese gruñir que tienen, cuando son molestados. Blanca le hizo una señal con la mano para que se callase.

Existiendo un momento de silencio en aquel contorno, donde se encontraba Blanca; pero así como a la salida de la luna comenzó aullar, con un ruido que hacía daño a los tímpanos del oído, por estar Blanca cerca de ése animal.

Erguido, sobre las cuatro patas en una roca aullaba aquél animal, como si le pasase algo, ó estuviese llamando a otro animal, existiendo en aquellos contornos donde Blanca se encontraba.

Peor fue cuando terminó aquel animal de aullar; ya que se quería entrar dentro de la concavidad de la roca, teniéndose que salir Blanca de ésa concavidad para sentarse en una piedra que había cerca de un tronco de árbol. Y así, recostándose al tronco de aquel árbol, echó una cabezada Blanca aquella noche de tanto ajeteo, como ella había tenido aquel día de tanta incidencia para ella.

A las cinco de la noche comenzaron a caer unas gotas de agua refrescando el ambiente: Aquella agua no era muy fuerte, pero sí era

persistente; queriéndose entrar en la concavidad de la roca Blanca, pero el perro no la dejaba. Defendía, aquel animal, su terreno con todas las intenciones malsanas, como los animales tienen; siempre que se los quieren sacar de su terreno.

Eran ya las doce del día, cuando Blanca comenzó a oír voces lejanas y para no perder el hilo de la conversación, comenzó ella a llamar a las personas que estaba oyendo; observando Blanca que cada vez se oía más cerca de ella las voces.

Persistía Blanca llamar y llamar a las personas que se estaban aproximando a ella; para en un momento verlas entre la espesura del bosque. Y sí; eran ellos, sus amigos, con otras personas que les apoyaban en el intento de encontrar a Blanca.

¡UF!; qué abrazos cuando se vieron Blanca y Sabino y qué besos de amor y de saludo infundado por el corazón: Parecía que aquel matrimonio no se habían visto desde hacía bastante tiempo. Congratulándose todos con aquel matrimonio, por haberse encontrado el uno con el otro.

Al coger el camino hacia casa, estaba esperando el coche de la autoridad; teniendo que explicar Blanca al cabo lo que la había pasado a ella para perderse. No viendo participación ninguna la autoridad, se despidió sin hacerla atestado alguno, una vez que observaron que Blanca se encontraba en perfecto estado físico y anímico: Todos se quedaron, mirando a un animal que cruzaba cerca de donde se encontraban ellos.

Retuvieron toda la respiración, como pudieron, en sus pulmones al ver a aquel animal.

BLANCA -. Mira, Sabino; ése perro me ha hecho compañía toda la noche.

SABINO -. Ése perro, es un lobo.

Al decir aquello Sabino, Blanca se encogió de hombros; como si la hubiese comenzado a dar un poco de reparo, al saber que había pasado la noche con un lobo.

Aquel día la pasaron juntos Blanca y Sabino; no saliendo de casa para nada, siendo respetado por el resto de amigos.

La comunidad de vecinos de aquel bloque se veía que se estaba haciendo, todos ellos, mayores; no gustándolos más que las fiestas, y entre fiesta y fiesta se veía, de vez en cuando, caerse a uno de ellos una cana al suelo, cuando no se le caía el baso de la copa que se estaba tomando, sentado en una agradable terraza.

No que vivieran con soltura; pero sí vivían bien todo ellos; pues el que más y el que menos tenían unos buenos ingresos en su casa, de dinero contante y sonante: ya que allí donde se cobraba menos, entraba dos pagas a la vez.

Y para contarles un cuento de historia; en donde a uno se le antoja una cosa y a otro se le antoja otra cosa, no estoy yo. . .

. . . ya me conocen ustedes; soy el hijo de Emma y de Alexis, William: Un joven agradable y simpático en conversación, teniendo que comenzar sus estudios de empresariales en pocos días. No dando tiempo para redactarles una saga de éstos amigos; solamente los diré, que yo me iría a la Ciudad vecina, junto con Sebastián, el hijo de Alicia y Valdo: Y menos mal a eso, que yo me iría con un amigo estaba mi Espíritu más calmado.

¡Más calmado!: si nada más llegar a la facultad, ya tenían una huelga en perfecto orden. No dejando al rector que celebrarse la apertura del curso, con un acto nuevo, teniéndolo que hacer a puerta cerrada.

Entrando en el aula, por primera vez, así como a los cinco días de estar en aquella Ciudad, vi a mi profesora Diana.

¡Qué casualidad!; aunque existían más profesores, me tuvo que tocar Diana en la primera lección del curso.

Siendo un cuadro abundante, entre catedráticos y profesores; pero como yo estaba ansioso por aprender, abrí unos ojos enormes y agudicé mis sentidos para oír la explicación que nos estaba dando Diana.

Al terminar la clase, me estaba esperando Diana en la puerta del aula, con la sola idea de hacerme un saludo agradable, que me sirviese como recibimiento en aquella facultad.

DIANA -. Espera, Willian.

Poniéndome la mano delante, no me dejaba salir del aula donde se había impartido mi primera lección dentro de la facultad.

WILLIAN -. Señorita Diana: ¿Qué desea usted?.

DIANA -. Darte la bienvenida a la facultad y desearte unos buenos estudios.

Así se expresaba Diana con respecto a mi persona y mi persona no estaba por recibir sermones algunos; más bien estaba, por adquirir conocimientos reglados dentro de la facultad.

Pero en una fiesta de la facultad, tuve que buscar un refresco para una preciosa chica y al volver con el refresco la vi marcharse con Sebastián; así que me quedé sólo y lánguido en la fiesta; yéndome pronto de aquel recinto.

Al siguiente día se me arrimó la chica, como otras veces, para poder estar conmigo; hablándome de Sebastián.

CHICA -. Tu amigo es muy simpático.

WILLIAN -. Desde lego.

CHICA -. ¡Oye!: ¿Dónde te metiste?; si volvimos enseguida y ya no estabas en la fiesta.

WILLIAN -. Me acordé que tenía que repasar lo que había explicado la profesora.

CHICA -. ¿Si estamos a primero de curso?.

No hubo respuesta por parte mía, cortando ésa grata conversación por haber sonado el timbre para entrar en las aulas.

Indistintamente se hacían las cosas sin pensar en la maldad, ó en lo que repercute dicho hecho mal dicho en la sociedad.

Un día que estaba esperando a la chica, mi chica, la vi pasar montada en la moto de Sebastián, junto con éste. ¿Qué hacía allí subida?; si la daba pánico subirse en un moto.

Desde luego la esperé en el mismo sitio, a sabiendas de que la chica acudiría a mi llamada y en breve tiempo la tenía conmigo, a mi lado.

Antes que yo la preguntase, me lo dijo ella: Que había estado con Sebastián, probando su moto; pus el otro día en la fiesta, solamente salieron para ver cómo era su máquina.

Hasta hablaba, ya, como una chica con moto mi chica: ¡Mi chica!; que yo no sabía si ella me consideraba como su chico.

Pero poco más ó menos me tenían que considerar aquella chica; si hasta en el colegio mayor entraba conmigo, a ciertas horas del día, para poder estudiar en mí cuarto, teniendo la puerta abierta.

Ése hecho daba prioridad a todos mis condiscípulos, para entrar y salir de mí habitación, a modo y manera.

Un día que iniciamos la conversación de que montar en moto la daba miedo; yo la abordé en ése tema para saber más de lo mismo.

¡YA!; solamente que ella sabía, que Sebastián era mi amigo; Ya no la daba miedo, ó por lo menos vencía ése miedo que tenía para montar en moto.

Característica de aquella juventud, en la que la amistad valía entre todo lo demás; y sobre todo si ésa amistad se transformaba en un bastión firme y franco; habiéndoles detallado a ustedes las características sociales de ésa sociedad juvenil y las costumbres que en sí encumbran su manera de ser.

Había que dejar la idea de que las chicas se juntasen con los chicos indistintamente; y pese a que Marta era la chica de William, sí podía ir montada en la moto de Sebastián.

La vida da muchas vueltas, tanto era así, que un día vi llegar a Marta con Sebastián a la facultad.

WILLIAN -. ¿Qué hacéis?.

MARTA -. Ya lo ves, estamos llegando a la facultad Sebastián y yo.

SEBASTIÁN -. Me he encontrado a Marta mirando unos carteles de un concierto que se celebrará éste sábado.

MARTA -. Y es buenísimo, ése concierto.

WILLIAN -. Allí estaremos.

SEBASTIÁN -. Gracias por invitarme.

Se había invitado sólo Sebastián ó así lo había él creído; que le había invitado yo a dicho concierto.

Lo cierto fue, que el sábado llegó y con el aquel concierto tan deseado; viéndose en el mismo a Marta, Sebastián y a mí mismo juntos.

Yo estaba hablándolos a los dos amigos, pero éstos no me escuchaba; hasta que con gesto me hice entender por los dos acompañantes: Ya que hacía con los gestos, casi así; como que serían pisados en ése sitio y hasta empujados contra la pared. Y al señalarlos yo otro sitio, allí que se fueron.

A la salida del concierto, decidieron ir a un establecimiento, en donde se vendían unos churros excelentes, con chocolate.

Yo observé remisa a Marta, sin quererse sentar en la mesa donde ellos habían sido asignados.

WILLIAN -. ¿Qué te pasa?, Marta.

MARTA -. Por motivo de obesidad no tomo chocolate ni churros.

SEBASTIÁN -. Y nosotros, ni fumamos ni bebemos.

Marta accedió a sentarse en aquella mesa, tomando una taza de Chocolate con un churro; aunque Sebastián había pedido porras para llenarse la tripa.

Cuando nos levantamos de aquel sitio, alegó Marta querer ir a su casa, contándole a mí mucho convencer a Sebastián para que me dejase llevar a mi chica sólo para su casa.

Pasito a pasito lento, llevaba yo a mi chica para su casa, con la sola idea de hablar con ella a solas; ya que en toda la tarde - noche no lo había hecho. Parándome Marta, de urgencia, para indicarme algo.

MARTA -. Estoy cansada y quiero llegar a mi casa cuanto antes.

WILLIAN -. Así será.

En poco tiempo nos encontrábamos en el portal de la casa de Marta, ésta chica y yo. Pero cuando se disponía para despedir Marta de mí; yo me adelanté y la propiné un beso como de relámpago; sin saber qué había echo yo. Y sin saborear el placer de dicho beso. Pero cuando yo quiso inicial el paso hacia el colegio mayor; me cogió por la solapa la chaqueta Marta dándome el mejor de los besos, que nunca ha dada una joven a su chico.

Así sellamos nuestra amistad y refortalecimos nuestro afecto más confortable para nosotros: Marta y Yo nos queríamos.

Yo sabía, que si dejaba pasar ésa ocasión; tendría a Marta colgada de dos hilos, sin saber ésta chica a quién hacer caso: Si a Sebastián ó a mí.

Pero al parecer, Marta estaba más por mí que por Sebastián: afirmando su amistad conmigo, un poco más por dicho beso.

Desde luego surtió efecto aquellos besos que nos dimos Marta y yo; pues al siguiente día llegamos los dos a la facultad cogidos de las manos; y para que no se confundiese Sebastián, la dirigí yo a Marta echándola los brazos por lo alto.

Al ver aquello Sebastián comenzó aplaudir con todas sus fuerzas, adelantándose a nosotros para felicitarnos.

SEBASTIÁN -. Os felicito a los dos: Enhorabuena, por haber afianzado vuestro compromiso.

MARTA -. Gracias, Sebastián.

WILLIAN -. Sebastián: ¡Siempre eres buen amigo!: Gracias.

Me quedé yo con Marta en la facultad, marchándose Sebastián a secretaría para formalizar un impreso, que le estaba haciendo falta; pero cuando volvió, otra vez, donde nos encontrábamos Marta y yo, lo hizo

acompañado por una chica, un poco bajita; pero con una cara angelical que caía de espalda.

Aquella chica tenía la sonrisa más maravillosa que nunca veces se ha visto.

SEBASTIÁN -. Os presento a mi amiga Laura.

Para no faltar en la presentación, que nos había hecho Sebastián, a Marta y a mí; nosotros nos adelantamos dándole sendos besos de amistad a Laura.

MARTA -. Me alegra conocerte.

WILLIAN -. Igual digo yo, Laura: bienvenida entre los amigos.

LAURA -. Bien hallado.

En esos momentos sonó el timbre de la facultad, entrando en clase los nosotros cuatro; viéndonos muy atentos a las explicaciones de la profesora, después que por megafonía se hubiese dado la bienvenida a todos los estudiantes.

Ése día se pasó pronto en aquella hora de encuentro con la profesora; pues pareció que era el primer día de clase en la facultad, al darnos a todos los buenos días.

Al salir a la calle, no queríamos alargar el paso, para nada; pues nosotros queríamos saber algo más de aquella chica.

Una chica tan modosita; y como el tiempo corría en contra de nosotros dos, de Marta y de mí, decidimos preguntarla por su lugar de destino, sabiendo que era de aquella bonita Ciudad. Nos lo explicó con una sencillez que rayaba el misterio. Ocultaba algo entre sus palabras; sin saber nosotros qué podía ocultar aquella chica tan vulnerable, dentro de la sociedad.

Pero, como nos había convencido a todos, se quedó en nada nuestras sospechas; con unos deseos enormes de investigar sobre aquella chica: ¿Quién sería?, que hablaba también y con unos buenos modales refinados; que para sí hubiesen querido algunas otras chicas.

Cuando nos quedamos solos, Marta y yo, comenzamos hablar de Laura, la amiga de Sebastián.

MARTA -. ¿Te has dado cuenta?.

WILLIAN -. No soy de clasificar a las personas; ni siquiera hablar de ellas.
Pero te digo una cosa.

MARTA -. ¿Qué me quieres decir?.

WILLIAN -. El tiempo lo dirá, quién es ésa chica.

Así se quedó ésa conversación entre Marta y yo; no queriendo expandirnos en un debate de delirio; dando rienda suelta a nuestra imaginación; ya que el tiempo nos diría quién era ésa chica, ó por lo menos de qué familia procedía.

La vida siguió transcurriendo entre nosotros, sin otro preámbulo que no fuese el estudio, dentro de unas normas y unos parámetros preestablecidos para ello.

Pese a que éramos personas de orden; siempre hay alguien que busca la vuela a otra persona y en éste caso sí hubo una persona, diciendo que había visto a Sebastián encender fuego en la espesura del bosque: Ya que el día anterior había habido un fuego enorme.

Atrapado, Sebastián, entre su palabra y la de aquel señor; se debatía entre conservar intacta su honra ó tener que dar explicaciones a la sociedad, cumpliendo con el castigo que se le impusiera.

Entre que sí, entre que si no; se desarrollaba el juicio abierto en contra de la persona de Sebastián; pidiendo el fiscal defensor de Sebastián un receso de un par de horas. Al cavo de las cuales, presentó un testigo de cargo delante del tribunal, que enjuiciaba el comportamiento de Sebastián.

Era un hombre, de mediana edad; que relacionando al demandante con un litigio que había tenido con el padre de Laura, la chica de Sebastián.

No solamente quedó ahí todo, que hubo otro señor pidiendo declarar en aquel juicio; alegando que él había visto un coche tirar un encendedor a

la carretera, y al tomar el parecer de la policía, coincidía ése echo de que el fuego había comenzado en la cuneta de la carretera.

No sabiendo dar aquel señor la matrícula del coche, por no haberla cogido, en un papel escrito; ya que por retención cerebral no era posible darla, aunque la había visto.

Pese a la reminiscencia de su chica, Sebastián salió absuelto de todos los cargos que le imputaban, al decir Laura que había estado paseando con ella, ése día por la tarde, en plena plaza.

Para celebrarlo nos fuimos los cuatro, Marta, Sebastián, Laura y yo para tomarnos unos refrescos en una calle céntrica de aquella hermosa Ciudad; donde las noches parecían días y los días durmiendo con los luceros.

Llegó la primera evaluación en nuestros estudios, sacando Laura una nota no alcanzada por muchos condiscípulos: nosotros sacamos menos nota que Laura, pero también era buena, para el poco tiempo que habíamos empleado en las materias asignadas.

Lo único que desencajaba entre nosotros, era la poca presencia de Laura con la que se dejaba ver, con nosotros; estando triste nuestro amigo Sebastián.

SEBASTIÁN -. ¿Y si la ha pasado algo a Laura?.

WILLIAN -. ¿No la ves asistiendo a clase?.

MARTA -. Ni tan siquiera nos espera a la salida de clase.

Así hablábamos entre nosotros, con el Alma rota por el llanto al no tenerla cerca a nuestra amiga Laura.

Un día formamos un ardid entre los amigos: Dejaría entrar en clase Sebastián para esperarla a la salida de clase a Laura. Pero cuando nosotros salimos de la facultad, estaba Sebastián afligido y casi llorando en la puerta de ése centro de enseñanza superior.

WILLIAN -. ¿Qué te ha dicho Laura?.

SEBASTIÁN -. Ni tan siquiera la he visto.

Pensamos enseguida todos que aquella facultad tendría una segunda puerta de salida, así que volvimos a entrar en la facultad buscando ésa puerta.

Habíamos desistido de buscar ésa segunda puerta, cuando vimos pasar cerca de nosotros a un chico con delantal y zapatillas; preguntándole por dónde podíamos ir al restaurante de la facultad sin salir de donde nosotros nos encontrábamos.

Efectivamente: Había una puerta de escape, que sería como puerta del restaurante de la facultad; pero tan sumamente camuflada que había un

recodo en un pasillo con una puerta dando al lado contrario del pasillo. Llevándonos ésa puerta hacia el restaurante de la facultad.

Al siguiente día me quedé yo sin entrar en el aula asignada a nosotros para recibir las lecciones correspondientes, y a la salida de clase, quién fue abordada por Diana fue Marta y Sebastián para ser preguntados por mí; ya que aquella profesora quería saber de mi persona.

Mientras tanto yo, me puse en el camino de Laura, no dejándola dar ni un solo paso.

LAURA -. ¿Qué haces aquí?.

WILLIAN -. Lo mismo te pregunto yo.

Mientras Laura se echó a llorar como una bendita; viéndose claramente que aquella chica quería a Sebastián.

Pero como yo esperaba su respuesta, incitándola con la mano para que la diese: Ésta chica, no pudo por menos que decirla.

LAURA -. Me ha prohibido mi papá que me junte con quién me causa problemas con su comportamiento, con respecto a la sociedad.

La quise hacer ver, que él, Sebastián, no había roto ningún esquema, dentro de la sociedad; por ser una persona educada y sumisa: Lo único, que

le habían acusado de algo que él, Sebastián, no había hecho; así que la pedí recapitarse un poco.

A Laura la importaba poco que no hubiese tenido culpa alguna Sebastián en aquellos hechos, en los cuales le había incriminado un señor en los mismos.

Laura quería a Sebastián, pero hacía más caso a su padre que a su corazón: Tal vez por ser un acto reflejo y con miedo, mucho miedo.

Por eso no podía dejar de pasar la ocasión, para preguntarla por su familia.

WILLIAN -. ¿Y quién es tu padre?.

Laura se quedó pensativa, un momento; para darme una respuesta concreta y explícita a mi interés por saber quién era su padre.

LAURA -. El fiscal primero, El Fiscal de la Ciudad.

¡Acabáramos!: Un hombre recto y serio, pero un señor de armas tomadas. Estando cerca de su casa, por eso eché una mirada a su casa. Un palacete del siglo pasado, donde se dan todas clases de comodidades, por haber sido remodelado.

El tiempo que estuve hablando con Laura fue totalmente necesario, para que llegase Sebastián donde nos hallábamos nosotros dos, Laura y yo, en ése momento.

Una vez que llegaron Sebastián y Marta, éste se la quedó mirando a Laura con ganas de saber algo de ella; sobretodo, qué pensaba ésa chica de su grata amistad con Sebastián.

Quedando todos nosotros enterados de su reclutamiento en casa de su padre.

LAURA -. ¡Ola!, Sebastián.

SEBASTIÁN -. ¿No sé, que es lo que te pasa?.

Sebastián la dijo ésas palabras, con el corazón en las manos; como se suele decir. Aludiendo Laura el principal problema que tenía para no salir de casa.

LAURA -. Me ha prohibido mi papá, me junte con quién me puede causar problemas.

Se adelantó Sebastián, reteniendo nervios y tragando saliva para no faltar a Laura.

SEBASTIÁN -. ¿Después que ha sido a mí al que han hecho semejante encerrona?. ¡Muy bien!: Ya sé cómo me comprendes.

LAURA -. Entiéndelo.

SEBASTIÁN -. No; entiéndeme tú a mí.

Así se expresaba Sebastián delante de Laura, sin cortarse para nada; pese a que estábamos presentes, en dicha conversación, Marta y yo.

Se veía, que Laura quería mucho a Sebastián: Pese a que estaba influenciada por la dirección de su padre.

Aquella chica se la veía con los nervios ateridos, a causa de un revulsivo cerebro, por estar acordándose de la dirección que la había dado su padre.

Sin esperarlo, Laura y Sebastián, salieron paseando la calle abajo, con dirección a la plaza. Nosotros dos, Marta y yo, no podíamos hacer otra cosa más que seguirlos y a su paso; que no era lento, era más bien rápido: así que en, un santiamén, llegamos a la plaza para sentarnos en u banco; pero nosotros dos, un tanto separados de Laura y Sebastián.

Donde estábamos nosotros dos, Marta y yo, no se oía la conversación que sostenían los pimpollos; comenzamos hablar de los problemas que teníamos en nuestros estudios; ya que había algunas carencias, por parte nuestra, tanto en el aula como en la enseñanza.

Cuando vimos que se levantaron Laura y Sebastián, también lo hicimos nosotros; viendo a Sebastián despedir a Laura con un beso en las mejillas.

Al quedarnos solos, los tres amigos, Sebastián, Marta y yo, nos explicó Sebastián que habían quedado para verse él con Laura todos los días y que algún día saldría con Laura cuando fuese camino de la casa su tía.

WILLIAN -. Se te olvida una cosa, Sebastián.

SEBASTIÁN -. Dímelo.

WILLIAN -. La Iglesia organiza excursiones de vez en cuando.

MARTA -. A mediados de éste mes, organiza una.

WILLIAN -. Métete, con ella, en los actos sociales de la Iglesia.

SEBASTIÁN -. No había caído en ello.

Sebastián se quedó pensativo por lo que le estábamos diciendo nosotros, Marta y yo; y como sin pensarlo, tuvo una convulsión; moviendo todo el cuerpo al pensar que era la única forma de poder estar junto con su chica.

De ahí surgió un deterioro dentro de la amistad tan fuerte como teníamos los cuatro amigos; por no verlos continuamente como lo hacíamos antes.

No sabíamos de ellos para nada; solamente un adiós un tanto cortado, por no cogernos la saliva en la garganta.

Como el interés que teníamos de estar un rato con nuestros amigos nos llevó a visitar la Iglesia donde iba Sebastián y Laura.

Al parecer allí no había reunión de juventud; pero al preguntar a una señora feligresa; ésta nos indicó que saliésemos de la Iglesia y diésemos media vuelta al edificio, ya que veríamos una puerta que daba a la sacristía y a las dependencias donde la juventud desarrollaba su fe en actos de arrepentimiento y de charlas, dentro de las enseñanzas de Cristo.

Así lo hicimos y en poco tiempo estábamos sentados cerca de Sebastián y Laura; pero eso sí, escuchando una charla que impartía un Sacerdote. Al poco tiempo se levantaron todos los jóvenes, sin saber dónde iban.

WILLIAN -. ¿Dónde se va ahora?.

SEBASTIÁN -. A práctica de pintura.

MARTA -. Y tú. ¿Cuál has escogido?.

SEBASTIÁN -. La pintura abstracta.

Por poco nos caemos para atrás Marta y yo; pero cuando nos quedamos solos con Sebastián, éste tuvo la ocasión de explicarse delante de nosotros dos, Marta y yo.

SEBASTIÁN -. Como es una pintura que se obtiene en forma; si se la lleva a casa Laura, por equivocación, parece que es suya.

Listo, muy listo nuestro amigo Sebastián; en cuanto pensaba de esa manera.

Vimos lo bien que se llevaba Sebastián con Laura, así que nos quedamos satisfechos y alegres, al llegarnos a lo más profundo del Alma, lo que le estaba pasando a nuestro amigo Sebastián.

Los días sucesivos, seguimos sin ver a nuestro amigo Sebastián; como no fuese en el aula y a Diana impartiendo las enseñanzas de esas materias deseadas. Al final de la clase, le pidió Diana que se quedase en el aula a Sebastián, pues le quería decir algo.

Como no se lo podía sacar a Sebastián, lo que le había dicho la profesora-catedrática: Un día me adelanté a la clase, para hablar con Diana.

WILLIAN -. ¿Sabe usted la piña que formamos los amigos?.

DIANA -. Lo sé; así que te tranquilizo. Le dije, a Sebastián, que apretase un poco más en sus estudios.

Dándola las gracias, salí del aula totalmente informado por la señora catedrática. Pero poco tiempo estuve fuera del aula y ya que sonó el timbre, anunciándonos el comienzo de la clase.

Aquel día fue maravilloso; ya que dio Diana, una explicación magistral de la materia a tratar: Tanto era así, que al final de la clase, todos se levantaron aplaudiendo, y el que más aplaudía era yo.

Empezándome a tratar los condiscípulos como el amigo de la señora Catedrática, Diana.

En cuanto al curso, fue favorable para nosotros cuatro; pasando con notas bastantes buenas: Tanto era así, que Laura sacó una nota de Cum laude en su significado, para su expediente personal; aunque no era doctora.

Ésa sentencia arbitral la catapultó a la fama a Laura; no teniendo, ni noche ni día en sus estudios en segundo de carrera.

Pese a que había algunos escollos: De una declaración breve de una sentencia oscura, por la parte de Laura; ya que en un cumpleaños suyo invitó a los amigos de la facultad. Conociéndonos su padre, que había quedado muy satisfecho con nosotros.

PADRE -. Ahora sí quedo tranquilo; pues hubo alguien que me puso nerviosos en mi profesión, al meterse en problemas jurídicos.

Al decir aquello el padre de Laura, yo miré con disimulo a Sebastián; dándome cuenta que Marta también le estaba mirando: Menos mal que el

padre de Laura, en esos momentos, iniciaba el camino hacia su estudio; ya que se veía un despacho abierto y cargado de libros, todos ellos jurídicos.

Respirando profundamente Sebastián, al no haber pasado nada en aquel acontecimiento; en que el padre de Laura recordaba su episodio más amargo, con respecto a su hijo Lara.

Los años venideros los pasamos los cuatro como si estuviésemos en la inopia; pues a penas nos dábamos cuenta de cómo estaba la vida, al no tener que contender nada con la economía familiar: Solamente nos enteramos de las materias exigidas por el Ministerio, para poder pasar el curso reglamentario.

. . . Pero ¡AH!; cuando tuvimos que vernos solos en la vida; ya era harina de otro costal aquello: Recordando las enseñanzas científicas de nuestros catedráticos. Pero, y la economía casera: No coincidía para nada con las enseñanzas que habíamos recibido en la facultad; ahí no había reglas ni Leyes que dijese nada; teníamos que apañarnos por nuestra cuenta. Y qué mal nos apañábamos con la economía de nuestra casa, ya que no había ninguna partida dineraria para quitar de un lado y ponerlo en otro.

Solamente había un buen ahorro y economía; eso sí, mucha economía: en donde nosotros nadábamos a favor de la corriente, ó la corriente te hundía en aguas profundas. Dándonos tiempo para ver el pro y el contra de un gasto a otro; y con todo y eso me llegó Marta quejándose.

MARTA -. Esto me sobrepasa.

WILLIAN -. ¿Qué es?, cariño.

MARTA -. Si compro una cosa, no puedo comprar otra; pero si no compro ninguna, no podemos andar por casa.

WILLIAN -. Eso, ¿por qué?.

MARTA -. Por la suciedad acumulada.

Tenía razón Marta: Ahora sí que estábamos estudiando un tratado económico; que aunque sea microeconomía se aprende mucho más que con la Maxi Economía.

Marta encontró un puesto de trabajo como administrativa en una empresa de exportación y yo; ¡gracias a Dios!, encontré un trabajo como asesor empresarial en una multinacional.

Aunque Marta no trabajaba en lo suyo, empresariales, se sentía agradable trabajando en la empresa de exportación; pues a poco tiempo pasó a la sección contable como jefa de un negociado.

Otro tanto le había pasado a Sebastián; encontrando trabajo, por medio de una oposición en el Estado.

Cosa a parte era Laura, que trabajaba en el Estado como economista; allá en las alturas, pero sin olvidar a ninguno de nosotros.

Yo, por mi parte, comencé haciendo senderismo: A lo primero cerca la Ciudad donde vivía, para extender un poco más el radio al recorrido; una vez que tomé confianzas en ése deporte.

Tanta ilusión estaba alcanzando, haciendo senderismo; que compré una pequeña tienda de campaña y herramientas, con el sólo objetivo de pasar dos noches fuera de mi casa, yendo por sendas desconocidas. Tan desconocidas eran ésas sendas que yo las estaba abriendo a las personas.

Di con una cañada, en donde solamente había águilas y cieno a mi paso. Tan estrecha era ése paso en tierra firme, que tenía que esquivar alguna roca en mi camino. Y para que no descubriesen nadie la senda que yo había formado a mi paso, al comienzo de la misma, no quité el matorral que cubría su visión; dejando un camino agrícola.

No a poco tiempo supe que se había perdido una persona en aquellos parajes, agrestes y angostos; muy estrechos, para pasar sin dificultad por aquel sitio.

Pero como todas las personas sabían de mis andanzas por aquel macizo tan escarpado; fui llamado como personal que se había agregado, por mi cuenta, a la comitiva oficial que estaba buscando a una persona.

Nos numeraron y nos hicieron una lista con nuestros nombres, una vez que se nos tomó el número del carné de identidad.

A poco tiempo, vi que se aproximaba a mí el teniente, con la sola idea de que condujera a un grupo por las veredas que yo había abierto en aquella sierra; la parte sur, más occidental de aquel macizo.

WILLIAN -. Yo, ¿qué tengo que hacer?, señor.

TENIETE -. ¿Ve usted a ése pelotón?.

WILLIAN -. Sí, mi señor.

TENIENTE -. Sí, mi teniente: Es lo que debe decir cuando se refiera usted a mí.

WILLIAN -. Sí, mi teniente.

TENIENTE-. Está bien.

Haciendo una señal al cabo primero el teniente, éste vino hacia mí para colocarme en medio del pelotón; pero con la sola idea de que dijese por dónde debían ir dichos mozos y anunciase el cambio de sentido, en todo momento.

Así se hizo; comenzando andar por aquel camino agrícola; pero cuando llegó la cabeza del pelotón donde comenzaba la senda, que yo tenía semioculta, los rogué que se parasen.

PRIMERO -. ¡Qué raro!. ¿Qué nos quiere decir usted?.

WILLIAN -. Ahí empieza una senda que yo he abierto a mi paso.

PRIMERO -. No veo nada.

Tuve que adelantarme y apartar el matorral que cubría lo primero de la senda.

WILLIAN -. Ahí la tiene usted. Mi primero.

Iniciamos aquella senda, no con pocos apuros y con menos confianza; ya que había un engorro en el camino, por estar lleno de cieno, por a ver llovido la noche anterior; pero muy orientativo para nosotros, al ver unas pisadas en aquel fango, estando casi seguro mi primero que pertenecían, aquellas huellas, a la persona que estábamos buscando.

El pelotón siguió por donde yo le indicaba; pero al llegar a la depresión tan estrecha, en forma de cañada, vi que se los bajó el ánimo: observando en la cara de aquellos aguerridos servidores de la patria un tanto represivos, por tener que atravesar aquella estrechez, sin saber dónde daba.

Mi primero vino donde yo me encontraba, una vez que hizo pasar al pelotón a lo primero del sendero, para hablarme a mí.

PRIMERO -. ¿Está seguro que debemos pasar éste desfiladero?.

WILLIAN -. Mi primero, está en tierra firme: No hay problema.

Mi primero hizo pasar a un experto soldado a la otra parte, llegando minutos después con buenas noticias. Y así conseguimos pasar aquel desfiladero tan estrecho para dar con una vereda en plena rocas de la sierra.

Pero así como a la media hora y después que yo le marcase a mi primero si había que torcer a la derecha ó a la izquierda ó si debíamos seguir hacía adelante, por no verse casi nada aquella senda echa por mis bota al pisar el suelo y los helechos que hay en las rocas, encontrando un cuerpo caído como en cinco metros de bajada de aquella senda.

Bajó, enseguida, un sanitario; no sabiendo yo que llevábamos personal de sanidad: Ya decía yo, que para qué serviría lo que llevaba aquel señor encima.

Al alegar el sanitario, que sólo tenía contorsione hechas en la caída y que él creía había recibido un desmayo a causa de un mareo, los otros compañeros, subieron a aquel hombre con suma diligencia, rayano en lo increíble; y en lo increíble estando apostado para ver llegar a un helicóptero donde nosotros estábamos: Parándose a unos cuantos metros de nosotros para no hacernos daños, con el viento de las hélices.

La bajada ya no era por el mismo sitio que subimos; pues con tantos hongos y helechos, se presentaba una vereda muy resbaladiza. Por lo tanto se lo tuve que comunicar a mi primero que con un estado escéptico, no daba crédito a lo que yo le decía.

WILLIAN -. Sí, mi primero: Es mejor bajar por ésa pedriza.

PRIMERO -. ¡Por ahí!

Señalando mi primero a la pedriza que se presentaba a pocos metros, debajo de donde nosotros estábamos, se asustaba por tener que llevar al precipicio a sus soldados.

WILLIAN -. Es un trecho de pedriza, de unos siete metros; pero muy peligroso. Aunque pisando bien, nos podemos conservar de pie mucho mejor que por la rocas llenas de moho y helechos.

Mi primero llamó al cabo segundo, para que con dos mozos ocupasen el flanco izquierdo, a mi me dejaban en el centro y al flanco derecho se fue mi primero con el resto de la guarnición.

A poco de empezar mi primero la bajada; por poco la baja rodando; si no llega a ser por un mozo que iba a su lado, que le cogió de los trascuartos parándole el golpe.

Aunque pronto encontramos la senda por donde yo bajaba de ésa cordillera. Viendo a la bajada de la vereda, que al llegar al camino estaba expedito el cominazo de la senda: No me gustó nada aquello.

Pues pasados unos meses me fui para dar un paseo por aquellos terrenos: Viendo el camino de la senda echa ya un camino; aunque el resto del trayecto estaba igual que antes, pero con muchos más senderistas en aquel terreno; habiéndolo echo los soldados que se encontraban de maniobras en aquel terreno.

Al año de volver para aquel sitio, decidí ir al terreno donde yo tenía formada una senda; pero al llegar allí, vi con estupor que era una carretera lo que arrancaba hacia el desfiladero; pero al llegar aquel estrangulamiento de matas pude ver algo que no me gustó para nada, pues aquel desfiladero ya no permanecía como antes, como estaba en la naturaleza: Ya que le habían ensanchado un poco más con alguna máquina.

Aquello me quitó las ganas de volver allí nunca más; para recordar aquel sito como yo le había encontrado; un desfiladero estrecho, en donde volaban las águilas y criaban los conejos, por no decir donde el lobo tenía su guarida. Que yo no sé por qué ninguno de aquellos lobos me hizo nada; habiendo encontrado a una loba con sus lobeznos. Y aunque hacía ademán de que no me acercase a ella, enseñándome los dientes y haciendo un ruido característico con la boca me quería alejar de allí; pero como yo comencé a piroppear a sus lobeznos, se calmó la loba: Dejándome acercar, un poco más a donde ella se encontraba.

WILLIAN -. ¡UHI!: Qué bonitos son tus hijos.

Parecía que comprendía lo que yo la quería decir a ésa loba, tan afable para mi persona: Y es que estaba acostumbrada a ver senderistas por aquellos contornos y hasta a veces cerca de ella, sin que se enterase el senderista.

Así estuve yendo una semana a donde la loba había parido tres lobeznos que en general eran preciosos; llevándola la comida y agua para que se pudiese alimentar. Fue cuando supe yo qué era verídicamente una loba: Al levantarse y observarla el jopo; el rabo abultado que tenía, viendo que no hacía asco alguno a la carne que yo la había llevado. Pero al séptimo día ya no se encontraba la loba con sus lobeznos en aquel sitio; debajo de un árbol.

Mi desilusión fue fatal; pues hasta se me pudieron caer dos lágrimas al suelo, al acordarme de ésos lobeznos tan bonitos.

Así, que cuando llegué a casa me lo notó Marta, y en un alarde de complacencia me quería poner alegre.

MARTA -. ¿Qué te pasa?, hijo.

WILLIAN -. A mí, nada.

MARTA -. ¡Ya!. Se te ve en la cara que tú has tenido una decepción al dar tu paseo por la montaña.

Al contárselo a Marta, ésta me quería hacer ver que la vida es así y que tenemos que aceptar todo lo que haya en ella: En ésa vida tan alegre y a la vez tan áspera como teníamos que vivir los mortales en éste Mundo. Y que si yo había retenido en mi cerebro, la visión de aquellos lobeznos era una cosa que me honraba a mí; al presentar ése estado de ánimo; como tienen todas las personas que han poseído algo y ya no lo tienen.

Marta era estupenda; siempre me quería ayudar, fuese como fuese. Ella no quería verme sufrir para nada; pero ése día no se alejaba de mí para nada, siempre estaba a mi lado y mirándome.

Al siguiente día me preguntó Marta por mis ánimos; con qué predisposición de vivir estaba yo en aquel día y cómo me había levantado.

WILLIAN -. Tranquila, vida. Lo he asumido y me estoy recuperando, por no ver nunca más a los lobeznos.

MARTA -. Eso me parece bien.

Y tan bien que la parecía a Marta, que yo me encontrase en plena armonía con respecto al día que había amanecido.

Cumplía años Marta invitando a todos los amigos a una comida con una copa en la sierra; pero antes de llegar al hotel se formó una tormenta enorme, teniendo que pararnos en un chaflán que había en plena carretera; pues a penas se veía la carretera, siendo muy peligroso seguir conduciendo.

Tan fuerte era la tormenta, que la vi rezar a Marta una vez que un rayo iluminó parte del coche; poniéndome a mí en guardia; hasta el punto de pensar llamar a ayuda en carretera.

No lo hice; ya que poco a poco se fue calmando la tormenta; convirtiéndose aquella furia en agua en general, viéndose las luces del hotel desde dónde estábamos parados.

Al llegar al hotel y mientras estábamos en pleno hall del hotel, se oyó un trueno espantoso, cayendo tanta agua como nunca había visto yo, ni ninguno de nosotros.

La cena: Si aquello lo podíamos llamar cena, “que venga Dios y lo vea”. Caras largas y pensativas; que si aquí cojo un bogavante, allí le dejo para coger más tarde un buen vino para ir a depositar la copa en otra parte, olvidadiza por nosotros en aquel buffet: Ya que todos hacíamos lo mismo, con los manjares y las bebidas. Solamente jugábamos con ellas, al tener los nervios ateridos, por los truenos que dejaba sentir aquella tormenta; con una descarga de rayos, que iluminaba, no solamente el hotel sino todo el campo.

No había televisión, por ser contraproducente aquel invento; no hecho para el sistema de tormentas: Pero como Laura tenía un aparato de radio de pilas, le puso bajo.

A penas se oía la emisora que sintonizaba por la infinidad de truenos y rayos que se estaban produciendo en aquella hora fatídica.

Dormir: ¡Nada!; con aquel ruido no podía dormir nadie, así que solamente nos quedaba esperar al siguiente día para pagar la cuenta que se había producido en aquel establecimiento, por nuestra parte.

Pero como ninguno de nosotros llevaba un todo terreno; no pudimos salir de allí, hasta bien pasada la tarde de los tres días de espera; Para que Pudiesen limpiar la carretera de árboles, matas y piedras.

Porque nosotros habíamos llamado al ciento doce; dándonos la señora recepcionista el teléfono donde debíamos llamar para que desencumbrasen la carretera.

¡Vamos!, que perdimos tres días de cobro en las empresas donde trabajábamos: Y eso, gracias a Laura, que se encargó de llamar a cada empresa con su móvil; pues el nuestro no tenía cobertura ninguna.

Por ése motivo, no nos incoaron un expediente en la empresa, a presentar el justificante de la autoridad, de haber estado atrapado en dicho hotel por motivos de fuerza mayor, no imputado a nosotros.

Yo veía que Marta no estaba satisfecha para nada; y así al llegar a la Ciudad y antes de despedirnos, volvió a invitarlos, una vez mas, a ésa instancia en un buen hotel y a una buena cena.

Todos nos miramos a la cara, como queriendo que no nos volviese a pasar otro caso, como el que nos pasó hacía tres días; pero se impuso la fuerza de la amistad: Aceptando la nueva invitación que nos había hecho Marta, para el sábado siguiente.

El sábado llegó y con el unos nervios ateridos, que no sé yo detallarlos muy bien.

En un pueblo, cerca de la montaña, tuvimos la invitación que Marta había hecho a los amigos; teniendo hasta animadores en la cena, ya que era un reservado que había hecho Marta para la degustación de aquella noche, en su nombre.

Lo pasamos de primores todos juntos, no siendo ninguna clase de impedimento que aquel lugar estuviese en plena montaña y un tanto alejado de la gran urbe.

Hasta salimos al jardín del establecimiento para tomar la tarta y una copa; acostándonos a altas horas de la madrugada; siendo obstáculo para levantarnos pronto, ya que estábamos cansados y dormidos.

También lo pasamos en aquel establecimiento de hospedaje, que al llegar a la Ciudad echábamos de menos, las costumbres y el trato de aquellas personas tan amables y alegres a la vez.

La vida siguió transcurriendo normal entre nosotros; cada uno hacía su trabajo lo mejor que sabía y hasta fuimos alcanzando metas inesperadas por nosotros, ya que llegamos todos a un puesto alto de Ejecutivo en nuestro trabajo: Pues hasta a Laura se la podía llamar, “Ilustrísima señora”.

Nuestros viejos, que no los teníamos entre nosotros; habían llegado a la casa del “Padre”, en paz y en gracia de Dios.

Solamente nos quedaba el recuerdo de ellos y de sus obras; mejor dicho, de su trabajo.

Había dos cosas que nunca olvido, ni olvidaré por más años que viva: El espigón y la montaña. Y para ello en aquellas vacaciones estivales, me fui a la Ciudad donde nací y me críe. Y, ¡UF!; cuando estuve delante del espigón: ¡Si estaba igual!. Sí, igual que antes.

Ya no me parecía tan enorme y tan bonito, aquel entrante de tierra en el mar; pero a pesar de ello tenía algo que atraía a la persona que se ponía delante de el, mirándole.

Quería, pero me retenían mis fuerzas cuando miré al mar; pues llegaba la pleamar ó por lo menos estaba empezando a llegar.

Me quedé con las ganas de pasar a las primeras piedras, que forma de contención para aquel espigón; no erosionándole el agua del mar al romper con aquellas moles de piedras puestas en la base del acantilado, hechas de hormigón.

Me vi en la impotencia de no poder estar en el acantilado y de allí me dirigí al lugar que yo descubrí, existía una pequeña ermita; viéndose el Santo al que estaba dedicado aquel lugar de culto. Estando totalmente rehabilitada toda la ermita, con muy buen detalle en sus retoques de pinturas y de adornos.

Para llegar a la ermita, existía una pequeña carretera construida hace tiempo pero estaba considerada en el plan de conservación dentro del ordenamiento urbano de aquel consistorio.

Recuerdos, muchos recuerdos se me aglomeraban en la cabeza mientras estaba contemplando aquella ermita, franqueada por un muro de contención para las dunas de arena que se formaban en aquel sitio.

Hasta recuerdo a los amigos de la infancia; sobretodo a una chica de cabellos rubios que jugaba conmigo. Pero pronto se desvanecieron esos recuerdos al oír la voz de Marta llamándome.

MARTA -. William; es hora de volvernos a la Ciudad. El restaurante del hotel tiene unas horas previstas para servir la merienda.

WILLIAN -. Sí, cariño. Vayámonos al hotel.

Una vez que comimos en el restaurante del hotel, nos fuimos para descansar un poco a la habitación; pero así como a una hora prudente hice a Marta que se preparase, saliendo a la calle con rumbo conocido por mí, pero no por Marta.

Al llegar frente a la casa de mis padres, Marta, señaló la puerta con un dedo; abriéndola yo para que entrase en la casa Marta.

MARTA -. Se conserva bien la casa.

WILLIAN -. ¿Qué te habías creído tú?

Marta aseveraba con palabras el buen estado que se encontraba la casa, quedando entre los dos contratar personal para que la limpiase en los días que íbamos a permanecer en aquella Ciudad; no viniéndonos para vivir a la casa de mis queridos padres, para no interceptar la labor de ninguno de ése personal contratado: Todos los días íbamos a la casa, para ver cómo iban las tares de limpieza; gustándonos mucho su resplandor en aquellas zonas que ya habían desinfectadas y limpias.

A la semana resplandecía toda la casa, quedando como nueva toda ella; comprando Marta sábanas nuevas, con la sola idea de que pernoctásemos en dicha casa; y así fue, en vez de pernoctar en el hotel de aquella Ciudad.

Como la casa estaba en el centro de la Ciudad, nos estaba ayudando mucho, para llegar a ella a la hora que nosotros quisiéramos; ya que era verano, existiendo infinidad de personas por aquella calle; que por otra parte , era el meollo de todos los mejores bares y lugares de atracción al público de aquella hermosa Ciudad.

La médula principal de todas las diversiones la tenía aquella calle, que estaba muy cerca de la costa; hasta llegaba a ella el olor a mar.

Un día la entró ganas a Marta ir a la lonja; mercando un pescadito; que nos hizo las delicias de nosotros dos, la noche que probamos aquel pescado.

Y como yo había saludado a unos vecinos, conocidos de antemano; Marta les convidó una cena a la siguiente noche. Yendo una vez más a la lonja para comprar bogavantes, percebes, gambas, emperador y un sinfín mas de ese buen pescado de no hace más de tres horas pescado en aquel mar, tan inmenso y bonito, para servirlos como cena a los viejos vecinos.

Ellos llegaron a la hora prevista, con una buena botella de vino en las manos. Aquella botella nos hizo las delicias, al degustarle en las papilas linguales; pues en vez de vino, parecía un espumoso y con un grado de delirio desenfrenado para nosotros.

Ésa noche afianzamos nuestra amistad con aquellos buenos vecinos. Tanta confianza cogió Marta con la señora del vecino, que aquella señora acompañó a la cocina a Marta para elegir el café, que nos harían servir el personal doméstico, como así la bebida deseada.

Yo me quedé solo con mi vecino, comenzando hablar de las buenas casas que hay en aquella Ciudad; y sin esperarlo me anunció una casa, que me chocó mucho; por no haberme dicho nada mis padres.

VECINO -. ¡Bueno!: Ahora habéis rehabilitado ésta casa. . . Y el palacete, ¿Cundo?.

WILLIAN -. ¿Qué palacete?.

VECINO -. ¡AH!: ¿pero no han leído el testamento?.

Mi vecino se levantó, al verme un poco aturdido por aquella declaración y me instó que buscara en la habitación de mi padre, en la cómoda unas llaves.

Era verdad, había unas llaves que no eran la de la casa donde nos encontrábamos habitando.

Esperé ir para consultar con el catastro del Excmo. Ayuntamiento; pero antes encontré unos extractos del banco, donde cobraba a mis padres la contribución de aquel palacete.

Contactando con el catastro del Excmo, Ayuntamiento, refrendando que el palacete de una calle de aquella bella Ciudad pertenecía a mis papás.

Antes que pasasen seis meses me fui al notario, agilizando el traspaso de la masa hereditaria de mis padres a mi nombre; pagando los impuestos exigidos para tal fin.

Al leerme los bienes, tanto en propiedad como en efectivo, que poseían mis padres, me quedé un tanto asombrado; pues entre dinero en el banco, como acciones que poseían ellos, era una cantidad de tangente y bonos con participaciones bastante considerable.

¡Dos simples funcionarios!: ¡Dios!, no sabiendo de dónde había salido tanta cantidad de dinero; como la que poseían mis papás, en su tiempo.

Y sí; si lo supe a poco tiempo de heredar aquella grandiosa fortuna: Pues una carta mandada por algún extorsionista, me intentaba indicar una cierta cantidad de dinero en una cuenta resellada en la terminación de la carta.

¡Qué hacer!; si yo no quería decir nada a Marta para que no se asustase: Y mucho menos hacer uso del dinero que había depositado en el banco.

Pero como ya se había dado cuenta al banco de la defunción de mis papás, me tuve que presentar en el banco preguntado por una persona, que me indicaba la nota que dicha entidad me había mandado.

Teniéndose que enterar Marta de todo el testamento de mis papás y de la masa hereditaria que yo estaba heredando: Ya que las herencias son indivisibles; hereda la persona que tiene que heredar y nadie más. Ó sea; que dicha herencia era sólo mía.

Andando con los impresos y extractos que recibían mis papás, encontré un abono correspondiente al dinero que existía depositado en el banco; aunque le faltaba ya bastante dinero e ése depósito.

En el banco me informaron de haber obtenido bastante dinero mis papás, con la lotería.

Al enterarse de eso, respondió Marta; haciéndolo yo también, ya que nos habíamos creído otra cosa: Aunque yo sabía, que no podía ser otra cosa por el carácter tan recto y rígido que tenían mis papás.

Todo estaba en orden; aunque me lo tenía que a ver dicho mis papás, todo lo que pasaba en casa; y no darme esos sobresaltos tan enormes, como para preocuparme tanto de cada cosa que me enteraba.

Aquella noche dormí mejor; pues llevaba ya unas noches sin dormir casi nada: pensando, ¿De dónde tenían mis papás tanto dinero?, y sobretodo ingresado en el banco; pues la entidad bancaria tendría que saber de dónde procedía tanto dinero. Viéndola yo a la entidad bancaria tan conforme con todas las operaciones bancarias que efectuaron mis papás.

Eso de: Unos simples funcionarios; ya no era procedente decirlo, al saber que todo estaba siendo legal, muy legal en sus principios.

Ahora, sí que a mí, me tenía que tocar la lotería para hacer cuadratura del círculo, Y efectivamente: Un día me tocó en grande una suma de la lotería, montándome en el dólar, como se suele decir.

Lo primero que hicimos, Marta y yo, fue hablar de nuestra boda; ya que no nos habíamos casado todavía.

Sí, hablamos Marta y yo de casarnos a lo grande: Como Dios manda, ya que éramos creyentes; y eso que una vez volviésemos a estar en la Ciudad donde trabajábamos.

MARTA -. Sí, William; lo tenemos que hacer.

WILLIAN -. ¿Cómo sabes lo que te voy a decir?.

MARTA -. Me vas a pedir. . .

WILLIAN -. Pero en matrimonio.

Marta se quedó mirándome fijamente, no apartando sus ojos de mí; como esperando que yo la dijese algo, con respecto a nosotros dos.

Cuando la dije la proposición de matrimonio, Marta se me echó prácticamente encima; con euforia de una mujer, que sabe se irá a casar con el hombre que ama.

La propuse a Mareta casarnos por el juzgado, quedándose un poco indecisa; pero cuando la apunté, que sería mejor casarnos, también, por la Iglesia la cambió la cara a un estado sonriente.

Saqué del bolsillo de la chaqueta una buena gema de mucho quilates; y arrodillándome ante ella, la hice la proposición de matrimonio.

WILLIAN -. Marta, ¿te quieres casar conmigo?.

MARTA -. Sin diamantes ó con ellos: Sí me quiero casar contigo.

Fundiéndonos en un abrazo de amor interminable; para terminar sellando ése amor que fluía por nuestras venas, con un beso que nos elevó a la quinta esencia.

Sin hacer falta que nos prometiésemos; porque prometidos estábamos ya, en cuanto vivíamos juntos: Pero cerramos ése ciclo de años, en un sello de promesa amorosa, en cuanto nos íbamos a casar.

Yo tuve que ir al consulado de la Nación de mi mamá; que era EE.UU. Para reclamar la partida de nacimiento de mi progenitora, ya que el de mi papá le tenía; aunque hacía ya tiempo, pero valía aquella partida de nacimiento de mi papá en Grecia.

Como yo había nacido en España, era especial de nacimiento; pero entroncado con UU.EE y Grecia a la vez; así que debería tener una sola Nacionalidad en lo sucesivo.

Promesas infundadas; pues yo no hice nunca por elegir una de las dos nacionalidades: Aunque conocía más a EUA, por haber ido más veces a la gran bonita Nación, de los Estados Unidos de América del Norte.

Sí, dos personas nacionalizadas en España; ya que tuvieron la suerte de ingresar como funcionarios, dentro del Estado Español: Avaladas por una persona de ése mismo estado, para tal término.

En cuanto a la boda: No faltó de nada; más bien sobró de todo. Respaldado por el dinero que nos había tocado en la lotería; no tanto como a mis papás los tocó, en aquel tiempo, pero sí un buen montante de dinero.

LAURA -. William, Marta. Nosotros nos tenemos que ir al lugar de nuestro trabajo.

MARTA -. Os agradecemos que os hayáis quedado con nosotros dos días más; después que hubiésemos celebrado la boda.

LAURA -. Mañana, tengo una conferencia en una sala de abolengo cultural.

WILLIAN -. Muy bien Laura. Os quedamos totalmente agradecidos.

Así fue como se dio fin a la fiesta y a la ceremonia de la boda entre, Marta y yo. Al parecer los había dado envidia a Sebastián y a Laura; pues así, que en pocos días recibimos la invitación de boda de nuestros dos amigos.

Aquella nota nos invitaba para que estuviésemos en la ceremonia nupcial en la Iglesia y posteriormente en el banquete, que tenía lugar en un buen restaurante de aquella bonita Ciudad.

Pero como teníamos bastante tiempo para asistir a tal ceremonia; Marta y yo, decidimos darnos un regalo: Ir de crucero por las islas Griegas y así poder conocer mejor la Nación de mi papá.

Preciosas, bonitas, encantadoras todas las islas en donde amarramos y echamos el ancla, en aquellos paisajes terrenales.

Sus habitantes eran simpáticos, aunque no alegres; dando amistad sincera, para sellar con ella una buena convivencia entre todos ellos.

Eran sinceros y racionales; aquellas personas, por eso he dicho que no eran alegres, aunque siempre había una sonrisa en sus caras: Y si los

hacíamos caso, nos traíamos a casa todo lo que nos ofrecían aquellas personas; que no era poco.

Como teníamos que esperar tres años, antes de vender el palacete y hacernos de una preciosa fortuna de dinero; estábamos deseosos de que pasasen ésos tres años: Ya que la conservación del bello inmueble era mucha.

A eso se sumaba la conservación de la casa de mis papás: No queriendo yo venderla por motivo personales; pues ahí tenía yo todos mis recuerdos de mi juventud. La añoranza me inducía a no vender aquella casa, fuese como fuese.

Aunque veía, que se me iba mucha parte del dinero que había ganado en la lotería; pensando, que ya lo obtendría el día de mañana, cuando vendiese el palacete: Y tal vez con sumos beneficios.

La vida transcurría entre el mucho trabajo; pero a la vez, muchas diversiones. Siempre había lugar para evadirse un poco del mucho trabajo y expandir el Espíritu en un derroche de diversiones; que siempre viene bien a la persona humana.

En una de ésas diversiones me vi envuelto en un conflicto entre dos bandos opuestos; mientras el primero apoyaba a un equipo de fútbol, el segundo apoyaba a otro equipo; llegando a conocimientos de mis jefes: Llamándome el jefe de mi trabajo. Amonestándome por el comportamiento que tuve el otro día. Y aunque quería explicarle cómo pasó todo, con

respecto a mi persona, no me quiso oír; ya que había habido un correctivo, por parte de la administración contra mi persona, al encontrarme donde no tenía que haber estado.

Ya en casa me preguntó mi mujer, Marta, por lo que me había pasado en el trabajo; ya que ella misma había visto dirigirme yo al despacho del jefe.

MARTA -. ¿Qué te ha dicho el jefe?.

WILLIAN -. Arengarme de mi comportamiento el otro día y a la vez alertarme para que no vuelva a pasar, nunca más.

MARTA -. ¿Por qué?.

WILLIAN -. Para que no me encuentre en ninguna otra reyerta.

MARTA -. ¿Nada más?.

WILLIAN -. Nada más.

Marta se calmó un poco al ver que yo la estaba diciendo la verdad; pues no me veía excitado para nada y sobretodo no me veía con ése nerviosismo, con el que se encuentra la persona que no dice la verdad.

Todo quedó en eso: En agua de borraja dentro de casa; aunque yo tuve que pagar una multa por incluirme dentro de las personas de aquella reyerta, hablando sobre fútbol.

A poco tiempo se casaron Sebastián y Laura; dando un banquete opíparo. Teniendo que ir los invitados de librea y el personal que servía y de etiqueta, así como vestidos largos y pamelas las señoras.

Sintiéndonos felices, las dos parejas en la vida; a la espera de tener descendencia, que tanta alegría llega a la casa donde hay niños.

“No hay dos sin tres” y desde luego no lo hubo; pues ésta vez recibí una nota del mismo extorsionista, pidiéndome que le traspase los derechos de una parte del palacete: Ya que él había puesto un dinero para su compra.

Apto seguido me fui al banco para que me aclarase bien, quién fue el que compró el palacete.

SR. VENTANILLA -. ¿No tiene usted la compra-venta?.

WILLIAN -. Sí la tengo.

SR. VENTANILLA -. ¿Y qué?.

WILLIAN -. Al nombre de mi papá.

SR. VENTANILLA-. Entonces no hay problema. . . Un momento. . .

Dejando la ventanilla aquel empleado del banco, salió derecho para el despacho del señor director de la sucursal de aquel banco.

Mientras tanto se me arrimaron otros dos empleados del banco, para saber qué me pasaba: Cual era mi problema.

Explicándome yo lo que me pasaba con una persona a la que yo no conocía.

SR. EMPLEADO -. ¿Qué tiene usted en las manos?.

WILLIAN -. Una nota que me ha mandado un señor.

SR. EMPLEADO -. ¿Me permite verla?.

WILLIAN -. Sí: Tenga usted.

La leyeron, aquella nota, entre los dos empleados del banco, apuntando el otro empleado algo que me cogió por sorpresa.

SR. EMPLEADO-2 -. ¿Ésta letra. . . ?. . . .

SR. EMPLEADO-1 -. ¿Qué pasa con la letra?.

SR. EMPLEADO-2 -. La máquina, pluma olivote cincuenta y seis, tiene un fallo en la a.

SR. EMPLEADO -1 -. ¿Y qué?.

SR. EMPLEADO -2 -. Una igual recibimos hace tiempo; reclamando unos derechos que no le correspondían.

En estos momentos llegó el empleado de ventanilla, suplicándome una cosa.

SR. VENTANILLA -. Le requiere el señor director de la sucursal bancaria.

Reteniéndome el empleado del banco que leyó la nota.

SR. EMPLEADO -2 -. ¡Un momento!.

Entregándole la nota al señor de ventanilla; explicándole lo que él veía en aquella nota. Cogiéndola se dirigió, otra vez, al despacho del señor director; para salir momentos después de aquel despacho, pero ésta vez sin nota. Entrando yo en el despacho del señor director; para que me explicase bien lo que estaba pasando con aquella persona, dueña de la procedencia de aquella nota.

El señor director haciendo uso del ordenador, me informó, acto seguido; que había sido mi papá el que había comprado el palacete.

SR. DIRECTOR -. A su padre le tocó unos buenos millones, en la lotería; siendo él el que compró el palacete: Los extractos no engañan, ni los asientos apuntados en los libros tampoco.

Mandando a sus empleados que buscasen los movimientos bancarios de mi papá, los que hizo en aquella época.

No habiendo equivocación alguna, de que mi papá fue el que compró el palacete, sin ninguna clase de ayuda exterior.

SR. DIRECTOR -. Es obvio: Esto es un caso delictivo.

WILLIAN -. Iré al juzgado para denunciarlo.

SR. DIRECTOR -. No: Vaya primero a la policía, ellos darán cuenta al juzgado.

Así fue, pues al requerimiento del juzgado; ya sabía de lo que se trataba. Reuniendo a tres abogados judiciales; oyéndolos yo decir. . .

-. Es un principiante -.

Mientras tanto el buen socio a quién correspondía aquella nota; habiendo recibido una similar, con un fallo en la a y al formar un juicio paralelo, sospecharon los tres jueces, que aquel señor era un principiante. Y aunque no se ponían de acuerdo durante el juicio; buscaron la fórmula exacta de enjuiciar aquel señor: Al uso de dar la explicación el magistrado, ésa emoción que todo lo aturulla por las prisas.

JUEZ -1 -. Está claro.

JUEZ -3-. Es un chantaje.

JUEZ -2 -. Es una coacción.

JUEZ -1 -. Si es sobre una materia: Bienes, muebles ó inmuebles; esos es extorsión.

JUEZ -3 -. Aquí veo yo amenaza y difamación; más bien de palabra.

JUEZ -2 -. Veo una acción directa e inmediata.

JUEZ -1 -. Sí; señorías; pero todo ello se resuelve en un hecho sobre cosa material, el palacete: Es una extorsión. Aplicando yo el Artículo 243 de la Ley Orgánica 10 del veintitrés de noviembre del año 1995. En cuanto al correctivo que tiene que sufrir éste señor imputado en la causa, le aplico el Artículo 244 con 192 meses de prisión.

Así se resolvió aquella extorsión, que me estaba haciendo un señor por su cuenta.

Como Marta había permanecido al margen de ése proceso; la tuve que explicar yo el contenido del mismo, de tal manera; que hubo parte que lo entendió mal: Lo mismo que yo lo había entendido.

Yo me di cuenta, que Marta no durmió en tres días; teniéndola que llevar yo al despacho de un magistrado que había presido aquel juicio para que se lo explicase bien: Quedando Marta bien enterada de lo que fue el juicio, durmiendo satisfactoriamente aquella misma noche.

Nada más que nos vieron, Sebastián y Blanca; nos preguntaron por nuestro paradero.

SEBASTIÁN -. ¿Dónde andáis?.

WILLIAN -. Nosotros, en nuestra casa.

BLANCA -. Qué difícil es eso.

MARTA -. ¿Por qué?.

SEBASTIÁN -. No dejamos llamar en vuestra casa y allí no responde nadie.

Tenía razón nuestros buenos amigos; puestos que nosotros estábamos poco en casa, debido a un proceso judicial.

Quitándole hierro, Marta, a ésa manera de intención que tenían los amigos, por saber nuestro paradero.

MARTA-. A decir verdad; hemos estado visitando éstos bonitos contornos, que tiene ésta hermosa Ciudad.

BLANCA -. ¡AH!.

¡Claro que sí!: sí habíamos estado en todo el contorno de la Ciudad, por lo menos, tres días; ya que los juzgados se encontraban a las afuera de la Ciudad

Tres días agobiados al máximo; y menos mal que el buen amigo y compañero de papá, Alejandro, declaró no haber visto nunca a dicho señor: Ni si quiera sabía que fuese conocido por mi papá.

Pero en fin; aquello terminó favorable para mis intereses económicos y no para los de aquel señor.

En contraposición, decidimos embarcarnos en un crucero mediterráneo, yendo de costa a costa, por todas las naciones que tenía prevista la escala aquel buque.

¡Un crucero!; sí, un crucero económicamente barato; no despilfarrando mucho dinero, por si algún día nos hiciese falta.

En dicho crucero conocimos un matrimonio muy simpático; tanto era así, que con ellos no había medio de aburrirse: Y aunque eran de nuestra misma edad: Aquellas dos personas se movían con gran soltura por el buque; sabiendo dónde había tal ó cual atracción.

Recordando, que el segundo día de crucero, de los siete que teníamos en cuestión; nos llevaron a una sala de fiesta donde tuvimos que marcarnos los pasos; bailando hasta muy entrada la madrugada: Hasta caer agotado en la cama.

Pese a que el buque se movía un poco, nosotros dos, Marta y yo, no lo notábamos: ¡Claro!, si estábamos bastante agotados.

Adrián y Andrea, que era como se llamaban aquel matrimonio; nos vinieron a buscar a primera hora de la mañana, ya que habíamos tenido suerte al atracar el buque en el muelle de aquella preciosa Ciudad.

Y como nos habían concedidos el amarre del buque a primera hora en el muelle de aquella gran urbe; teníamos que aprovechar para visitar todos los rincones y vericuetos de aquella hermosa Ciudad.

A penas nos lavamos y sin desayunar, salimos tierra a dentro como sonámbulo por la noche acarreada, dentro de los bailes que celebraban en el buque; amén de que eran horas de estar en “Cuatro seños”.

Pues, ¡qué bien!: Pateando aquella bonita ciudad de temprano; así que no existían muchos lugares que poder ver algo, ni que tomar nada.

Por fin vimos abierto un establecimiento, en donde se veían a personas durmiendo en las mesas, con la cabeza apoyada en las mismas.

Nos miramos los cuatro y sin haberlo pensado, nos entramos en aquel lugar de bebidas y comidas, sin saber dónde nos encontrábamos.

¡Encontrábamos!, Yo comencé a oler una especie de sustancias opiáceas, de tal manera que me iban elevando el sentido, a otro grado de exaltación temeraria.

Sí; porque me encontraba casi mareado, pese a que estábamos desayunando unas pastas y un te cogidos de los montes, según el señor del establecimiento.

Al salir de aquel establecimiento, di una inspiración bastante fuerte, queriéndome caer redondo al suelo; pues mi cuerpo no aguantaba tanto oxígeno en los pulmones: Los tenía congestionados, por aquel humo y olor,

como salían de las bocas de aquellos comensales del establecimiento, donde nos sentamos, aquella mañana para almorzar.

WILLIAN -. Adrián: ¿Sientes igual que yo?.

ADRIÁN -. Por supuesto; estoy como mareado.

No nos habíamos dado cuenta y al mirar para atrás, vimos a las señoras arrojar todo el desayuno cerca de una fuente, por haber tomado bastante agua.

Nos fuimos hacia ellas, asistiéndolas en su mal estado de cuerpo; y al ver una farmacia abierta nos hicimos explicar, de tal manera, que nos entendieron por a ver en ella una persona que hablaba nuestra lengua.

ADRIÁN -. ¡UF!; chico: Qué mal lo he pasado.

Ya podía hablar de ésa manera Adrián, una vez que se había despejado su cabeza.

MARTA -. No vuelvo más, en estas circunstancias.

¿Qué circunstancias?; si allí no había circunstancias, solamente un crucero, en donde se podía decir: ¡Sálvese quién pueda!.

No pudiendo reclamar nada; si era muy barato aquel crucero. Cada escala que se hacía, nos dejaban a nuestro propio albedrío.

Uno de esos siete días de crucero; nos encontrábamos en una ciudad cosmopolita, en donde cada persona era de un sitio diferente a la otra, en donde la manera de pensar y hasta las costumbres rayaban lo increíble; por ser infinidad de costumbres y diferente manera de pensar.

Pero también era diferente manera de ejecutar los actos; hasta los actos delictivos eran agradables a la persona que los sufrían.

Vino de frente a nosotros un chaval de corta edad, intimidando con una pequeña navaja; no más de tres centímetros su hoja.

CHAVAL -. ¡EH!, macho. Dar-me todo lo que tengáis.

WILLIAN -. Mira que hoy llevamos poca cosa.

Aquel chaval haciendo ademán de querernos pinchar, nos alertaba pinchar para que nos vaciásemos los bolsillos.

CHAVAL -. ¡Venga!, venga; que tengo a mi madre enferma y necesito medicamentos.

Yo miré hacia el frente, viendo una farmacia abierta; así que intenté calmar a aquel niño, sin a penas conseguirlo: Pues su dolor era mucho.

WILLIAN -. ¡Quieto!, chico.

CHAVAL -. No puedo.

WILLIAN -. ¿Sabes cómo se llama el medicamento que toma tu madre?.

Nos sacó el prospecto del bolsillo, entregándoselo a Marta y no a mí.

Y ésta a la vez me lo entregó a mí.

WILLIAN -. Vente conmigo; pero antes guarda ésa navaja en tu bolsillo.

CHAVAL -. ¿Por si cree el señor farmacéutico que yo te estoy obligando?.

WILLIAN -. Justamente; así es.

Y ya, en nuestra Ciudad de origen, siguió la vida tal y cual era, en ella todos los días.

Los días de diario, del trabajo a casa y de casa al trabajo; hasta llegar el sábado; que era nuestro día de relax, evadiéndonos de tanta presión corporal, como teníamos del trabajo ejecutado durante la semana.

Pero cosa curiosa: Marta no olvidaba los días que pasó en la ciudad donde habían vivido mis papás y tampoco olvidaba la casa de mis papás; siendo yo todo lo contrario: pues lo que no olvidaba era el palacete; ya que en tres años le tendría que conservar y adecentar a la manera de mis fuerzas económicas.

No sé si podría hacer frente a la conservación del palacete; pues en esos días tuve un problema dentro de mi casa: Se había roto una cañería de agua y como ésa conducción de agua era antigua; tuve que cambiarla por otra más moderna, de goma. Levantando el suelo de mí casa para tal fin.

En fin; que se me fue un dinero, que yo no esperaba gastar en aquellos tiempos: Tiempos de hacer frente a dos casas, a la de mis papás y a la mía, así como al palacete.

Un día no pude resistir más, yéndome a una agencia para que me vendiesen el palacete; ya que tenía parte del tejado en malas condiciones.

Siendo mis perspectiva totalmente contrarias a mis intereses; pues hacía ya nueve meses que lo tenía puesto a la venta el palacete, no habiendo preguntado nadie por el. No es que me inquietase, aquella espera para vender el palacete; es que me estaba poniendo totalmente nervioso perdido, sin ninguna clase de sosiego. Pues si aquello se alargaba, todavía, más; tendría que desembolsar una cantidad, no alcanzada a mi bolsillo.

Como la suerte llega sin llamarla, un día me encontré con un señor, conocido de mis papás: hablándome éste de hacer uso de un consorcio con su mujer.

WILLIAN -. Consorcio; me ha dicho usted.

SEÑOR -. Sí, le hablo de un consorcio.

WILLIAN -. ¿De dónde es usted?. Del noroeste de la Nación; en donde hay un buen consorcio.

Me habló que como intento único en los procedimientos de suspensión de pago y como comisario; prestaba la ayuda el patrimonio de consorcios, según la Ley Orgánica 22/2003 del 9 de Junio, concursal.

Me le quedé mirando a los ojos a aquel señor; para saber si me estaba diciendo la verdad, ya que yo no le conocía.

No obstante copié todo lo que él me dijo, dándome su tarjeta; sabiendo yo que había pertenecido a algún consorcio que él me hablaba.

La suerte; pues sí, ¡la suerte!, llega para quién no la busca y aunque no la quiere buscar, me fui al banco con tal información.

BANQUERO -. Usted tiene que donar su palacete a dicha Entidad para que le ayuden en un tiempo prudencial.

Me quedó descolocado del todo al oír lo que me estaba diciendo aquel señor, respondiendo de inmediato.

WILLIAN -. ¡AH!; no señor. Yo lo que quiero es que se me ayude para poder soportar una obra en mi palacete.

BANQUERO -. ¿En el de su padre?.

WILLIAN -. Sí, señor.

BANQUERO -. Le entiendo. A usted lo que le hace falta es que se le ayude.

Vi el Cielo y la Gloria en aquella palabra, ayudar; sin oír nada más por írseme los sentidos detrás de aquella bonita palabra, sin oír nada más; aunque aquel señor siguió hablándome.

BANQUERO -. ¿Me escucha usted?.

WILLIAN -. Dígame.

BANQUERO -. Su palacete tiene insignias y blasones, tiene también escudos en la fachada de su heraldo, tiene escritura de nobleza en su construcción. . .

WILLIAN -. Sí, señor. ¿Y qué?.

BANQUERO -. Se le puede conceder un crédito blando, a bajo interés.

WILLIAN -. ¿Con qué idea?.

BANQUERO -. Para que abra usted un hotel en dicha propiedad. Así que le aconsejo que pida usted bastante cantidad en el préstamo.

WILLIAN -. ¿Y por qué no un parador turístico?.

BANQUERO -. Pues entonces estamos en el concepto que usted tiene apuntado.

WILLIAN -. ¡AH!; no señor: Yo no doy nada.

Parece ser que dicho palacete estaba protegido por una Ley, para ser ayudado. Y para que no me confundiese más, no me dijo cual era aquella Ley que ayudaba a las casas con linajes.

Rellenándome los empleados toda clase de impresos que me hacía falta en dicho préstamo.

No tardó llegar la aceptación de aquel préstamo que yo había pedido sin contemplar las consecuencias del mismo, por ser una bonita cantidad de dinero; para abrir en el palacete un hotel. ¡Consecuencia!: si me salía mal, me quedaba hipotecado para toda la vida.

Me enteré por casualidad, que aquella Ciudad, donde vivían mis papás; quería más hoteles.

Lo cierto era, que yo acepté el préstamo, preparándome para hablar con mi mujer Marta, copropietaria de aquel préstamo tan voluminoso en cantidad dineraria.

MARTA -. Ni con tu paga y la mía, hacemos frente a dicho préstamo.

WILLIAN -. Sí, mujer; ¡ya verás!.

No sé que iba a ver en aquel préstamo; si a tal suma de dinero correspondían unos intereses, enormes y eso a lo primero, que cuando

comenzase a pagar más capital que rédito, ¡ya veríamos!; si acaso no funcionase bien el hotel, no sabiendo cómo íbamos a salir de tal atolladero.

No quería saber ni si quiera cuantos año firmé yo ése préstamo; hasta que bajé la vista al impreso y: ¡OH, Dios!; si era para casi toda la vida.

Así se encontraba mi mujer Marta, toda ella aterida de los nervios sin a penas hablar una sola palabra: Sus gestos eran autómatas y pocos dominados por ella.

El pelo se la estaba poniendo blanco y los dedos amarillentos: Si eso seguía así, no sabía yo qué iba a ser de Marta.

Yo era el más centrado en pensamientos; como se dice, “El más entero”, así que la conformaba a Marta hablándola de que, otros matrimonios han pasado por eso mismo: Por sostener un préstamo tan enorme como el nuestro y habían salido a flote en la vida.

MARTA -. ¿Sí?.

WILLIAN -. Desde luego que sí, cariño mío.

Con mis palabras y con mis hechos, poco a poco fue calmándose Marta; atendiendo a su trabajo con más fuerza y ahínco que nunca. Parecía que había comprendido el problema, que teníamos, a la perfección.

Lo que pasaba; que el préstamo no nos comprendía a nosotros, pues dejaba los recibos como en un suspiro: Pasándose enseguida los meses.

No dábamos abastos para tantos plazos de aquel préstamo, en forma de recibo mensual.

Pero como al fin, el hotel comenzó a funcionar; ya era otra cosa aquello: Sacando los fondos de los resultados que producía la caja. Sí, porque nosotros nos constituimos en caja por la empresa que habíamos formado. Dichas cajas estaban todavía tipificadas por Ley, en aquel tiempo.

Tanto era así; que al principio de todo, nos llamó el banco, diciéndonos el abogado y hasta el arquitecto qué teníamos que emplear para la construcción del hotel. Yendo al juzgado y hasta a Hacienda para obtener el número identificativo del consorcio familiar.

Los empleados cobraban por caja y los operarios; tanto los gastos ó los del banco se hacía a través de ella, de la caja.

La facturación no existía: Había unos asientos de débito, crédito, ó de debe y haber bien detallados, con unos contables serios y bien ordenados.

Así que el salario de los empleados aumentaba, años tras años, según la cadencia ó coste de la vida; teniendo a todos los empleados a gusto en su puesto de trabajo.

Era una orquestación la manera de llevanza de los libros y la parte contable; sabiendo, en todo momento lo que se debía, así como los ingresos y pagos del hotel.

Pero con todo y eso, un día me llegó el jefe de contabilidad alegando que faltaba el dinero, en efectivo, de una partida, desembolsada por parte de un grupo de jubilados.

Yo estaba escéptico por aquella noticia; ya que no podía ser eso, tal y como lo estaba contando el jefe de los contables; ya que no se nos pagaba la estancia de las personas de la tercera edad, hasta meses más tarde.

Le quise calmar a aquel señor, no teniendo yo éxito en mis explicaciones, dadas a mi empleado de contabilidad; ya que aquel señor se encontraba muy afectado por haberle desaparecido una cierta cantidad de dinero de la caja: Cosa que eso era en efectivo, indudablemente.

Le apunté una pesquisa, para que punteasen todos los asientos y así poder saber si se había cogido un asiento mal ó se había dado un baile a los números.

Y efectivamente, a poco tiempo me llegó el jefe de contaduría pidiendo toda clase de perdones, por haberse encontrado un baile en los números de unas partidas; y como coincidía con el montante dinerario, que tenían que desembolsar una región por las personas de la tercera edad, se achacó que podía ser la misma partida de la que se estaba tratando.

Creí que estaba salvado en aquel día: Todo lo contrario; pues me llegó un señor de la sección administrativa, con un recibo encontrado en un archivo que no correspondía. No correspondía, ni el día, ni el mes, ni el año donde se había encontrado dicho recibo.

La fecha estaba por vencer, para ser cobrado; así que hice revisar todos los archivos, uno tras de otro. Pero como dicho recibo, costaba de hacía ya algunos años, tuvimos que pedir un extracto al banco, con carácter de urgencia.

Aquel recibo estaba pagado y bien pagado; pues nos lo habían hecho efectivo en el mismo banco, al presentarle un cheque extendido a nombre del hotel. Y cosa curiosa, costaba en el cheque, también, mi nombre y apellidos. El banco nos pasó el ingreso del pago de aquel cheque, que había extendido un cliente a nuestro cargo, en el debe. Y como nosotros lo teníamos en el haber; todavía estaba debiendo dicha cantidad de dinero aquel cliente.

Eran pocas cosas las que sucedían en aquel tiempo, en las partidas de los libros, hablando más bien del diario.

Recibía algún que otro disgusto por extraviarse un impreso pago, Entre los otros impresos ya cotejados.

Al hotel acudían toda clase de personas; Un día llegaron unos atletas acuáticos al hotel, con idea de hacer alguna exhibición en la piscina olímpica que había en aquella bonita Ciudad.

Y hay que ver lo que es la vida: Yo no soy muy enamorado; pero en ésta ocasión me quedé prendado por una chica esbelta, de talle enjuto, con piernas hermosas y sonrisa de princesa.

Aquella noche me desvelé pensando en aquella chica, que había llegado aquel mismo día al hotel. Y aunque no sabía yo nada de ella; no hacía más que pensar en aquella chica tan bonita de cara y con unos gestos muy femeninos.

Muy temprano, a la mañana siguiente, ya estaba yo aseándome en el baño de mi casa, con la sola idea de ir al hotel para ver, cuanto antes, a aquella chica.

MARTA -. ¿Dónde vas tú tan temprano?.

WILLIAN -. Quiero pasar, antes de ir a mi trabajo, por el hotel; ya que se ha detectado un impago.

La respuesta que di a mi mujer Marta fue contundente, pero no sabía yo si eso la había convencido; ya que cuando había algo así, me llamaba el jefe de contaduría.

En unos momentos estaba en el hall del hotel, viendo salir al grupo de atletas acuático para estrenar. Divisando pronto aquellos ojos grandes y hermosos, como la Luna.

Con andares de una reina, con olores de albahaca y pelo a lo torero, con una melena caída sobre la espalda.

WILLIAN -. ¿No quieren ustedes desayunar?. Yo lo voy hacer.

Aquella chica se volvió sobre sus pasos, agradeciéndome ése desayuno que yo los estaba brindando a todo el grupo de atletas acuáticos.

Y en su lengua, me agradeció la invitación que los estaba haciendo; quedándose solamente ella sentada en la mesa, tomándose el desayuno conmigo, en son de buena amistad.

Pero en estos momentos pasó el jefe de contabilidad a tomarse un café en el restaurante del hotel, viéndome muy amable con aquella chica. Solamente se limitó a darnos los buenos días.

JEFE CONTABILIDAD -. Buenos días tengan ustedes: ¡Señor William, señorita!

WILLIAN -. Buenos días, señor Ambrosio

No se volvió a cruzar palabra alguna entre el señor Ambrosio y yo, Viéndole al jefe de contabilidad sentarse en una mesa apartada de donde nosotros dos estábamos, aquella chica y yo.

Pero al oír mi nombre aquella chica, se envalentonó un poco; y en su lengua y entre medio hablando español me preguntó si yo era de EUA.

WILLIAN -. ¡AH!, no señorita. La que era de los Estados Unidos del Norte de América era mi mamá.

CHICA -. Okay.

Nada más que se fue la chica con el grupo de atleta, me despedí con la mano del jefe de contaduría, saliendo lo más rápido posible hacia mi trabajo. Pasando toda aquella mañana pensando en la chica que yo había invitado a desayunar en el buffet abierto del hotel.

La mañana se me pasó pronto; pero cuando vi a mi mujer Marta cruzar por el pasillo, ya que yo tenía abierta la puerta de mi despacho, se me nublaron los ojos, a consecuencia de las lágrimas que echaba yo por ellos.

En ése momento tuve un brote de culpabilidad, por sólo pensar en aquella chica tan modosita y con tan buenos modales femeninos; así que cerré la puerta de mi despacho, saliendo raudo detrás de mi mujer.

Marta al verme correr detrás de ella, se paró para esperarme y saludarme de buenas ganas, propinándome un beso, que me supo a poco.

Aquel beso que me dio mi mujer Marta me hizo recapacitar un poco sobre la chica del grupo atleta. No debía llegar a más con ella, ni sobrepasarme sobre mis intenciones sexuales con aquella chica.

Pero aquella pasión que yo sentía por la chica, no se me podía borrar tan fácilmente de mi vida. Y nada más que la vi aquella misma tarde, saliendo del buffet abierto del hotel, supe que aquella chica podía ser mía.

Y sin esperarlo, ni tan siquiera preguntar por su nombre; supe cómo se llamaba, ya que un compañero suyo la nombró sin yo esperarlo.

Evelyn, que así se llamaba aquella chica: Teniendo más datos de entrada para poderla hablar correctamente, sin ninguna clase de sobresaltos algunos.

WILLIAN -. Evelyn. Me alegra verla, de nuevo.

EVELYN -. Yo también me alegro verle a usted.

Nuestra amistad estaba sellada; en aquellos precisos momentos, en que los dos nos alegrábamos vernos. Y sin esperarlo, iniciamos los dos el camino hacia la calle.

Saliendo del hotel había una calle enfrente del mismo y otra hacia un lateral de la fachada del hotel, no sabiendo si seguir calle arriba ó calle abajo, ó tomar la calle de enfrente ó la paralela al hotel. Viendo mi indecisión la chica, comenzó a bajar la calle, poco a poco, con pasos lentos.

Y entre que si en dicha Ciudad hace más frío que donde era ella, que si el tiempo de su Nación la gustaba más; por ser un viento moderado y no tan dañino, como el que estaba habiendo en aquella hora que íbamos hablando, aquella chica y yo, bajando la calle.

Pese a que ni siquiera la tenía cogida por la mano, llevándola calle abajo; volví a cruzarme con el señor jefe de los contables: Echándome éste

señor una mirada como de reproche por lo que yo estaba haciendo con aquella chica.

Una vez que la llevé al autobús, donde la estaban esperando sus compañeros de deporte, volví al hotel para ver lo que aquel señor, Ambrosio, me quiso decir con aquella mirada que me había echado momentos antes.

Pero aunque él me vio, no hizo por salir a mi paso; ya que yo me encontraba sentado en una mesa donde no había nadie en ella. En general, aquel día, había pocas personas en el despacho de los señores contables y cuando salió la última persona de aquel despacho, se me vino hacia mí el señor Ambrosio, con idea de decirme algo, para volver a entrar de nuevo en su despacho; siguiéndole yo al mismo despacho.

SR. AMBROSIO -. Tenga usted cuidado, señor William; no vaya a ser, que se encuentre con algo desagradable.

WILLIAN -. ¿Usted sabe algo?.

SR. AMBROSIO -. Me han contado.

WILLIAN -¡Dígame!.

En esos precisos momentos, se levantó el señor Ambrosio del asiento de aquella mesa, saliendo del despacho de los señores contables sin decir ninguna palabra más, sobre el respecto.

Me quedé sin saber qué me quería decir el señor Ambrosio; dándome hincapié para seguir pensando en aquella chica. Seguí con mi idea de verme a solas con Evelyn para iniciar una conversación, por lo menos; ya que otra cosa, no creía yo que tuviese lugar alguno.

Las casualidades son muchos y en una de ellas conseguí verla a solas a Evelyn; cuando iba atravesando un pasillo del hotel.

La puse la mano delante, para que no pudiese pasar sin decirme a mí nada; así que logré que se detuviese en su camino Evelyn, mirándome a los ojos; como queriendo ver en ellos un algo de nobleza en mi corazón.

La cogí de un hombro entrándola en una habitación de las innumerables que había en aquel pasillo.

EVELYN -. William: ¡Por favor!.

WILLIAN -. Tenemos que hablar.

EVELYN -. ¿No será del tiempo?.

No, bien sabía ella que no era del tiempo lo que yo quería hablar con ella a solas, en aquella habitación. Viéndola totalmente nerviosa.

Pero como yo seguía haciéndola con la mano, que se calmase y como empecé a decírselo con palabras, ésta chica se sentó encima la cama, tal igual que estaba, vestida.

Sin quererla tocar, para nada; comencé la plática, diciéndola algo que la calmó de inmediato: Poniendo todos los sentidos en mis palabras.

WILLIAN -. ¿Tú quieres trabajar en mi hotel?.

Bajó la vista Evelyn, en señal de sumisión; pues al parecer, aquella idea la estaba gustando mucho.

Sin más preámbulos, la empujé, con una mano, hacia la cama; echándose ella sobre la colcha. Y como me estaba presentando unas carnes rosadas, yo me dejé llevar y ella también; hasta el punto que me encontré encima de Evelyn, notándola todo su cuerpo.

Sin saber cómo la había desabrochado la blusa y yo medio me había desnudado: Sintiendo un desahogo imponente en todo mí ser; que relatar no puedo.

Mientras estaba encima de Evelyn, ésta alzó una pierna hacia arriba, totalmente recta; para preguntarme algo, que me heló las venas.

EVELYN -. ¿Qué valor tiene éste hotel?.

WILLIAN -. Como palacete, te lo diría; pero como hotel, lo tienen que decir los contables.

Hubo un tiempo, que allí no pasaba nada de nada; pues al parecer, solamente estaba pensando Evelyn. Queriendo yo saber en qué estaría pensando aquella señorita.

EVELYN -. Quiero un tercio de su valor, ó en consecuencia un tercio del edificio.

¡Acabáramos!: Ahora comprendía yo al señor Ambrosio, cuando me dijo -. Que me iría a encontrar con algo desagradable -.

Yo me levanté de la posición en la que me encontraba, al no ver tan inocente a Evelyn como parecía; pero ésta chica dejó entrever su forma genitales femeninos, con todo su esplendor.

Aquello fue un repulsivo para mí poca resistencia; ya que a penas ponía medios por medios, para no caer en un desorden monumental, dentro de mi querido y buen matrimonio con respecto a mi mujer Marta.

En ése mismo momento que la vi yo éstos genitales femeninos, me fui cayendo, poco a poco sobre ella; hasta que me vi totalmente tumbado sobre su cuerpo, notándola yo sus formas y sus atributos.

Pero al ver que no bajaba la pierna; conservándola totalmente erguida y recta hacia el techo de aquella habitación del hotel, desistí un poco; no dándola cuartelillo para que me chantajease tan impúdicamente, como lo estaba haciendo.

Ella me cogió del cuello acercándome más a su cuerpo, con idea de que consumásemos el acto, en forma de contrato legal.

No sabiendo ella, que ya tenía yo firmado un contrato legal con otra mujer, con Marta. Así que me alejé de ella, sin esperarlo tan siquiera la señorita Evelyn.

No se daba por vencida; y a ése gesto mío, llegó otro suyo, sentándose cerca de mí para seguirme hablando como una mujer que ya había capoteado a más de dos hombres.

WILLIAN -. ¿Qué quieres?.

Aquello que la dije yo me salió de lo más profundo de mí ser; viéndolo ella, ése gesto de sinceridad en mis palabras y en mis gestos. Dándola pie para seguir hablándome, en confianzas.

EVELYN -. Las relaciones afianzan a las personas.

WILLIAN -. Pero si no tenemos ocasión de ello: ¿Cómo lo ves tú?.

EVELYN -. Yo veo que tienes un hotel.

WILLIAN -. ¿Y qué?.

EVELYN -. No tienes suscrito un cajero de Correos.

WILLIAN -. Van a por la correspondencia mis empleados de la sección administrativa.

EVELYN -. Abre otro cajero. . .

Pero ésta vez lo abrí en la bonita Ciudad de donde habían vivido mis papás; para que no se me notase el ir y venir al cajero asiduamente.

Yo me retiré pronto al ver que aquella chica no había conocido varón alguno, era virgen. Pero al salir de aquella habitación, y antes que lo hiciese ella; me fui para el servicio de vigilancia del hotel, viendo allí a uno de aquellos empleados de vigilancia que estaba librando aquel día, con la sola idea de que entrase en la habitación y permaneciese allí hasta que llegasen la señoras de la limpieza: Y así fue, dando aquel señor testimonio de que había estado en aquella habitación con la señorita Evelyn. No pudiendo hacer nada Evelyn con su novio; pues hasta novio tenía la chica.

Mientras tanto, un día llegó mi mujer Marta alegre: Tan alegre llegó que no cogía en sí. No sabiendo yo las causas de aquella alegría, con la que había llegado mi mujer Marta a casa.

WILLIAN -. ¿Qué te pasa?, hija.

MARTA -. Te lo demostraré con un impreso, lo que me pasa.

WILLIAN -. Está bien.

MARTA -. ¡Ya verás!.

Sin decirme nada, se fue para donde había dejado su bolso y abriéndolo me entregó un impreso que yo no comprendía. Apuntándome ella con el dedo índice a un apartado, donde ponía; Positivo.

Yo me la quedé mirando, creyendo ella, Marta, que yo lo había comprendido todo; pero más bien era todo lo contrario: Así que no me quedaba otra solución, que volver a preguntar a mi mujer, Marta, por el significado de aquel impreso.

WILLIAN -. ¿Qué significa esto?.

MARTA -. Está claro.

Y cogiendo con la manos aquel impreso, me seguía señalando donde ponía, positivo.

Positivo, ¿De qué?: Sería que mi mujer estuviese mala, o la doliese alguna parte de su cuerpo, No sabía yo muy bien de qué era aquel positivo, si tal vez de. . .

MARTA -. ¡Hijo!: Qué poco comprendes.

Yo ya me estaba poniendo nervioso del todo, ya que allí había un misterio, al no explicarme Marta de qué se trataba.

Marta dio tres pasos hacia atrás y tomando aire en los pulmones, intentaba decirme, con todas sus fuerzas algo.

MARTA -. Estamos embarazados. . . ¡Que lo sepas!.

Claro que lo empecé a saber; una vez que Marta me lo dijo a voces y con suma alegría: Que se encontraba embarazada.

La abracé, la besé; pegando saltos de alegría y dándole las gracias por haberse quedado embarazada: ¡Vamos!; que no sabía lo que hacía, en aquellos precisos momentos de suma alegría para los dos.

Sin falta de tiempo llamé a los amigos, Sebastián y Laura, para que compartiesen con nosotros aquella noticia en forma de alegría supina y no poca.

Por la tarde, ya los teníamos en nuestra casa a los dos amigos, felicitándonos en nuestro nuevo estado de esperanza y de alegría simpár.

Quedamos para el sábado celebrar dicha noticia con Sebastián y Laura. Y a la espera de que llegase el sábado, nosotros dos, Marta y yo, seguimos nuestras vidas lo mismo que antes. . . no, ¡qué va!; no era lo mismo todo, así que tengo que desistir decir que seguían nuestras vidas igual que antes; haciéndome el valiente, cuando no lo era.

Siempre cambia una persona de modo de vivir, cuando está esperando a un hijo suyo, sangre de su sangre.

No me podía concentrar en mi trabajo, no veía el tiempo para que Marta alumbrase ésa criatura nuestra, de entre los dos.

Hasta llegó el sábado sin poder ver la cara a nuestro hijo; pues ya sabíamos que era un niño lo que traía Marta en sus entrañas.

Sí, llegó el sábado y con el una fiesta por todo lo alto, como se suele decir vulgarmente.

Como en donde estaba aquella sala de fiesta era en la calle más principal, me quise escabullir de mis amigos y de mi mujer al ver a Evelyn merodeando por aquellos contornos, cerca de aquella sala de fiesta.

Como con aquella señorita no pasaba nada, decidí entrar en la sala de fiesta como agotado; por a ver buscado a mis amigos por todas las salas de fiesta de aquella bonita Ciudad.

SEBASTIÁN -. ¿Qué te ha pasado?.

WILLIAN -. La concurrencia que hay en estas calles, me ha despistado de vosotros.

LAURA -. ¿Dónde has estado?.

WILLIAN -. Os he buscado por todas las salas de fiesta de ésta Ciudad. . .

Y creerme: Vengo agotado.

MARTA -. ¡Ya se te ve!, sí.

Marta dijo aquello en forma picaresca; sin saber que había estado con la señorita Evelyn, dando un paseo por aquellas calles tan hermosas y comfortable; aunque comfortable era el estar yo con aquella señorita, que tanta atracción física me provocaba.

Para colgar el medallón, en el acto principal de aquella noche del sábado, nos fuimos a cenar a un buen restaurante, encontrando allí al jefe de contabilidad del hotel; sentándonos nosotros cuatro en otra mesa diferente de donde estaba el señor Ambrosio, una vez que le había saludado, a él y a su señora.

Y como generoso se debe ser con los empleados de uno, yo pagué una buena botella de vino a dicho matrimonio para que rociasen las viandas que estaban cenando en aquella buena hora de gozo y placer.

Al salir de aquel restaurante, me despedí dándole con la mano, desde lejos, al señor Ambrosio y a su mujer.

Pero al llegar a casa hubo un rifirrafe entre Marta y yo, mejor dicho; solamente Marta llevaba la voz cantante en aquel desencuentro amoroso de entre ambos.

Aquella pequeña pelea, sin ninguna importancia, se saldó con dos besos que la di a mi mujer, Marta, calmándose ésta al verme tan cariñoso con ella.

MARTA -. Yo lo que quiero saber: ¿Qué has hecho sólo dando vueltas por las calles?.

WILLIAN -. Tú misma lo has dicho: Nada, hija; dar vueltas y vueltas por las calles buscándoos.

MARTA -. ¡Está bien!: No digas nada.

WILLIAN -. Yo te he dicho como ha sido mi despiste referente a vosotros.

Como ésa buena noticia, de tener un hijo, no se puede tener oculta; se lo comuniqué a mis compañeros de trabajo, felicitándome todos ellos y en la media hora del desayuno pedí permiso a mis jefes para poderlos dar a todos una buena “pitanza”, en forma de convite: Bebiendo y comiendo a dos carrillos, como se suele decir.

Todavía no me había quedado a gusto, invitándoles a todos, a la salida del trabajo, a un bar; para que compartiesen conmigo su alegría, y así los veía yo a todos ellos brindando, bebiendo y comiendo a costa de mi alegría, que también eran las suyas.

Pero al llegar a casa se me notaba ésa alegría en la cara y en todo mi cuerpo; ya que el vino no puede estar oculto para nada en una persona, siempre que lo prueba.

MARTA -. ¿Te parece bonito llegar como vienes?.

WILLIAN -. ¿Cómo vengo?.

MARTA -. ¡Mira!, ¡mira!: No te quiero decir nada. . . Pero si vuelves otra vez a llegar a casa así, no sé lo que te voy a decir.

Marta recortaba sus palabras para no dañarme en mis sentimientos; ya que si yo había llegado un poco alegre a casa, era a causa del bienestar que me producía saber que iba a tener un hijo.

¡Un hijo!; nada menos que un hijo, iba yo a tener con mi mujer Marta; así que al siguiente día me fui a la Ciudad a la oficina de CORREOS, para cancelar el buzón de apartado que había abierto en aquella oficina. Y como me habían pedido las causas por las que yo quería abrir un buzón de apartado, alegué que era para recibir los extractos del banco particulares míos.

DIRECTOR OFICINA -. Todavía no hemos dado curso a su petición; pero le diré, que si es por recibir la correspondencia particular de usted, lo puede dejar, si quiere saber la clase de correspondencia. . . “Particular” que recibe usted.

Aquello de particular, el director de la oficina, lo subrayaba un poco con la voz; para que yo me diese cuentas, que si era mi interés; que nadie supiese qué clase de correspondencia recibía yo, era la mejor forma de hacerlo. No dudando yo más, en cancelar aquella petición que había hecho

para abrir un buzón dentro de los apartados de aquellos buzones de Correos, en aquella oficina.

Al siguiente día llegué al negociado contable, viendo allí sólo a el señor Ambrosio, dándole a éste los buenos días; para irme a mirar por las ventanas de aquel despacho.

SR. AMBROSIO -. ¿Ha recapacitado usted?, William.

WILLIAN -. ¿Sobre qué?.

SR. AMBROSIO -. Sobre la chica que le desvelaba.

WILLIAN -. No quiero saber nada de ella.

SR. AMBROSIO -. Me alegra oír eso.

No hablé más con el señor Ambrosio y saliéndome del despacho de los señores contables me fui a mi verdadero despacho; ya en la primera planta del hotel.

Oí llamar a la puerta con los nudillos de los dedos, pidiendo yo a la persona que llamaba que pasase.

Era un señor de mediana edad y de estatura alta; pidiéndome una compensación por haber deshonrado el prestigio de la joven que yo cortejaba cuando vino a dicha ciudad.

WILLIAN -. ¿No sé de qué se trata?.

Pero acto seguido activé yo el botón del grabador de voz y llamé, por medio de otro botón a un abogado, para que presenciase dicha escena; puesto que no se podía llamar otra cosa a lo que estaba pasando allí, más que fuese un teatro en forma de comedia.

El abogado que tenía yo en la sección jurídica, comenzó a mover impresos y carpetas de un lugar a otro, haciendo que tomaba nota, de vez en cuando, de aquellos legajos de papeles y carpetas; pero en realidad estaba apuntando todo lo que decía aquel señor a favor de su clienta.

SR. ABOGADO -. Con su permiso, yo me retiro; y le reitero la fórmula jurídica 2 del 2011 del 22 de Marzo del Deporte y la Actividad Física. Y no olvide que hizo un seguro con una compañía de seguros, la señorita Evelyn.

Nada más salió aquel señor de mi despacho, se acercó a mí mi abogado, dándome instrucciones varias, así como: Aplicar la Ley 4 del año 2000 del 11 de Enero, en donde el deportista tenía que tener la nacionalidad española. Y también contemplar el reconocimiento sobre el deporte de alto nivel en la figura del deportista en el Artículo 23 del Real Decreto 971 del 2007 del 13 de Junio.

Evelyn no era española, ni tenía la nacionalidad española; por lo tanto tenía que ir por conducto de los juzgados de primera instancia, dicho requerimiento judicial, en contra de mi persona.

Aunque para decir verdad, el seguro quiso defender a su asegurada en parte del litigio personal que teníamos Evelyn y yo, en la medida que pudiese.

Llamé al señor que se le había cogido en la habitación, junto con Evelyn aquella mañana; quedando entre éste señor y los abogados de ambos grupos conformes en una multa dineraria.

Y cómo Evelyn era muy joven, al leer ¡dinero!; se la abrieron los ojos de par en par, según me dijo mi abogado: Así que todo se resolvió con un puñado de papeles de tráfico legal, en forma de dinero.

Y con todo y eso, tenía que dar gracias a que el señor de vigilancia del hotel se había puesto él como verdadero ejecutor de los actos enjuiciados. De ésta manera mi mujer, Marta, nunca sabría que había sido yo el que provocó aquel incidente con aquella chica.

No me quedó ganas de volver al ruedo, nunca más: No torearía yo tales toros que no sean de mi corral. Y para que ustedes me entiendan: no quedé con ganas de volver a las andanzas, nunca en mi vida. A cada cual, que la quieran los suyos.

Como el bebé no se podía valer por sí solo, tuvimos que hablar quién se quedaba con el niño, pidiendo permiso en nuestro trabajo; y como cada

uno de nosotros teníamos los pensamientos claros, se quedó que Marta cogiese los meses que daban de permiso de paternidad. Pero antes de un mes, se puso mala Marta, teniendo que contratar una nodriza, para que alimentase a nuestro hijo: Una mujer ajena a nosotros para que amamantase a nuestro bebé.

No quedando conforme con lo que nos decía el médico de cabecera, fuimos al especialista, al ginecólogo, para que diese su última palabra; y después de hacerla una ecografía y análisis, pudo ver que Marta tenía un bulto en el ovario, y para saber si era cancerígeno, la hizo un ultrasonido; detectando que era un tumor sebáceo; más bien de la juventud. No obstante lo mandó para analizarlo; teniendo que volver pronto si daba positivo y en caso que no fuese malo, el doctor la citó para tres meses más tarde: Así sabría el doctor si había crecido el tumor.

Cuando volvimos al ginecólogo, éste anunció que se lo debía quitar ése tumor y así quedar limpio el ovario afectado; cosa que se hizo lo más pronto posible: Después de darla unas explicaciones de lo que tenía que hacer Marta antes de la operación y en el mismo día de la operación.

La operación salió bien; pero Marta cogió una debilidad asombrosa, hasta el punto de no poder coger a su bebé en su regazo. Siguiendo el bebé amamantándose de la leche de la señora nodriza; pero cuando el bebé veía a su madre, la presentaba los brazos para que ésta le cogiese.

MARTA -. ¡No puedo!. William, no puedo coger a mi niño.

WILLIAN -. Tranquilízate, cariño. Lo mejor es que el bebé te vea cerca, no huyéndole para nada; aunque no le puedas coger.

El bebé seguía con la nodriza, amamantándose a más y mejor; llevando su niño a casa aquella señora, para también darle el pecho a su debida hora.

El bebé de Marta y mío la cogió bastante cariño a aquella señora; y mirando, de vez en cuando, para el otro niño, mi bebé le hacía figuras con la cara, en señal de caerle bien: Pues si el bebé de la señora tomaba el pecho a una hora, mi bebé lo tomaba a otra hora; viendo aquella criatura que de allí comían los dos bebés.

Como el niño la seguía enseñándola los brazos a su madre, ésta un día se atrevió a cogerle entre sus rodillas; demostrando que ya tenía unas cuantas fuerzas más que antes, cuando no podía sostener en las manos ni una cuchara.

Así que Marta cogía a su hijo de vez en cuando; hasta que un día la vi con el sobre su omóplato, con la cabeza posada en su hombro. ¡Alegría!, de alegría en mí ser; pues yo estaba suspirando de contento que me encontraba en aquella hora de visión: Viendo a su madre de mi hijo con él sobre sus hombros.

Aquello me estaba matando a mí cada vez que los veía juntos; pues si su madre no se pusiese totalmente bien, tendría yo que sostenérsele sobre su regazo para que el bebé se hiciese a su madre y se pudiese rozar con ella sus carnes; ya que es produciente dicho acto, entre la madre y el hijo: pues ella comenzó a darle el pecho.

Con tanta rapidez se puso buena Marta, que nos quedamos sin nodriza; dándole el pecho Marta al bebé. Comenzando a salir de excursión por los alrededores de aquella gran Ciudad; sobretodo por el campo y algunas que otras sierras cercanas a la gran urbe, viéndole crecer al niño muy feliz entre nosotros, sus padres.

Una mala notita tenía esperándome un día que hubiera llegado de esas excusiones a la sierra; pues una nota de pésame tenía encima del taquillón de entrada, puesta por una domestica de mi casa.

Con mucho cuidado y teniendo algún que otro reparo en aquella nota, la abrí y vi en ella la fecha del sepelio del compañero de mi papá, Alejandro; teniendo que ir al sepelio, en la Ciudad donde vivieron mis papás, para dar el pésame a su familia.

Mientras yo iba por la carretera, pensaba en lo felices que habían sido mis padres, gracias a personas como el señor Alejandro y otras cuantas más; al dejarle hacer sus tareas sin excitación personal y con todos los sentidos posibles, puestos en su trabajo.

Al llegar a la Iglesia, donde estaba siendo el sepelio del señor Alejandro; en vez de calmarme, me dio por echar alguna que otra lágrima; al acordarme de los paseos que daba mi papá seguido por mi mamá. También me acordé del acantilado, yendo a ése sitio nada más que terminó el duelo. Viendo que me seguía alguien mis pasos y para despistarme, me entré en un salón dónde se celebraban catering.

Me había mezclado entre los comensales que había en una primera Comunión; para de allí escabullirme hacia la puerta de salida, donde sale el personal doméstico.

No sé quién sería aquel señor que me seguía los pasos: Pero al pensarlo mejor, tal vez conociese a mis papás y yo le había driblado, perdiéndome a buenos pasos.

Y, ¡OH!; el acantilado: No sabía yo cómo había subido yo a el, teniendo pocos años. Si ahora yo no era capaz de subirme por aquellas rocas hacia la meseta del acantilado; pues ya sabía yo, que en su cumbre había una especie de meseta, cayendo, hacia el otro lado, un poco flexible y no con tanta altura: Pues se podía bajar bien desde ésa parte donde les estoy contando.

No era yo de dejar una cosa pensada por mí, así que entré un pie en la orilla del mar, donde daba al acantilado, recibiendo un golpe de agua por la fuerza que traía la ola que me estaba haciendo vacilar en mi intento.

¡Qué va!; que va; yo no me echaba para atrás por nada. Así que descalzándome del todo, comencé mi camino, a través de las olas hacia el acantilado, como había hecho mi papá en su tiempo. En vez de ir a dónde el acantilado se unía con la tierra, yo aludía la gesta de pequeño, y en un momento una ola me hundió en aquellas aguas embravecidas y agitadas por el viento. Me quise levantar; mejor dicho, me quise elevar hacia lo alto del agua del mar, para poder respirar un poco.

Pronto me di cuenta, que yo sólo no podía hacerlo y sin haber nadie en aquel lugar, difícilmente conseguiría llegar a la superficie de la ola, ó del agua del mar. Ya que unas veces había olas y otras permanecía quieto ése mar en aquel lugar.

Comencé a oír unos ruidos enormes; pues empezaron a chocar las olas sobre el acantilado con más fuerza. Y no sé por qué, debajo del agua oía yo ése ruido con doble resonancia.

Invoqué a dos Vírgenes: Una era auxiliadora nuestra y la otra era la patrona de los suramericanos, a la vez que de alguna región de nuestra patria.

Con tanta fuerza imploré a ésas dos Vírgenes, que en un momento determinado, pude notar, que una mano me cogía por atrás de mi cuerpo, elevándome a la superficie del agua de aquel mar.

Cuando me pude desembarazar de aquel agobio que yo tenía en mis pulmones y en mi cerebro, vi en ésa persona al señor que me había seguido

los pasos, al salir del duelo. Sacándome aquel señor a la orilla, no con pocos esfuerzos.

Un momento, me puso bocabajo aquel señor, para que echase toda el agua que me había tragado de esos malos instantes de persona que no es ducha en pensar las consecuencias, al entrarme en ése mar embravecido.

Pero cuando me había despejado y se me habían quitado los nervios, miré hacia el señor que me salvó de una posible catástrofe; para darle las gracias.

WILLIAN -. Gracias, señor.

A penas podía hablar; así que me hizo un gesto aquel señor, con un dedo: Poniéndosele tapando su boca, para que no hablase.

SEÑOR -. No hable, por favor. Ahora, lo que tiene que hacer, es coger aire en los pulmones; ya me podrá, usted, hablar más tarde.

Haciendo lo que aquel señor me decía, conseguí respirar mejor y me volvió a entrar aire los pulmones y en el cerebro. Lo podía presentir con todo mis buenos sentidos, que Dios me había dado.

Aquel señor se despidió de mi yéndose de aquel sitio sin mirar para atrás; quedándome yo solo en aquel lugar tan peligroso para mí.

Como aquel señor me había dado su tarjeta, una vez que se había enterado mi mujer Marta, para darle las gracias personalmente; llevando una buena botella de whisky de lo mejor que se daba en los supermercados.

Cuando llegamos a la casa de aquel señor, la primera que nos abrió fue una señora mayor, que no se enteraba de nada, saliendo de aquella casa con la suerte de que cuando iniciamos el camino de vuelta a nuestra casa vimos llegar al señor que me ayudó a salir del mar.

Y una vez le saludamos en plena calle, volvimos una vez más a la casa de aquel señor, con la botella de whisky de lo más exquisito que se da en el comercio.

Salimos de la casa de aquel señor muy alegres; después de haber hecho amistad encantadora con Sebastián en la vía pública.

WILLIAN -. ¿Qué te trae por aquí y en ésta hora?

Yo sabía que Sebastián no era de pasear por aquellas calles tan apartadas del centro; quedándose Sebastián como sin saber qué decirme; pero pronto reaccionó, como una persona encantadora, como lo era él.

Diciendo a nosotros dos, Marta y a mi, que iba al médico; pero que no lo sabía su mujer Laura.

SEBASTIÁN -. Voy al médico; pero no difundáis esto que yo os estoy diciendo: Porque no lo sabe mi mujer Laura.

MARTA -. ¡AH!, no. Haz el favor de decírselo a tu mujer Laura; te lo digo yo.

SEBASTIÁN -. Muchas veces no es conveniente; puesto que todo se queda en nada: Cuando uno ha pensado en tantas cosas.

WILLIAN -. ¿Qué te pasa?.

Sebastián se encogió de hombros, haciendo a la vez un gesto como de no encontrarse bien, como si le doliese algo en su cuerpo.

SEBASTIÁN -. Me duele todo el cuerpo, no hay lugar en el que no me duela. ¡Me duele toda el Alma!.

Y al darle yo una palmadita en el hombro a Sebastián, por poco se cae redondo al suelo lleno de dolor y exclamando misericordia al Cielo.

Al ver aquello Marta y yo, no sabíamos lo que hacer, ni lo que decir; hasta que se me ocurrió pedirle algo a Sebastián.

WILLIAN -. ¿Quieres que te acompañemos al médico, los dos?.

SEBASTIÁN -. No, gracias.

Así se despidió de nosotros Sebastián y con pasos toscos y muy torpes, se dirigió a la consulta de un doctor que había allí cerca, en aquella calle. Mientras que yo y Marta nos dirigimos a nuestra casa.

Al siguiente día hay un revuelo en el trabajo, escuchando yo que a un señor que le dolía todo el cuerpo ayer, hoy le han encontrado muerto. Llamando yo rápidamente a mi casa desde el trabajo, para hablar con mi señora Marta de lo que yo había oído.

Explicando lo que yo había oído en el trabajo, e instándola a Marta para que llamase a casa de Sebastián.

MARTA -. ¿Con qué motivo?.

WILLIAN -. Preguntando cómo se encuentra hoy Sebastián.

Al poco rato, me llama Marta a mi trabajo con la mala noticia, de que es Sebastián el que ha muerto. Y al oír yo que Marta rompía a llorar y se le caía el auricular del teléfono de las manos: La llamaba yo a Marta insistentemente para que se confortase en la hora más penosa de su vida. Oyendo yo que se volvía a acercar a los oídos el auricular del teléfono.

MARTA -. ¡Claro!; si no se le podía tocar: Le dolía que le diese el aire.

WILLIAN -. Reconfórtate y lávate; que llegando yo a casa, iremos a casa de Sebastián, para ver cómo está su mujer Laura.

MARTA -. ¡Cómo va a estar!: Desecha su moral y decaído todo el Espíritu y su conciencia.

WILLIAN -. No menos estamos nosotros. . . ?. . . Te acompaño en el sentimiento.

MARTA -. Igual te digo yo a ti.

WILLIAN -. Pronto deajo mi tarea.

El entierro de Sebastián fue multitudinario; infinidad de persona asistieron al entierro. Queriéndose caer al suelo Laura; pero fue cogida por mí con un reflejo buenísimo.

Al niño le quedaba Laura en casa de Marta; pues había contratado a la señora nodriza como personal doméstico interna al morir su marido.

Sintiéndose confortable el niño de mi mujer Marta con el niño de la nodriza, por ser hermano de leche y reconociendo el niño a aquella mujer como algo suyo.

Cada dos por tres estaba Laura en casa de Marta; sintiéndonos como familia todos nosotros.

Los tiempos iban siendo modernos, más allegados a nuestra época con, adelantos de electrodomésticos.

Pero no todo iba a ser color de rosas: Ya que un día me habló Laura, que cuidase de Marta, ya que ella la veía muy floja.

LAURA -. Ten cuidado con Marta.

WILLIAN -. ¿Qué la observas tú?

LAURA -. Está muy floja.

La llevé al médico de cabecera y aquel doctor nos reexpidió al especialista, al cardiólogo, observando aquel especialista un suplo en el corazón: pero a la vez, éste doctor, nos reexpidió al ginecólogo para su revisión.

En una primera ecografía se la observa un tumor en el intestino grueso.

DR. GINECÓLOGO -. Tiene usted un tumor en el intestino grueso.

MARTA -. Y eso, ¿qué significa?.

DR. GINECÓLOGO -. De momento nada; pero hay que extirpárselo.

Marta frunció el ceño, como en señal de no estar conforme con lo que el ginecólogo decía y al observarlo el ginecólogo, la instaba para que se lo quitase.

DR. GINECÓLOGO -. ¡AH!; sí señora, que se lo tengo que extirpar el tumor. Pero antes la tengo que hacer una biopsia incisional.

MARTA -. ¿Eso, qué es?.

DR. GINECÓLOGO -. Sacar parte del tejido dañado, para analizarlo.

MARTA -. No entiendo bien.

DR. GINECÓLOGO -. La cirugía se llama oncológica.

Al comprobar que el tumor era maligno, un quiste, el desaliento en nuestra casa fue generalizado. Marta se sentía sensibilizada y con dolores abdominales, en la parte baja del abdomen.

Marta tuvo que ir varias veces a la consulta del ginecólogo, al sangrar por las heces con diarreas.

MARTA -. Explíqueme algo, doctor de mi mal.

DR. GINECÓLOGO -. Usted tuvo un pólipo en el intestino grueso, hace tiempo y al no querérselo sacar, se transformó en un tumor y a la vez éste se ha transformado en un quiste en la mucosa; y para que el mal que tiene usted no se extienda desde la mucosa a la serosa; hay que extirpar toda la zona dañada.

Yo veía, que Marta no se quedaba conforme con aquella explicación, al decir el doctor que lo que tenía ella era un mal; sin saber qué clase de mal se trataba. ¡Todavía tenía esperanza!, Marta; siendo su inocencia supina por medio del mucho estrés que tenía en aquella hora que recibía, por boca del doctor, que tenía algún mal.

MARTA -. Ese mal, que usted me dice: ¿Qué es?, ¿de qué se trata?.

DR. GINECÓLOGO -. Usted ha desarrollado un tumor en la mucosa del intestino grueso y hay que extirparlo.

MARTA -. ¿Lo hará usted?.

DR. GINECÓLOGO -. Lo hará el Ontólogo; el doctor que está capacitado para ello. Pero yo estaré presente en la operación.

Yo veía, que Marta no dejaba mirar al ginecólogo con cara de sorpresa y a la vez de no entender nada de lo que aquel doctor la estaba diciendo.

Pasó la operación de Marta y con ella los días de tenerla que cuidar al máximo.

MARTA -. Me parece que voy pudiendo yo valerme por sí sola.

No sabía yo, si aquello que me decía Marta fuese al pie de la letra; ya que la debilidad era patente: Se la veía muy floja, como para valerse por sí sola. Tal vez en otro tiempo podría moverse sin ayuda; pero lo que era en esos tiempos de hacer reposo por la operación, no era para lograr mucho sin ayuda alguna.

Poco a poco fue recuperándose Marta de la operación; pero también fue periódicamente al doctor para que la mandase algunas pruebas para saber cómo se encontraba Marta.

Se repuso de tal manera Marta, que volvería a llevar la casa por sí sola, tal y como lo había hecho antes.

Yo veía a Marta muy refortalecida, pero también ayudada por la señora Casilda, que era así como se llamaba la nodriza que amamantó al hijo de Marta y el mío.

CASILDA -. Señora: La veo bastante bien.

MARTA -. No crea usted, Casilda. . . Estoy un poco pasadita.

CASILDA -. Es lo más normal, señora; la han extirpado a usted un quiste.

Al nombrar Casilda, quiste, Marta puso todo el interés del Mundo para saber qué era lo que sabía la señora nodriza de ése tema.

MARTA -. Casilda, ¿me permite usted que la haga una pregunta?.

CASILDA -. Sí señora Marta, ¿Por qué no?.

MARTA -. ¿Qué sabe usted de los quistes?.

La señora Casilda se encogía de hombros y abría las manos, en señal de no saber muchas cosas, más bien no sabía nada; así que contestó, al cabo de algún tiempo con una suscita explicación negativa.

CASILDA -. Nada, señora.

MARTA -. ¿Pues qué bien?.

Al oír decir a Casilda aquello, Marta se la vio como agobiada, por no haber podido saber nada de lo que eran los quistes.

Como Laura llegaba a casa, cada día que salía su niño de la guardería; decidimos que se quedase nuestra amiga para merendar en nuestro hogar y no llegase tarde a su trabajo cotidiano: Ya que Laura trabajaba por la mañana y por la tarde, debido a las tareas que tenía ella.

Tantas confianzas nos estaba tomando Laura, que aceptó salir un sábado, por la tarde con nosotros para tomarse un café en una terraza. Y no lo hubiésemos hecho; ya que a Laura se la empezaron a caer sendas lágrimas por pensar en los días que salíamos todos juntos con ellos dos, con ella y Sebastián.

Marta la cogió de las manos, encima de la mesa, para decirle unas palabras reconstituyentes en su maltrecho Espíritu. Y como se veía Marta nerviosa, muy nerviosa; no la salían las palabras de su boca, dando sobre la

mesa con los nudillos de Laura y cuando sintió dolor su queridísima amiga, repuso ésta, Laura, que se calmase Marta.

LAURA -. ¡Por Dios!: Cálmate, Marta. Me estás haciendo daño, con tantos golpes que me das en la mesa, sin decirme nada al respecto.

Ésta vez quien la calmaba era Laura a Marta; pues la veía que a su amiga la estaba dando algo y no bueno.

MARTA -. ¡Lo siento!. Siento todo lo que te está pasando.

Marta no pudo decir nada más a Laura; teniéndome que acercar yo a ellas, un poco más con mi silla, para confortar a Laura.

WILLIAN -. Como sabes, Laura, es Ley de vida; que las personas nos veamos solas sin nuestros seres queridos.

LAURA -. Pero no de ésta manera.

Yo vi, que Marta se erguía sobre sí: Y levantándose un poco más de la silla, comenzó abrir la boca, con deseos de decir alguna palabra, que la sirviese de aliento, a su amiga Laura.

Se me notificó una multa por multitudinaria presencia de personas en la sala de fiesta de aquel día, haciendo ya varios días que se había celebrado un concierto en dicha sala.

WILLIAN -. ¿Usted sabe qué quiere decir ésta carta?.

SR. AMBROSIO -. Que tiene que contratar una empresa de seguridad, así como pagar la suma de dinero que le reseña en la carta.

WILLIAN -. ¡No puede ser!.

SR. AMBROSIO -. Con perdón: Lea usted, William, mejor la carta.

¡Claro que podía ser!: Se me multaba y se me aconsejaba en forma de prevención, que contratase una agencia de seguridad personal.

Le pedí, por favor, al señor Ambrosio que subiera la consumación un par de semanas; para poder pagar aquella multa, diciéndome éste señor: Que hay un baremo para poder cobrar a los clientes, no pudiendo hacer nada por mi petición.

A los pocos días se me presentaron el jefe de seguridad y dos señoritas del personal contratado en la limpieza.

WILLIAN -. ¿Pasa algo?.

JEFE DE SEGURIDAD -. Señor William: Puede que no pase nada ó puede que pase algo, sí señor.

Como yo me estaba poniendo nervioso, me puso sus manos sobre las mías el jefe de personal.

WILLIAN -. Explíquese mejor.

JEFE DE PERSONAL -. Estas dos señoritas, encargadas de la limpieza, dicen que la habitación doscientas catorce no se abre.

WILLIAN -. ¿Han probado bien para abrirla?.

JEFE DE PERSONAL -. Hay que dar cuenta a la autoridad competente.

No sé si dijo aquello el jefe de seguridad, para quitarse responsabilidad ó que en realidad era así; llamando a la policía, que en un rato se presentó en el hotel para que abriésemos la puerta en presencia suya.

Al abrir la puerta descubrieron atado a la cama y amordazado al huésped de aquella habitación. Y al quitarle la mordaza echaba improperios por la boca a mal salvas.

HUÉSPED -. ¿Así tratan ustedes a los huéspedes?.

WILLIAN -. Espero que nos sepa perdonar.

HUÉSPED -. Les voy a poner una demanda judicial, que no podrán hacer frente a la multa que se les pondrán a ustedes.

En éstos momentos llegó el señor Ambrosio, que haciendo gala de su predicamento personal, ser el jefe de contabilidad, le dijo algo al señor huésped que se nos abrieron las entrañas.

SR. AMBROSIO -. La norma del hotel, es dejar descansar a los huéspedes en la medida que una persona humana puede estar en descanso; y para decir verdad, usted entró en la habitación ayer tarde, no habiéndole molestado ninguna persona de limpieza hasta media mañana.

HUÉSPED -. ¿Y qué

SR. AMBROSIO -. Perdonémonos los dos: Nosotros por haberle dejado descansar, hasta que las medidas que tiene el hotel lo han confirmado, y usted por haber dudado de nuestra rectitud y buena fe para con los huéspedes que tenemos alojados en cada habitación, señor.

Se le quedó mirando al señor Ambrosio aquel huésped, con cara seria; pero pensando algo en sus adentros, que de repente lo echó por su boca.

HUÉSPED -. Está bien: Como usted diga.

Despidiéndose la policía, ya que no había habido denuncia alguna por la parte del señor huésped del hotel.

Observamos un día, que el desagüe de las heces fecales no tragaba bien, comprobando que era muy vieja aquella conducción de desecho de las aguas; por lo tanto teníamos que cambiarle por uno nuevo.

Me fui derecho al despacho del señor Ambrosio, comunicándole dicha incidencia en aquel desagüe tan obsoleto.

SR. AMBROSIO -. ¡No me diga nada!; lo sé.

WILLIAN -. ¿Qué solución hay al respecto?.

SR. AMBROSIO -. Busque a su arquitecto para que le planifique una conducción nueva.

No hubo más remedio que comenzar sustituyendo aquel desagüe, ya viejo, por uno más nuevo; y eso que era temporada en que empezaban a llegar los turistas a aquella bonita y gran Ciudad.

Nada más que se comenzó a retirar la vieja conducción de aguas residuales, se observó un feto entre los múltiples objetos que tiran los innumerables huéspedes que tiene el hotel; dando cuenta a la autoridad competente. Se levantó acta, por medio de dicha autoridad; pero también se sancionó al hotel como sujeto pasivo responsable de que se vertiese en el desagüe del hotel.

Me fui, sin tardar, a la sección jurídica: Diciéndome el responsable de la misma sección algo que me cogió por sorpresa, al enseñarle la multa con las causas observadas a simple vista.

WILLIAN -. ¿Qué significa esto?.

SR. ABOGADO -. Esto es más que una multa: Tendrá que responder usted por éste suceso.

WILLIAN -. No he sido yo quién ha echado el feto al desagüe.

SR. ABOGADO -. Pero no tenía usted un tamiz ó una rejilla para poder retener los productos u objetos echados en el desagüe del inodoro.

Era verdad, ya que aquel palacete se le retocó como para dividir estancias dentro de sus galerías y pasillos; no para que tuviese un buen desagüe en la deshechazas de las heces fecales.

Claro que tenía que responder por el hallazgo de aquel feto en el desagüe de aquella conducción de heces fecales.

Si yo tenía problemas en el hotel, Marta volvía a recaer en su enfermedad; teniendo que ingresar en el hospital tres días, para que la hiciesen unas pruebas.

Llamándome el doctor, para hacerme partícipe de lo que había visto en aquellas pruebas.

DOCTOR -. Su mujer, Marta, tiene un rosario de ganglios linfáticos en el mesenterio, en el intestino.

WILLIAN - ¡Doctor!.

DOCTOR -. Tranquilícese; si lo cogemos a tiempo no es grave. Se ha hinchado el mesenterio y tenemos que revisar periódicamente dichos ganglios; no vaya a ser que se ramifiquen y lleguen a los pulmones., en forma de tumores.

WILLIAN -. ¿Qué hacer?.

DOCTOR -. Vamos a combatirlos: Es producido por una infección viral. Vamos a combatir primero ésa infección viral del mesenterio. Por ahora nada más.

Menos explicaciones quería yo y más decírmelo con palabras llanas; pero como yo veía que aquel doctor iba por el buen camino, le dejaba hacer.

Comenzó la señora Casilda a volver a llevar la casa; sobre todo el cuidado de la misma, es lo que yo he querido decir; para que todo fuese a su buen destino.

A su buen destino, desde luego que llegaba con aquella buena señora; pues una noche la vi bañar a mi niño con todo el cariño que la salía del corazón; dejándose lavar por ella. Parecía como si mi niño estuviese enseñado por la mano de aquella gran señora.

Mi niño se me vino a mi lado, una vez que salió del baño; aprovechando yo para preguntarle sobre aquella señora, su nodriza, Casilda.

WILLIAN -. Hijo, cielo: Te llevas muy bien con la señora Casilda,

NIÑO -. Sí, papá.

WILLIAN -. Y con su hijo, ¿cómo te llevas?.

NIÑO -. Bien papá: Es mi hermano de leche.

No le dije más a mi niño, cuando éste me dijo aquello del niño de Casilda; ya que él sabía que era hermano de leche del hijo de aquella buena señora.

No podía dejar pasar aquello que me dijo mi hijo, y cuando estaba ya metidos en sus camas los dos niños, se vino a sentar Casilda a mi lado.

Aproveché aquella ocasión para hablarla a la nodriza de mi hijo, sobre sus relaciones con mi niño.

Bajé el sonido de la televisión, para oírla mejor; quería saber su opinión sobre el cariño que tenía a mi hijo y qué pensaba ésta señora de él.

WILLIAN -. Señora Casilda. . . No sé cómo abordar con usted lo que la voy a decir.

CASILDA -. Hágalo rectamente y sin dar rodeos, con palabras llanas y concisas.

WILLIAN -. ¡Muy bien!, así lo haré.

CASILDA -. Se lo agradezco.

Al decirla, - qué pensaba de mi hijo - aquella señora se volvió hacia mí, mirándome con cara de agrado; ya que yo la veía los deseos de decirme lo que ella pensaba de mi hijo noblemente. Y hasta se puso contenta, por poder expresarse delante de mi persona, estando solos nosotros dos: Sin ninguna clase de tapujos, ni rodeos.

WILLIAN -. Dígame lo que piensa de mi hijo.

CASILDA -. Mire usted; se lo diré. . . Le diré que es un chico obediente, bueno, simpático, al que quiero con toda mi Alma; queriendo, también a todo su familia. Y estando dispuesta a dar la sangre por cada uno de ustedes.

Como la vi muy eufórica hablando de aquella manera, me imaginé que quería algo con alguno de nosotros, si a mi mujer, Marta, la pasase alguna cosa mala.

WILLIAN -. Me dice usted, Casilda; que da la sangre por cada uno de nosotros tres: Por mi hijo, por mi mujer y por mí.

En aquel preciso momento comprendió Casilda en la tesitura que yo la estaba poniendo; ya que la entraba como parte interesada en un plan del mañana. Por lo tanto respondió ésta en un santiamén.

CASILDA -. ¡AH!. He querido decir, que les estoy muy agradecida.

WILLIAN -. Comprendo hasta qué punto está usted agradecida.

Al decirla yo eso, ella sí que comprendió lo que yo la quería decir; pues se vio con sus manos entrelazadas por las mías. Y con ese rubor, que todas las mujeres presentan en ésa hora de amor fraternal. . . Ó amor a simple vista.

Hablamos de que Marta se encontraba mala, pero que muy mala; ya veríamos a ver cómo salía de ésa ocasión, en la que la estaba asfixiando un rosario de ganglios en el intestino, teniendo ya algunos de ellos cerca de los pulmones.

A primeras horas de la mañana, me fui para ver cómo se encontraba mi mujer en el hospital, antes de irme a mi trabajo; encontrándomela allí muy animada: Pues con algunas palabras que la había dicho una persona de sanidad, se envalentonó como ninguna otra paciente.

Siendo así, que se quería ir pronto del hospital; al creer que ya estaba curada: Pero pronto vino la sorpresa, ya que comenzaron a darla quimioterapia, la “quimio”, tantas veces cacareadas por todas las personas que lo han sufrido en sus carnes.

Al llegar yo a casa me dijo Casilda que mi mujer, Marta, estaba muy mala.

CASILDA -. Vaya para ver cómo se encuentra Marta.

WILLIAN -. ¿Qué la pasa?.

CASILDA -. Usted vaya para ver cómo se encuentras su mujer Marta.

Desde luego que vi a mi mujer Marta muy decaída y con mal cuerpo; llevándola yo a urgencia; ya que volvió a estar otra vez en casa, y de allí la pasaron a planta para hacerla unas pruebas más fiables y no tan rápidas.

DOCTOR -. La haremos a su mujer, Marta, unas pruebas para saber el grado en que se encuentra su mal.

No me quiso decir, el doctor, la palabra ganglios; comprendiéndole yo totalmente, ya que otras veces había ingresado por tener ganglios.

Pero los doctores deciden intervenir los ganglios, quitándola todos los ganglios, excepto los que no daban la cara por estar detrás de un órgano.

No quedando conformes los doctores, la vuelven a operar a Marta quitándola los ganglios restantes.

A los pocos días vuelve Marta a casa con todos los achaques, de de la operación; por el dolor y mareos producidos por los ganglios.

Las cojo yo hablando a mi mujer, Marta y a la señora Casilda; diciéndola Marta a la nodriza de mi hijo. - No dejes nunca a mi hijo -.

Yo salí de aquel sitio con lágrimas en los ojos, sin poder contenerme en un llanto sin grandes aspavientos, ni dando ninguna voz más alta las unas que las otras. Y cuando estábamos más tranquilos; pareciendo que aquellas extirpaciones eran para rato, volvió mi mujer, Marta, al hospital.

Y cuando volví a casa, aquella misma noche, volvía a tener a los niños metido en la cama Casilda; para poder hablar conmigo un tiempo, y poder seguir la conversación del otro día.

¡El otro día!: ¿Qué fue del otro día?; si yo no me acordaba de lo que hice, ni de lo que traté el otro día con aquella buena señora.

CASILDA -. El otro día. . .

WILLIAN -. El otro día. . . ¿Qué fue del otro día?.

CASILDA -. Déjelo usted; ya veo que no se acuerda de nada.

Así era: No me acordaba de nada de aquello que sucedió el otro día, ó de lo que hablé yo el otro día. Mi cabeza era un horno; me hervían todos mis sesos, no dejándome acordar de nada ni de nadie.

Hubo un momento, en el que Casilda permaneció quieta en su lugar de aquel sofá; pero según avanzaba la noche, ésta señora se me iba arrimando, cada vez más a mi lado: Como si quisiera ver en mí el bastión que se apoya toda la casa.

No sabía yo, si ésa señora, Casilda, tuviese reparos en decirme lo que pasaría con ella, en caso que faltase mi mujer Marta, ó cualquier otra cosa, que yo no pensaba bien en aquella hora incierta para mí.

WILLIAN -. No se preocupe usted, Casilda; que no saldrá de mi casa.

Aquella señora alzó la vista para mirarme de frente, como persona que en realidad teme perder lo que tiene.

CASILDA -. ¿Y si falta su mujer?.

WILLIAN -. Eso es lo que he querido decir. No saldrá de mi casa, en caso que falte mi mujer, Marta.

Como a las dos y media de la madrugada, tuve una llamada desde el hospital, para que me marchase a ése centro.

Llegué al hospital con los ojos bien abiertos y sin darme cuenta de lo que hacía. No me podía estar quieto en ninguna parte que me ponía para esperar al doctor y saber qué me tenía que decir.

Al saber, que mi mujer, Marta, había estado muy mala; hasta el punto de temer por ella, siendo sus molestias la subida de fiebre que había tenido momentos antes de recibir yo la llamada del hospital.

WILLIAN -. Entonces: ¿Cómo está ahora?.

DOCTOR -. Más calmada y sosegada.

Aquel doctor me lo dijo todo con aquellas palabras que pronunció sobre Marta.

Como pasaba el tiempo y a Marta no se la notaba nada, ó por lo menos ella no se quejaba de algún mal en su cuerpo, decidimos mandar a la catequesis al niño; yendo también el hijo de Laura y el de Casilda.

Como vi una propaganda de un crucero por el Mediterráneo, la hablé de aquel crucero a mi mujer, Marta.

WILLIAN -. He visto que se anuncia un crucero por el Mediterráneo.

MARTA -. ¡AH!, sí. Pues qué bien.

WILLIAN -. ¿Te apetece ir?.

MARTA -. Pero todos nosotros.

WILLIAN -. ¿A quién te refieres?.

MARTA -. Me refiero: A todos los niños y a nuestra amiga Laura y a la señora Casilda.

El crucero era caro; pero para que no me viese dudando mi mujer, Marta, di el si lo antes posible: Así complacería a mi mujer en sus deseos de llevar a todos los de la casa a dicho crucero.

El buque, en el que íbamos de crucero, hacía escala en todas las capitales de aquellas islas y en todas las mejores Ciudades que hay en la costa del Mediterráneo.

Aprovechando Marta una escala que hizo el crucero, en una isla del Mediterráneo, me llevó a un lugar apartado; en donde nadie nos podía oír.

Yo me preparé para escucharla sin pestañear; ya que si me había apartado de la sociedad, era por que ella me quería decir algo privado, para que no se enterase nadie.

MARTA -. William, te tengo que decir algo.

WILLIAN -. Sí, Marta. Dime lo que quieras.

Haciendo un inciso en sus palabras, inspiró una bocanada de aire fresco en sus pulmones, como si quisiera coger fuerza para decirme lo que ella había pensado.

MARTA -. ¿No estás notando ésta paz interior que tenemos?.

WILLIAN -. Desde luego, Marta.

MARTA -. ¿No has pensado, que así será cuando no tengamos problemas en nuestro trabajo?.

Al decirme aquello, pensé rápido que se refería a la actividad hostelera; ya que ella me veía muy azarado en las cosas que pasaban en el hotel que teníamos.

Yo puse interés para escucharla; para que me viera ella que yo la escuchaba de pleno y tenía la sana voluntad de hacerla caso; así la complacería en sus deseos.

MARTA -. Me refiero al hotel. A ésa actividad empresarial que te está dando tantos problemas en los últimos meses.

WILLIAN -. ¿Qué me quieres decir?.

Yo la daba rodeos a lo que Marta me estaba diciendo, haciéndome como que no me había dado cuenta de sus deseos más ponderados.

MARTA -. Te quiero decir, que vendas el hotel y te dejes de tantos problemas como tienes, con ésa actividad hostelera.

Para que Marta no me viese pensar, la contesté de inmediato; pues eso lo había pensado yo antes. Vender el hotel.

WILLIAN -. Tienes razón, cariño.

Y sin más preámbulos, nos abrazamos los dos como dos seres enamorados: Viendo estrellitas y luceros en aquellas luces que tenía la bahía donde habíamos atracado.

Volviendo a la Ciudad de origen, me entrevisto con el señor Ambrosio diciéndole, que quería vender el hotel; no dándome éste señor el palmito para que lo hiciese.

Las causas que alegó el señor Ambrosio, para no estar de acuerdo conmigo fueron, que habíamos adecentado el hotel y se esperaba movilidad de huéspedes en ése mismo año.

Al llegar a casa, se lo comunico a mi mujer, Marta, que no está de acuerdo.

MARTA -. No y mil veces no.

WILLIAN -. Tranquilízate, cariño.

MARTA -. No estoy de acuerdo. . . Y el señor Ambrosio: ¿Qué alega?.

WILLIAN -. No está de acuerdo, por muchos factores que existen a nuestro favor: Haber adecentado el hotel y la posible llegada de huéspedes, en forma de turistas, a nuestro hotel.

MARTA -. ¿Tú, qué piensas?.

WILLIAN -. Me callo lo que pienso; eso será como agarrarse a un clavo ardiendo; ya que no se tiene otro camino para salvar nuestra dignidad en el hotel.

Sin saber lo que hacer, pensé decírselo al banco para que me asesorase. Y cuando se lo estaba comunicando al interventor del banco, éste señor se comenzó a echar para atrás en su sillón giratorio; viéndole yo muy remiso para aceptar aquel discurso mío delante de su persona. Y levantándose de su sillón, se fue hacia su ayudante.

INTERVENTOR -. Isidro; tráigame usted los extractos del hotel que rige éste señor. . . Tráigame los tres últimos meses.

Me ofreció un puro aquel señor, y al rehusárselo yo, el se levantó yendo al mueble bar que tenía dentro de su despacho.

INTERVENTOR -. ¿Pero querrá, usted, beber algo?.

Como yo había visto en el mueble bar del despacho una buena botella de whisky, alegué querer tomar una copa de ése néctar delicado, del monte Olimpo. No dándonos opción para saborear ése elixir de buena esperanza el ayudante del señor Interventor del banco, el señor Isidro.

El señor Isidro se presentó con los extractos de los tres últimos meses del hotel, viéndolos muy detenidamente el señor interventor del banco y yo: Observando en aquellos extractos una cantidad adquisitiva bastante fuerte; y al parecer en los próximos meses se incrementaría los ingresos en forma aritmética, por una parte y por la otra en forma geométrica.

Según las habitaciones contratadas y los gastos que tuviésemos en el hotel: No siendo muchos los gastos, por estar totalmente nuevo sus instalaciones; demostrándomelo aquel señor, el interventor, con fórmulas matemáticas, en un papel encima de su mesa.

INTERVENTOR -. Ve usted, señor William, como debe seguir con su actividad hostelera. A parte, que tendría que ocupar ése cargo otra persona; teniendo que cambiar todos los impresos en el Banco y en Hacienda. . . Y me atrevo a decir, que hasta en el Juzgado.

Eso era lo que a mí, me estaba pareciendo; que la nueva designación no estuviese tan acorde con el Banco, ni con las otras entidades ya nombradas.

Cuando salí del banco, me fui a mi casa para comunicárselo a mi mujer, Marta. Sentándola a ésta como un jarro de agua fría la noticia que yo la estaba dando.

MARTA -. Vamos para el Banco los dos.

WILLIAN -. ¿Ahora mismo?.

MARTA -. Pero, sin falta de tiempo.

Yo no hablé nada ésta vez, todo lo dijo Marta; saliendo del banco con la cabeza baja y con los pies fríos y los sesos calientes.

Al llegar a casa me instaba mi mujer, Marta, para que yo dijese lo que tenía guardado en el cerebro; para ver si aquello era viable.

MARTA -. ¿No habías pensado algo?: Dilo, no te cortes.

WILLIAN -. Es mejor que no lo diga.

MARTA -. ¿Por qué?.

WILLIAN -. Sopesando las cuentas que me han enseñado en el banco y los cortos pagos que tenemos en el hotel: Es mejor que no diga nada.

Todo quedó en eso; en que no diría nada sobre lo que yo había pensado, al respecto, sobre las finanzas del hotel.

Pero el acoso que yo recibía, por parte de mi mujer Marta, la tuve que decir algunas ideas que yo tenía en la cabeza metida.

MARTA -. Dime, que has pensado: ¡Por favor!.

WILLIAN -. Bueno. . . ? . . Se puede lanzar un startup para ofrecer un pequeño porcentaje a los empleados; no obstante no hay que ofrecer mucho capital, mejor es dar más salarios a los empleados, para obtener un buen ejecutivo.

Pero como a partir del 1- 1- 2015 no se puede retribuir al trabajador con acciones, más bien con títulos retribuidos en bolsa.

Y como a los trabajadores se le retribuye en acciones y no en obligaciones, no tributan en el IRPF; pudiendo ser en especie. (Hoy día no tipifican las especies).

MARTA -. No he entendido nada. Me lo has explicado muy deprisa y sin detallar nada.

WILLIAN -. Bueno; así lo sabes.

MARTA -. No; no lo sé.

Como había que pedir permiso para crear un sistema de participaciones de acciones en la empresa, para que lo comprasen los

trabajadores y nunca superior al cinco por ciento; teniendo antes que hacer una reunión de trabajadores para su aprobación. Por otra parte, en su tiempo, había el sistema, que uno vende participaciones en forma de acciones a sus trabajadores, pero con el consiguiente punto restrictivo, no agravante para los trabajadores, dentro del contrato, para que éste contrato durase poco tiempo, volviendo a comprar las participaciones la empresa una vez que se haya terminado el plazo del contrato. Pero a sapiencia de que todo esto va cambiando por la Ley y los Reglamentos. Había que mirar las vigencias de los Reglamentos.

No dando abasto alguno mi cabeza, pensando en todo esto; en qué yo podía hacer participar a mis trabajadores del hotel, con unas participaciones pequeñas de la empresa: Pero si aquello que me dijo el banco y el señor Ambrosio, era verdad; ya no era viable pensar en todo lo que se había comentado anteriormente.

Sí, decidimos seguir con el hotel, tal y como hemos hecho hasta ahora.; no dando participaciones en acciones a los empleados en actividad hostelera.

Como el tiempo pasaba, llegó la primera comunión de mi hijo y de los otros niños; el de la señora Casilda y el de la amiga Laura. Y para ello preparé el local que teníamos en el hotel para celebrar las atracciones; ya que no era pequeño.

Coincidimos todos nosotros, Marta, Laura y Casilda, que fuesen pocos los invitados; así era más familiar la celebración del banquete en aquellas primeras comuniones.

Y, ¡OH, Dios!; cuando empezaron a parecer personas tras personas; se tuvo que habilitar la sala de reunión de los señores y señoras huéspedes, para que fuese un banquete en condiciones y holgado, por parte de todos los invitados a dicho evento.

MARTA -. William. ¿No te parece que están participando en el banquete personas que están de huéspedes en el hotel?.

WILLIAN -. Sí Marta: No digas nada. Es un solo día y es la mayor alegría de que nuestro hijo sea un soldado de Cristo vivo.

MARTA -. Estoy contigo, William. Nuestro hijo crecerá en la fe y en el temor a Cristo.

Sí, aquello que me dijo Marta era verdad; pues allí entraban todos los huéspedes que había en el hotel; y a mi simple parecer, éstos llamaban a otros huéspedes de otros hoteles, con los que habían hecho amistad.

Al ver aquel contraste de ¡vivas! y de alegría; se me cayeron unas lágrimas al suelo, viéndolo mi mujer Marta, que enseguida me preguntó por ellas.

MARTA -. ¡Anda, hombre!; No tengas pesar porque nuestro hijo haya comulgado por primera vez.

WILLIAN -. No; si no lo tengo, ése pesar que tú me dices: Es que veo a nuestro hijo, que ya se va haciendo mayor.

MARTA -. ¡Por Dios!; con nueve años mayor.

Tenía razón mi mujer Marta; ya que el niño había cumplido, solamente nueve años y no era para tirar cohetes al aire.

Pero sí: Yo veía que nuestro hijo iba creciendo en proporción aritmética a como crecían los demás niños; hasta se iba quedando atrás a los niños de Casilda y de Laura.

Nuestro hijo, el de Marta y el mío, era muy concienzudo; estudiando mucho y queriendo ser alguien antes de tiempo: Pues no tenía descanso alguno en sus estudios. Hasta el punto que yo le tenía que animar para que saliese a jugar con los demás niños; diciéndole algo así como. - No vas a jugar con tu hermano de leche -, que era cuando el niño tomaba conciencia de ser, yéndose para jugar con el hijo de Casilda y de Laura a la plaza más cercana.

Vimos llorar a Laura un día, estando mirando a la fotografía de su difunto marido, Sebastián; y para consolarla, se nos ocurrió invitarla, aquella misma tarde, para que diese un paseo por las cercanías de nuestra casa.

Nos quedamos asombrados, cuando aceptó Laura salir con nosotros a dar un paseo por aquellos contornos cerca de casas.

Y mientras íbamos andando, Laura, Marta y yo, mi mujer iba consolando a Laura en sus pesares.

MARTA -. Laura; todas las personas nos tenemos que ver los unos sin los otros: Es Ley de vida.

LAURA -. Sí, Marta; pero es muy doloroso eso.

MARTA -. Dentro de ése dolor, hay un sentimiento de esperanza; aceptando lo que Dios nos ha mandado, no vaya a ser que le enfademos al Altísimo en la Tierra.

LAURA -. Nada más lejos de mi voluntad es eso, de enfadar a Dios: No tengo ninguna idea de ir en contra de la voluntad Divina.

MARTA -. ¿Entonces?.

LAURA -. Me sé portar bien con la fe que nos han enseñado nuestros mayores.

MARTA -. Muy bien.

Nuestros mayores estarían dichosos, si supiesen que alabábamos a Dios y a su Divinidad; ya que la persona tiene conciencia de estar a bien con el Sumo Hacedor de toda la Tierra.

Como el catering que organizó todo el banquete, llevando al hotel tanta comida puso el IVA a nombre de la secretaría del hotel, tuve que declarar a Hacienda como tantos comensales ó cubiertos había contratado en aquel catering.

Aquello nos quedó un sabor agrio-amargo a su madre y a mí, sin saber por qué teníamos que declarar aquel opíparo banquete, como nos había servido la empresa de catering.

Yéndome a contabilidad y al negociado jurídico, para que me informase qué podía hacer yo en tal ocasión, al respecto.

ASESOR FISCAL -. Si usted, en vez de celebrar el banquete, por medio del catering en las dependencias que tiene afectas (declaradas) para tales fines, lo celebra en el jardín del hotel, que no está declarado para ello y da el nombre de su mujer, como sujeto pasivo: Ése IVA no se hubiese producido.

WILIAN -. ¿Entonces?.

ASESOR FISCAL -. Usted no tenía que declararlo; por que la factura la extiende la empresa del catering a su mujer, que no es empresaria.

WILLIAN -. ¿No comerían ustedes de ése banquete?.

ASESOR FISCAL -. ¡Pues claro!, señor William. Sí que comimos.

Comieron el grupo jurídico en el banquete, sin decirme absolutamente nada; y al parecer comieron a dos carrillos cada uno.

MARTA -. ¿Y no te lo podía haber dicho antes?.

WILLIAN -. No sabía yo que me sentaría mal, el extenderme el IVA en la factura del catering,

Eso no fue solo: Pues al enterarse Laura, que yo tenía que declarar la comida dada en el banquete de la primera comunión, se puso un poco nerviosa.

LAURA -. Te puedo pagar la mitad de ésa factura.

WILLIAN -. ¡Ni se te ocurra!.

LAURA -. En nombre de mi marido. . .

WILLIAN -. Ni se te ocurra. En nombre de tu marido lo hago y en el nombre tuyo: Yo pago ésa factura y nadie más.

Así quedó todo, que yo había pagado la factura y no quería dinero de nadie; para no romper la amistad que nos unía a Marta y a mí, hacia ésa señora: Nuestra buena amiga. Ya que yo había disfrutado mucho, al ver entre nosotros a Marta, en la primera comunión de su hijo.

Aquello no valía todo el dinero del Mundo; ya que mi interés, era por que su madre, Marta, presenciase al niño haciendo la primera comunión.

Ahora entiendo yo, como hay algunos cantares, que se refieren a la primera comunión; si es lo más maravilloso de todas las cosas: El ver hacer a los hijos la primera comunión.

Aquella alegría me duró poco; ya que por la tarde me llamaron desde un hospital, de que tenía un huésped mío ingresado en el.

Llamé a un abogado, yéndome con éste al hospital; y al llegar a la habitación que estaba nuestro huésped, estaban sendos policía guardando la puerta.

El señor abogado, me cogió de un brazo reteniéndome en el pasillo; antes de llegar a la habitación donde se encontraba nuestro huésped.

WILLIAN -. ¿Qué pasa?.

ABOGADO -. Puede ser una reyerta con otra persona ó un accidente de tráfico. Déjeme a mí entrar solo, ¡por favor!.

Así lo hice, me separé del señor abogado y éste aceleró el paso hasta llegar a la habitación donde se encontraba el huésped del hotel.

Viéndole yo hablar con los policías que había en la puerta, no sin antes llegar otro policía con insignias en las hombreras. Haciéndole pasar al abogado, con unos gestos de las manos.

Al poco tiempo salió al pasillo el abogado, llamando al grupo contable y a la vez a otro compañero empleado en el hotel; para volver entrar de nuevo en la habitación.

Llegando a la habitación el gerente del hospital; y como se oía todo desde donde yo estaba, se oía decir el abogado del hotel al gerente del hospital, que ésa no era la habitación que debía ocupar nuestro huésped, así que le cambiaron de habitación; ya en otra parte, donde se ingresa con un buen seguro.

Solventado aquel escollo que teníamos con el huésped, me fui a casa para comunicárselo a mi mujer, Marta; que en vez de ponerse nerviosa me aconsejó algo.

MARTA -. Calma tus nervios.

WILLIAN -. No tengo nervios: Si todo lo han resuelto mis abogados, ayudados por los contables.

MARTA -. ¡Entereza!, hijo: Entereza.

Yo no sabía lo que decir, en ésta ocasión; si yo estaba tranquilo, me sostenía entero, sin pensar en nada.

WILLIAN -. Si yo estoy entero. No me ves. . . ¿Qué quieres que te diga?:

Yo estoy tranquilo del todo.

Por aquella fecha cumplía años la señora Laura, la amiga de Marta y mía, haciéndola un homenaje por todo lo alto en el hotel. Su niño me miraba con ojos enormes y con cara de quererme decir que me quería mucho, empezando a llorar en un momento determinado, según él por la alegría que tenía metida en su cuerpo.

MARTA -. Niño, no llores más; pues es día de alegría.

NIÑO -. Esto que ha hecho el señor William, me ha llegado a lo más profundo de mi corazón.

Al oír aquellas palabras dichas por el niño de Laura, me acerqué a él para conformarlo y hacerle ver, que aquello era lo más normal del Mundo; el agasajar a su madre, ya que era la amiga de Marta y la mía.

WILLIAN -. Yo lo veo lo más normal del Mundo, que Marta y yo agasajemos a tu mamá en el día de su cumpleaños.

NIÑO -. Sí: Pero no de ésta manera.

WILLIAN -. Todas las maneras son buenas.

MARTA -. Niño; así lo hemos querido y así lo hemos hecho. Nos ha salido del corazón.

Al siguiente día me llamó mi mujer Marta, diciéndome, que estaba sin tarjeta bancaria en unos grandes almacenes; teniéndola que llevar yo la mía, para hacer frente al pago del ticket de la caja.

El hotel se encontraba al cien por cien, no pudiendo admitir ningún huésped más; llegándome el señor Ambrosio un día para comunicarme, que en el lado opuesto al Palacete, al hotel, se podía edificar un bloque de habitaciones, donde estaban los jardines, ya que era bastante terreno.

Hicimos los estudios contables pertinentes y al parecer podíamos hacer frente a tal edificación; quedando todavía jardines. Emplazando para hacer dicha edificación la primavera siguiente para tenerla terminada cuando empezase el verano.

SR. AMBROSIO -. No, señor William. Es mejor empezar la obra en pleno invierno; para tenerla acabada en el verano que viene.

WILLIAN -. En sus manos quedo toda la responsabilidad.

SR. AMBROSIO -. Me hago cargo de ello.

Y así fue; pues en pleno invierno comenzaron las obras para habilitar un bloque de habitaciones más y así tener cavidad para más huéspedes; debido a la mucha demanda que teníamos de grupos y personas, que deseaban visitar nuestra bella Ciudad.

No obstante, aquella obra dio quebraderos de cabezas; ya que al querer respetar la parte de jardines que quedaba sin tocar, teníamos que hacer cuentas y cuentas, más bien algebra, para no desperfeccionar ningún conducto de agua, ni de ningún mosaico dentro de esos jardines; así como la belleza que tenía en su diseño todo ése contorno de verdor inconfundible.

SR. AMBROSIO -. Está quedando de maravilla la construcción. Además, que no hemos quitado el diseño, ni el colorido de los jardines; ya que donde hemos edificado ha sido en la parte donde había una especie de rotonda para que entrasen los camiones de la limpieza en los caminos de esos jardines.

WILLIAN -. Ya, ¡ya!; ya me he dado cuenta, señor Ambrosio. Los jardines han quedado lo mismo que estaban.

SR. AMBROSIO -. Así es, señor William.

Aquello lo dijo el señor Ambrosio como felicitándose él mismo; ya que al parecer había cogido un orgullo imponente, por saber hacer las cosas bien.

Cuando llegó el verano, daba esplendor la parte nueva que habíamos construido en el hotel; visitando los jardines los huéspedes del mismo. Hasta había algún huésped, que se atrevía a estar leyendo ó escribiendo debajo de uno de tantos árboles que había en aquel recinto.

Hasta yo me atrevía a pasar un buen rato leyendo una buena novela ó un buen libro de poesías.

Recuerdo un día, en el que se sentó una joven a mi lado, dándome conversación sobre el concepto de la lectura.

JOVEN -. Una buena lectura hace a la persona más predispuesta para entenderse con otra persona.

WILLIAN -. Una buena lectura hace a la persona más buena y con más fe en su conciencia.

Un día hablamos Marta y yo sobre el hotel, añorando aquel tiempo, en el que todo se nos hacía grande; no pudiendo resistir con tanta carga social y económica de dicha actividad hostelera.

MARTA -. ¿Y pensar que queríamos vender el hotel?.

WILLIAN -. Tú te empeñaste en venderlo.

Desde luego, que queríamos vender el hotel, cuando nos está repercutiendo pingues beneficios económicos para nuestra casa.

Y entre aquel estado eufórico de bienestar y grandeza; se nos puso enferma la señora Casilda, llevándola a urgencia a un hospital, ingresándola en planta, por un mal constipado.

Al llegar a casa hablamos Marta y yo de las nodrizas; sin otro paliativo de saber cómo eran aquellos tiempos.

MARTA -. Antes había nodrizas.

WILLIEN -. Ahora tiene leche humana para los niños embasadas en nevera: No haciendo falta las nodrizas.

MARTA -. Pero qué buena es la leche sacada de inmediato de los pechos para los bebés.

WILLIAN -. Lo es, sí que lo es.

Al llegar a casa la señora Casilda ve engalanada toda la casa por ella, dándole la bienvenida.

TODOS LOS NIÑOS -. ¡Hip, hip, hurra!.

MARTA -. Bienvenida a su casa, señora Casilda.

WILLIAN -. Bienvenida a casa, señora Casilda.

Al oír aquello su hijo, puso cara de pujito; como si quisiera comenzar a llorar; viniéndose hacia mí para cogerme de la cintura y apretarme hacia sí todo mi cuerpo, en señal de agradecimiento.

Cuando me soltó a mí, el hijo de la señora Casilda, se fue a Marta dándole un abrazo de campeonato; ya que mi mujer Marta se enterneció.

Y en ése preciso momento sonó el timbre de la puerta; siendo un señor que pedía un poco de comida.

SEÑOR -. Por favor, me puede dar un poco de comida; pues no he comido desde ayer por la mañana.

¡Ésa voz!; ésa voz me sonaba a mí como a ser conocida por mí y sin pensarlo di una voz enorme llamando a aquel hombre que tenía yo en mi puerta, pidiendo comida.

WILLIAN -. ¡Tomás!.

TOMÁS -. ¡William!.

Salí a la puerta viendo a un discípulo de la facultad; alegrándome mucho por eso, pero a la vez me entristeció al verle pidiendo comida en la puerta de mi casa.

Le entré en mi casa, pese a que mi mujer, Marta, se extrañó mucho; al ver un mendigo dentro de su casa. Y su casa era el albergue de todos los que piden ayuda en ella, sin que lo supiese mi señora.

Le senté en un sillón, en mi casa, mirándole directamente a la cara sin preguntarle nada; pues yo sabía que había terminado la carrera. Y eso sí le pregunté por ella.

WILLIAN -. ¿Qué te ha pasado?, chico.

TOMÁS -. No he conseguido encontrar un trabajo en ninguna actividad económica.

WILLIAN -. Pero en otra actividad, si hubieses encontrado trabajo.

No le hubiese dicho ésa sugerencia; pues enseguida le cambió la cara para cerrar los ojos y contener el llanto. Y como no le podía quedar descolocado, le emplee en la sección contable, en el hotel.

Llamé al señor Ambrosio, ya que yo sabía que se había quedado un puesto sin nadie, por haberse jubilado el titular.

WILLIAN -. Señor Ambrosio. Me tiene que echar una mano, con un discípulo mío de facultad. ¡AH!; terminó la carrera y no ha encontrado trabajo en lo suyo.

SR. AMBROSIO -. Bien es sabido, que tiene que sufrir un examen; ya que están los grupos sociales detrás de nosotros, para que no cometamos ninguna incidencia con el personal contratado en el hotel.

WILLIAN -. ¿Pero puede estar una temporada con nosotros?.

SR. AMBROSIO -. Sí: Y más de una temporada, si alargamos, por cualquier causa conocida, la convocatoria de los exámenes.

WILLIAN -. Le doy las gracias.

Al poco tiempo, llegó a casa el señor Ambrosio; asustándome un poco, por pensar que dicho señor vendría para hablar por Tomás: ¿Qué habría pasado con mi discípulo?.

SR. AMBROSIO -. El señor Tomás es una cabeza privilegiada: Suma rápidamente hasta treinta dígitos en poco menos de unos segundos.

WILLIAN -. Me calma usted.

SR. AMBROSIO - ¿Usted, William, no tiene posibilidad de abogar por él en alguna entidad bancaria?.

Aquello, que me dijo el señor Ambrosio me abrió los entendimientos; ya que yo me encontraba muy cerrado por aquel discípulo de la facultad, Tomás. Y antes que respondiese, una vez más el señor Ambrosio le di yo una misiva, para que Tomás la entregase en el banco con el que yo negociaba mis operaciones hosteleras.

Pero antes que Tomás se presentase en el banco, fui yo para hablar con el gerente del banco; recibíéndome éste con mucho agrado, y con más agrado me admitió emplear a mi discípulo en un puesto en el banco: Una vez que le dije yo las actitudes que tenía Tomás.

Viéndole yo muy contento a Tomás por aquel puesto que le ofrecía el banco, en una buena tarea de trabajo.

Se hacían reuniones, fiestas en los jardines del hotel, y en muchas de ellas se veía ésa predisposición, del que estaba con un buen marketing y anunciado hasta en Internet. Hasta los árboles se movían como bandera al viento.

FIN

N. B (NOTESE BIEN).

. . . Hay silencio en la secuencia de la obra, ó se corta la conversacón.

. . . ?. . . Hay silencio en la secuencia de la obra, pero pensando.

. . .

. . . } Cambio de tiempo y hasta de acción en la obra.

CRÍTICA DE LA OBRA.

Dentro del costumbrismo, se busca unos parámetros de acción personal; para redactar las costumbres y hechos de los protagonistas.

Se narran hechos humanos, sin resaltar los valores Espirituales de las vidas de éstas personas: sencillamente, se cuentan sus vidas y se narran sus hechos, sin otro preámbulo, que no sea la persecución de los hechos.

Se eleva la forma, la figura externa de las cosas, y decae el pensamiento, sólo en cuanto es pensamiento; no dejando ver el trasfondo del Espíritu de la persona, en cuanto es tapado por los hechos que hacen las personas. Parece que se corre un tupido velo.

Se cuentan los hechos por los hechos; no por una suscita enseñanza moral de todos ellos.

La obra se abre al pensamiento humano; dejando pensar a la persona lo que ella quiera, al no poner ninguna clase de traba a su voluntad ya sopesada.